



**MENSAJES
DE UN
INCOMUNICADO**

RICHARD WURMBRAND

MENSAJES
DE UN
INCOMUNICADO

RICHARD WURMBRAND

MENSAJES
DE UN
INCOMUNICADO



With God in Solitary Confinement

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

PALABRAS DEL EDITOR

Este libro de Richard Wurmbrand es sin duda una arriesgada empresa editorial. Su autor, pastor rumano, pasó muchos años preso en una celda comunista. Entre ellos, tres fueron años de "confinamiento solitario". A partir de esta experiencia límite Wurmbrand escribió el libro que hoy presentamos. Si hubiera sido un mártir judío en las prisiones persas, o un mártir cristiano en las cárceles de Roma las connotaciones políticas no serían tan ambiguas. Podríamos leerlo como un canto a la libertad y dignidad del creyente frente a la opresión de un régimen totalitario incapaz de soportar la presencia, en su seno, de verdaderos creyentes. Nos serviría para alimentar nuestra fe. Tratándose de un cristiano contemporáneo preso bajo el sistema policial comunista corremos la tentación de leer esta obra como un manifiesto contra el comunismo. De hacerlo perderíamos su mayor riqueza que no es denunciar un sistema sino todos los sistemas que oprimen al hombre, creado por Dios para la libertad. Richard Wurmbrand tiene muy buenas razones para creer que se debe combatir el comunismo. Muchos las compartirán con él. Pero también hay cristianos confinados en cárceles de la derecha, del imperialismo capitalista y de los regímenes totalitarios fascistas: Todos ellos recibirán, y sus hermanos

en libertad, iluminación y consuelo, estímulo y poder en las páginas de este alucinante testimonio. Sea cual fuere nuestra posición política, aquí tenemos una obra extraordinaria. Por serlo, en el sentido que lo es, Editorial La Aurora la publica. Y es nuestro deseo que leyendo con avidez las páginas cargadas de dolor y fe de este testimonio de martirio podamos robustecer nuestra fe, aceptar la invitación de su autor y hacer nuestros los sufrimientos de los cristianos en las ya demasiadas iglesias subterráneas de nuestro mundo contemporáneo, y que oremos y luchemos para que nadie, en ningún lugar, se vea impedido de vivir libremente las implicaciones concretas de su fidelidad al Evangelio.

CONTENIDO

Palabras del editor	5
Prefacio	8
1 Las leyes injustas de Dios	14
2 Encuentro de un cristiano con Gabriel	24
3 La Madre del Señor	31
4 El deber nunca termina	37
5 Sansón en la cárcel	45
6 Sermón para mi propia alma	52
7 La Palabra hecha carne	58
8 Una escuela dominical de niños	63
9 Amordazado otra vez	70
10 Heridas visibles	75
11 Binzea	80
12 Las víctimas de mi vida	86
13 Ani-hu	93
14 Enfermo de amor	98
15 El sabbat más completo	104
16 No hay Dios (meditación)	111
17 La irrazonabilidad del amor	117
18 La lección de la celda llena de ratas	123
19 Conversación con mi hijo Mihai	128
20 Sermón a las iglesias de otros lugares del mundo	134
21 Lo hice sonreír	140
22 Completamente limpio	148
Epílogo	153

PREFACIO

De los catorce años de encarcelamiento que sufrí en Rumania, bajo el régimen comunista, pasé tres años solo en una celda, a diez metros de profundidad, sin ver nunca el sol, la luna o las estrellas, las flores o la nieve, sin ver a otro hombre alguno excepto los guardias y los interrogadores que me castigaban y torturaban.

En esa cárcel rara vez se oía un ruido. Los guardias tenían calzado con suelas de fieltro y no se los escuchaba aproximarse.

No tenía una Biblia ni ningún otro libro. No tenía papel en que escribir mis pensamientos. Las únicas cosas que se esperaba que escribiera eran declaraciones acusándome a mí mismo o a otros.

Durante ese tiempo rara vez dormía durante la noche. Dormía de día. Todas las noches pasaba horas en ejercicios espirituales y oración. Cada noche componía un sermón y lo predicaba.

Tenía la leve esperanza de que algún día sería liberado. De modo que trataba de memorizar los sermones. Para poder hacerlo me valía del procedimiento de formular las ideas principales en breves rimas. Esto tiene precedentes. Omar Kayyam, Nostradamus, Heinrich Seuss y Angelus Silesius,

todos condensaron en versos extremadamente cortos un rico caudal de filosofía, religión y profecía. Así, pues, componía yo mis rimas. Las aprendía de memoria y las guardaba en el recuerdo, repitiéndolas continuamente. Cuando mi mente se desorganizaba bajo la influencia de las drogas, las olvidaba. Pero pasado el efecto de las drogas, volvían nítidamente a mi memoria.

He aquí algunos de esos sermones. Mi memoria, inusitadamente buena, retiene unos trescientos cincuenta.

Estos sermones no han de ser juzgados por su contenido dogmático. No fue el dogma lo que sostuvo en alto mi espíritu todos esos años. Mi alma se alimenta de Cristo, no de enseñanzas sobre él.

Desde el punto de vista dogmático, David y Job estaban equivocados al discutir con Dios. Desde el punto de vista dogmático, el autor del libro de Ester estuvo equivocado al no escribir una palabra de alabanza al Dios que había obrado una liberación tan grande para su pueblo. Desde el punto de vista dogmático, Juan el Bautista se equivocó cuando, en la cárcel, puso en duda el hecho de que Jesús fuera el Mesías. Los dogmatistas podrían hallar fallas aun en el mismo Jesús. Pero la vida, aun la vida religiosa, no se detiene por los dogmas. Prosigue su propio curso, un curso que a la razón a veces se le ocurre insensato.

He vivido circunstancias excepcionales y pasado por estados de espíritu excepcionales. Y debo compartirlos con mis semejantes. Tienen que ser conocidos, porque ahora mismo decenas de millares de cristianos están encarcelados en muchos lugares del mundo, bajo gobiernos comunistas o de otras formas de totalitarismo, son torturados y drogados en celdas solitarias y puestos en chalecos de fuerza como lo fuí yo. Muchos de ellos deben tener reacciones similares a las mías. Jesús, en su compasión por las multitudes, se hizo uno de ellos, un carpintero en un país pobre, en medio de un pueblo oprimido. No es posible tener compasión (palabra

que significa “padecer junto con”) a no ser que se conozca el estado de ánimo de los que están sufriendo.

Estar confinado en una celda solitaria bajo los comunistas o los fascistas es alcanzar el colmo del sufrimiento. Las reacciones de los cristianos que pasan por tales pruebas son diferentes de todo lo demás.

El propósito de este libro es dar a conocer esos pensamientos y sentimientos a aquellos que están de parte de las víctimas inocentes. Con muchos de los pensamientos expresados en estos sermones, yo mismo ya no estoy de acuerdo, ahora que estoy viviendo en condiciones normales. Pero registro mis pensamientos tal como se me ocurrieron entonces.

Lector, en vez de juzgar, entra en comunión con tus hermanos cristianos que están encarcelados en situaciones en que, para emplear las palabras de Beda, “no hay voz sino la del llanto, ni rostro sino el de los atormentadores”. Colócate en su situación; “recuerda a los que están en cadenas como en cadenas con ellos”. Usa tu imaginación para sentir lo que es estar en confinamiento solitario y ser torturado. Sólo entonces podrás entender este libro.

El contiene los sermones de un pastor los pilares de cuya razón, como ahora lo reconozco, tambalearon bajo la presión de las torturas. Hubo momentos en que estuve al borde de la apostasía. Felizmente, justamente en esos peores días no fui acosado por mis encarceladores. Probablemente si lo hubiera sido me habría derrumbado. Las torturas se producían solamente después que había superado la desesperación.

Me ha sido fácil reconstruir el sermón entero a partir de una breve poesía, porque aunque abandoné la celda solitaria, ella nunca me ha abandonado. No pasa un día sin que viva en ella, sea que me encuentre en una larga gira por los Estados Unidos, en una iglesia o en una reunión de comisión en Inglaterra, o sentado en un tren en algún lugar de Europa. Mi verdadero ser ha permanecido para siempre en confinamiento solitario. No vivo tanto mi vida actual como revivo

continuamente aquellos años de la prisión. Esto no se debe a que sean esencia de mi historia personal, sino a que yo no soy mi verdadero yo. El verdadero yo son aquellos que están hoy en celdas solitarias, terribles, húmedas en muchas naciones del mundo donde imperan regímenes totalitarios. Ellos son los hermanitos de Jesús. Son la parte más preciosa del cuerpo místico de Cristo en la Tierra. Al revivir mis años de confinamiento solitario estoy viviendo la vida de ellos. Es una experiencia extraña. Puede llevar a la locura. Tal vez ya haya locura en estos sermones míos.

Pero si Erasmo tenía razón cuando escribió su *Elogio de la locura*, ¿por qué no se ha de dejar que la locura hable por sí misma? La persecución de la fe por parte de los regímenes políticos que no pueden soportar el Evangelio, ha vuelto locos a muchos pastores y otros cristianos, cuya salud mental se quebrantó bajo la prolongada tortura. ¿Por qué sólo los cuerdos han de decir lo que piensan? ¿Por qué no dejar que los locos hablen desde su locura? Lo que aquí pongo sobre el papel son los pensamientos locos de aquellos que están siendo mantenidos en condiciones que desafían toda descripción.

En la prisión tuve momentos en que conocí la victoria de la fe. También tuve momentos de desesperación. Por unos y otros doy gracias a Dios. Los últimos tuvieron algo bueno en ellos, al mostrarme mis limitaciones y enseñarme a no confiar en mis propias victorias, ni en mi propia fe, sino en la sangre expiatoria de Jesucristo.

Nuevas causas producen siempre nuevos efectos. El confinamiento solitario en las cárceles del totalitarismo es algo nuevo en la historia de la Iglesia. No puede ser comparado con las persecuciones romanas, ni aun con las nazis. Considérese la diferencia que hace el hecho del drogado intensivo o el lavado científico de cerebro, y no sorprenderán nuestros pensamientos y reacciones.

Soy consciente de que algunas de las especulaciones de

estos sermones son atrevidas, con un atrevimiento que procede sólo de un prolongado silencio. ¿Representan la verdad, o son herejías? La verdad es la correspondencia entre el pensamiento y la realidad. ¿Pero conoce alguien toda la realidad? Nosotros vivíamos en una realidad aparte, y nuestros pensamientos aspiran a reflejar esta realidad correctamente, aunque parezca extraña a los que viven una vida tranquila y normal. En todo caso, así es como yo pensaba entonces. Las mentes de millares de cristianos que son torturados hoy atraviesan por estas mismas tempestades que yo debí sufrir en una cárcel comunista. Esto es lo que tengo que poner sobre el papel, para beneficio de los cristianos que no quieren llevar vidas egoístas, sino tener comunión con aquellos que están soportando no sólo torturas físicas, sino también tensiones espirituales extremas.

Y ahora, permitidme decirlos con las palabras del salmista: "Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo (si eres católica o protestante, fundamentalista o radical), y la casa de tu padre", y ciega, como se hace con los prisioneros, desciende conmigo a la prisión subterránea. Oye cerrarse la puerta de la celda detrás de ti. Estás sola. Todo ruido ha cesado. Tu única provisión de aire te llega por un tubo. Si sientes el impulso de gritar al pensar que estás confinada en tal lugar, grita. Pronto los guardias te pondrán un chaleco de fuerza. Pero "deseará el rey tu hermosura", si permaneces aquí todo el tiempo que él ha ordenado para ti.

Acepta tus pensamientos de desesperación y fe, tus dudas y su solución, tus momentos de locura y su desaparición. Permite que todo esto te acontezca. Imaginas que estás pensando; en realidad estás siendo pensado. Puedes ser un experimento de los ángeles. Quizá seas objeto de una apuesta entre Dios y Satanás, como Job. Determina asirte sólo de Dios, aunque él te quite la vida, aunque mate tu fe. Si quedas sin fe, serás entonces infielmente suyo. Si desaparecen todos los frutos del espíritu y te quedas como un árbol estéril,

y sin hojas, recuerda que también las hojas tienen un propósito. A su sombra, los fértiles pueden descansar en los brazos de su Divino Amante. Las hojas son utilizadas por el esposo para hacer una guirnalda para su amada. Las hojas se transforman en medicinas curativas. Y aunque se tornen amarillas y caigan secas a tierra, pueden formar una hermosa alfombra sobre la cual el Esposo emarchará hacia aquellos que, a diferencia de ti, hayan permanecido fieles hasta el fin.

Desciende al confinamiento solitario. Te he traído hasta la puerta de la cárcel. Aquí debo desaparecer. Te quedarás sola con Dios. Puede ser tu cámara nupcial. Puede ser tu cámara de tortura espiritual. Yo tengo que dejarte. Mi lugar está en mi propia celda. ¿Me miras y te parece ver la locura en mi rostro? No me importa. Muy pronto te parecerás a mí. Y tal vez puedas decirle a Jesús: "Morena soy, pero codiciable".

Hemos descendido en la oscuridad. Aquí experimentarás la presión, pero también el arrobamiento de las grandes profundidades. A grandes profundidades, las cosas no tienen el mismo color que en la superficie. Tu sentido de dirección desaparece. Tu mente cambia, suponiendo que seas capaz de conservar la mente. Probablemente te apartarás del camino recto.

¡Que Dios te ayude! Dios tenga misericordia de todos los miserables pecadores que pasan por el arrobamiento de las profundidades finales.

R. W.

Nota: En las páginas siguientes hay varias referencias al hecho de que los prisioneros se comunicaban mediante un código a través de las paredes de las celdas. En mi libro *In God's Underground* explico cómo llegaron casi todos los prisioneros a aprender ese código. La prisión nazi que menciono era rumana, bajo la dictadura de derecho del general Antonescu, impuesto a nuestro país por los nazis.

1

LAS LEYES INJUSTAS DE DIOS

Dios:

Durante años he estado predicando a los hombres. Casi había olvidado que en la iglesia hay también un auditorio invisible; que los ángeles escuchan cuando exponemos tu palabra.

Ahora que estoy solo contigo y con tus invisibles siervos, puedo empezar una nueva serie de sermones.

En la iglesia tenía que tener cuidado de no herir los sentimientos o los prejuicios de mis oyentes. Contigo puedo ser absolutamente franco. Tú no tienes una inquisición. Tú no me juzgarás por herejía. Frente a otras personas, tenía que alabarte. Aquí soy libre para cuestionarte y reprocharte, como lo hicieron David y Job y otros.

Te diré francamente todo lo que hay en mi corazón.

Tú has dicho: "No es bueno que el hombre esté solo". Y, sin embargo, me tienes en confinamiento solitario. Tú creaste a Eva para que estuviera con Adán. Sin embargo, me has separado de mi esposa. Me estás haciendo precisamente lo que tú mismo has reconocido que es malo. ¿Cómo te justificarás cuando nos encontremos? Me preguntarás por qué he hecho cosas condenadas por tu palabra. Seguramente es peor que Dios no cumpla su palabra y no que un hombre no obedezca los mandamientos de Dios. El juicio será recíproco. Ahora puedo entender las palabras de Isaías: "Venid, pues, y arguyamos *juntos*, dice Jehová".

Jesús dijo que el Padre "hace salir su sol sobre malos y buenos". Nuestros torturadores están ahora en las playas disfrutando del sol. Yo no lo he visto durante meses, estando en una celda a diez metros bajo tierra. Jesús me preguntará muchas cosas en el juicio final. Está bien. Pero yo le preguntaré por qué el Padre me ha privado del sol. Tengo curiosidad por saber qué me responderá.

Desde mi conversión me han intrigado tus palabras en Ezequiel: "Yo también les di estatutos que no eran buenos, y decretos por los cuales no podrían vivir". Nunca he oído a un predicador explicar este versículo. Los comentaristas también le evitan. Ahora estoy empezando a entender algo de su misterio.

Ninguna ley puede ser justa, aunque sea divina, porque toda ley fija normas iguales para hombres de capacidades desiguales, colocados en situaciones desiguales.

Esto se aplica aun a los mandamientos. "No te harás imágenes" es una ley dada igualmente al hombre criado en una religión estrictamente puritana que al que tiene una larga herencia católica. Esta ley no es justa, porque los dos no pueden cumplirla con la misma facilidad. Una vez hablé con un católico acerca del segundo mandamiento, y me contestó cándidamente: "¿Por qué los protestantes son tan

ciegos? La ley dice: 'No *te* harás imagen'. Esto no significa que Miguel Angel o aun un modesto escultor no pueda hacer una para usted. Sólo está prohibido a los individuos hacer imágenes santas, cada cual según su fantasía. Pero no le está prohibido a la iglesia proporcionar a los cristianos medios de inspiración."

Yo miré asombrado a aquel hermano católico que no estaba en modo alguno preocupado por lo que a mí me preocupaba tanto. Y continuó: "Cuando Dios se encarnó en Cristo, asumió todas las cualidades del hombre, inclusive la de ser potencialmente modelo para un objeto de arte." Y así sucesivamente. Nunca lo había pensado de esa manera.

"Honra a tu padre y a tu madre" se les dice a aquellos cuyos padres son hombres santos y buenos. Pero yo he conocido personas que reaccionaban violentamente contra este mandamiento. Todo lo que podían recordar era que su padre era un borracho que los castigaba injustamente, o que su madre los había abandonado. En mi congregación tenía una muchacha que había sido violada por su propio padre. Tu ley no es justa. Nos manda honrar a todo padre, toda madre, aun a aquellos que han legado una herencia criminal. Tengo que honrar a mis superiores en la iglesia. Algunos de ellos han escogido el martirio. Otros se han convertido en espías de los comunistas. Y yo tengo que honrar a ambas categorías. Es tu ley, pero es injusta.

"No matarás" se le dice a un sueco o un suizo cuyas naciones no han conocido la guerra durante siglos. Nosotros, los rumanos, tenemos el mismo mandamiento, aunque nuestro país ha sido invadido por extranjeros en cada generación y tenemos que defendernos.

"No hurtarás" se le dice a un billonario, que tiene más de lo que jamás necesitará y no tiene razón para robar. Yo estoy terriblemente hambriento y robaría si pudiera hacerlo. Pero al hacerlo estaría quebrantando una de tus injustas leyes.

“No cometerás adulterio” se le dice al hombre que tiene una esposa amante y bella que es una buena compañera sexual. Pero la misma ley es válida también para la persona que tiene una esposa o un esposo insoportables, o no los tiene. ¡Cuánto ha sufrido Juan, un miembro de nuestra congregación! Su esposa había estado enferma por años y no podía darle satisfacción. Una ley injusta después de otra.

“No dirás falso testimonio” es una ley para el hombre que no tiene razón para mentir, o tal vez no es capaz de hacerlo, no teniendo la menor imaginación; pero también es ley para mí, que tengo que responder al interrogador comunista. Si le digo la verdad, como él me lo pide, apelando a mi obligación cristiana, seguirían muchos otros arrestos.

Rahab, después de haber dado asilo a los espías israelitas, mintió, diciendo que no sabía de dónde habían venido ni a dónde habían ido. ¿Hizo mal?

Recuerdo que Spurgeon predicó sobre este tema, y dijo que muchas veces él había tratado de ponerse en el lugar de Rahab. Suponiendo que hubiera escondido a algunos protestantes perseguidos y las autoridades le preguntaran si estaban en su casa. ¿Cuál hubiera sido su respuesta? Es sabido que él era muy estricto contra la mentira. También nosotros tuvimos que mentir en tiempo de los nazis. Así que me interesó saber lo que él había dicho: “He tratado de imaginar lo que hubiera dicho, y nunca he podido llegar a una conclusión... Yo tengo más luz que Rahab, y ciertamente he tenido más tiempo para considerar el caso, y sin embargo no veo el camino. No estoy seguro de que la mentira de Rahab no fuera más honesta que más de una evasiva inventada por gentes más inteligentes”.

A menudo he citado estas palabras a hermanos que estaban preocupados por haber tenido que mentir a las autoridades opresoras. Spurgeon no pudo llegar a una conclusión. Yo he llegado a la mía. Les miento a los funcionarios examinadores y debo decir que me da gusto hacerlo.

“No se turbe vuestro corazón” se le dice igualmente al crónicamente preocupado y al de carácter flemático que por naturaleza nunca está ansioso por nada. Se le dice a un norteamericano pudiente que jamás ha conocido una verdadera preocupación, y a mi compañero de prisión que acaba de telegrafiarle por código Morse, a través de la pared, que ha sido sentenciado a muerte.

Una ley no puede dejar de ser injusta. Aun tú, Dios, no podrías evitar la injusticia una vez que empiezas a hacer leyes.

De modo que tu injusticia no es sólo que me mantiene solo en un lugar sin sol. El problema es mayor. En primer lugar, has cometido una injusticia al poner a los hombres bajo leyes.

Dejaré mi problema personal contigo. Una manera de liberarte de algo que te molesta es arrojar tu pena individual, que es sólo una gota, en el océano infinito de la pena universal. Pero planteo el problema general. ¿Por qué fuiste injusto con la humanidad, sometiéndonos a estatutos que tú mismo reconoces que son injustos?

Tú necesitas a Jesús, como yo lo necesito. El es el Intercesor y Mediador. Lo oigo cada noche intercediendo y mediando por ti, para hacerme entenderte y amarte, así como intercede contigo a mi favor.

Tú necesitas su encarnación tanto como yo la necesito, aunque por una razón totalmente diferente. Tú has conocido siempre al hombre que mira desde la perspectiva de Dios. Pero esto no te da toda la verdad. Desde la celda contigua a la mía un ex juez telegrafió a través de la pared cuánto lamenta todas las sentencias de prisión que dictó en su vida. Sentenciaba sin saber lo que era pasar años en la cárcel. Tú juzgabas a los hombres sin haber vivido y sufrido y sido tentado. Necesitabas la experiencia de la humanidad. Fuiste enriquecido por la experiencia de que tu Hijo se hiciera hombre. “Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey

Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de su desposorio.” Desde la eternidad Cristo ha tenido toda clase de coronas. La más hermosa le fue dada por su santa madre: la corona de ser el Dios-hombre. Fue pobre, menospreciado, castigado, tentado. Murió. Enriquecido por esta experiencia, retornó a ti. Ahora puedes entendernos mucho mejor.

Tú eres un Dios vivo. Estar vivo significa evolucionar, crecer, aumentar. Una cosa que siempre está igual, no está viva. La constante exhortación en las iglesias a “magnificar al Señor” nos enseña que puedes ser magnificado —esto es, hecho más grande. Jesús te hizo más grande.

Por la experiencia de la vida humana realmente vivida, Jesucristo dio a conocer en el cielo el misterio de la vida humana, conocida desde adentro.

Por otro lado, nos explica en la Tierra, cada noche, el misterio de un Dios que da leyes que él mismo reconoce son injustas.

He hecho una pausa en mi conversación contigo. No fue una pausa retórica. Al hablar contigo no son necesarios tales artificios.

Me detuve porque estaba escuchando, así como en el cielo el canto de los serafines se interrumpe con momentos de silencio, cuando asciende delante de tu presencia el humo del incienso que acompaña a las oraciones de los santos.

Oí a Cristo que me explicaba —con cuánta claridad sus ovejas distinguen su voz— que tú nos diste la ley con la esperanza de que no nos detuviéramos allí, sino que siguiéramos más adelante y llegáramos así a lo que tú pretendías para nosotros.

De una cosa estoy seguro ahora: una cosa es tu mandamiento, y otra es tu deseo.

Tú dices, por ejemplo, “mía es la venganza”. Expresas la

voluntad de mostrar tu ira, pero crees que nuestra fe será suficientemente grande para detener tu mano cuando quieras vengarte. Sí, te lo impediremos, aunque nos ordenes lo contrario. Un buen perro pastor no deja de ladrar a un extraño, aunque el pastor se lo ordene.

Una vez regañé a mi hijo, reprobándolo por algo que había hecho mal. El no me miró a la cara y le pregunté por qué. Me contestó: "No te miro a la boca que está diciendo las palabras amargas, sino a tu corazón amante de donde fluyen". Así nosotros no hemos de mirar a las palabras estrictas de tus mandamientos, sino a las intenciones amantes con que fueron dados.

David conocía todas las leyes sobre sacrificios animales, pero dijo: "Sacrificio y ofrenda no te agrada". Los judíos habían recogido de los egipcios ideas erróneas acerca de los dioses que siempre esperan que les demos algo. Jehová, para advertirles contra los sacrificios humanos que hacían otros pueblos, les ordenó que se detuvieran en un cordero o una paloma. Pero David sospechaba que la nueva vida empieza cuando uno comprende que eres tú quien sacrificaste al que más amabas. Tú no esperas que nosotros quitemos la vida a fin de ser agradables ante tu vista.

Una de tus leyes más injustas es la que se refiere a las ciudades de refugio.

Si alguien mata sin intención y los parientes de la víctima querían venganza, tú ordenabas al homicida que huyera a una ciudad de refugio. Supongamos que varios hombres son culpables del mismo delito, pero uno no puede correr tan aprisa como los otros. No todos pueden trepar una colina a la misma velocidad. El que corre bien llega a la ciudad de refugio y está a salvo, aunque es tan culpable como su camarada, mientras el hombre más lento es muerto por el vengador.

¿Puede la justicia depender de la velocidad con que un hombre puede mover las piernas?

Esa injusticia es perpetuada en el Nuevo Testamento, donde se dice que los que vencieren recibirán su recompensa. ¿Y qué de los que son derrotados por el pecado, aunque anhelan la santidad?

El amor siempre perderá el premio, según la ley, porque el amor siempre es derrotado en la carrera. Sólo el mal y el vicio pueden marcar *records*. El amor siempre llega atrasado.

Jesús nos enseña esto en la parábola del Buen Samaritano.

¿Hicieron una apuesta los tres hombres sobre quién recorrería más rápido el camino de Jerusalén a Jericó? Eran un sacerdote judío, un levita y un samaritano.

Los tres partieron al mismo tiempo. El sacerdote y el levita eran ambiciosos, y se apresuraron porque querían ganar la apuesta y obtener fama. Oyeron quejidos de alguien malherido y dolorido; alguien clamó por auxilio. Como eran hombres buenos, sintieron compasión por él; al escapar corriendo, dijeron una oración por el hombre herido, pero no se detuvieron porque al final de la carrera los esperaba el premio y la fama. Además, el lugar era peligroso. Había rumores de que merodeaban bandidos.

El samaritano era una clase distinta de hombre. Uno se pregunta por qué entraría en la apuesta. Para él, lo más importante no era el dinero, ni la fama, sino el amor hacia toda cosa viviente. Cuando oyó los quejidos, se detuvo, ungió al herido y lo llevó a una posada, que quedaba en la dirección de donde venía. Así que perdió la carrera, como le pasa siempre al amor.

“Estoy enferma de amor”, dice la esposa. El enfermo no puede ganar carreras; no puede vencer. Jesús dijo que el reino de los cielos es tomado por la violencia. Pero el amor no tiene fuerza para cometer violencia. Es fácil para un gran pecador forzar la puerta del cielo. Los santos y los que aman tienen que confiar en la gracia más que los otros, a

fin de ser salvos, porque por sí mismos pueden hacer menos que los demás.

Es injusto que la ley exija la misma velocidad y las mismas victorias a todos.

Ahora entiendo por qué tengo que aguardar tanto tiempo en la prisión a que venga mi Esposo. Estoy seguro de que él ha dejado su lugar para venir en nuestra ayuda, pero se detiene junto a cada persona herida a lo largo del camino. Jairo le imploró por su hija moribunda, pero Jesús encontró en el camino a una mujer enferma, y dejó que la hija de Jairo muriera.

¡Quién sabe si Jesús, que venía en nuestro socorro, no se ha hallado en el camino una flor^o cuyos pétalos estaban recargados por el rocío, y se detuvo a enderezarlos . . .

Estoy enfermo de amor, y no puedo realizar obras. Tú eres el amor mismo, y por lo tanto la enfermedad misma. No puedes llegar a tiempo para devolverme a mi familia, aunque sabes que "no es bueno que el hombre esté solo". Estás enfermo de amor, y no puedes tampoco hacer que el Sol se levante para mí. Quién sabe a qué ovejas caídas en una zanja tuviste que ayudar, Padre, cuando Jesús estaba en el Gólgota. Así que tuvo que quedarse sin un rayo de luz y sin una gota de agua.

Yo no puedo cumplir tu ley. Por Jesús, tú me has librado de esa obligación.

Tú tienes todos los inconvenientes del amor y no puedes cumplir tus muchas promesas de ser mi ayuda. Pero yo te libero de todas las obligaciones hacia mí adquiridas por el pacto, así como tú me liberas de todos tus estatutos. No son buenos. Son simplemente generalidades. Para ti yo soy único, como tú lo eres para mí.

Y pasaremos juntos los años de confinamiento solitario, satisfechos con amar y ser amados. No te reprocharé por tus malos estatutos y tus leyes injustas. Tú no me reprocharás el haberlos quebrantado.

¡ Cuán contento estoy de que por primera vez haya podido hablar tan francamente contigo! Así que, al final, me doy cuenta de que no me has dejado solo. Estoy contigo. No me has dejado sin Sol. Veo el Sol de tu justicia que se levanta en mi celda oscura.

Gracias y gloria. *Amén.*

2

ENCUENTRO DE UN CRISTIANO CON GABRIEL

Amados hermanos y hermanas:

Yo no puedo verlos, pero les predicaré a la distancia.

Varias veces he experimentado lo que se llama percepción extrasensorial. He aquí un ejemplo.

Una oficial rusa se convirtió en nuestro hogar. Luego se trasladó con su regimiento hacia Hungría y Austria, y no volví a oír de ella. Mientras tanto, nos mudamos a otra casa. Una mañana, justo a la hora más trajinada sentí un impulso irresistible de volver a mi antiguo departamento, aunque no tenía nada que hacer allí. Cuando me aproximaba a la casa, vi acercarse, desde la dirección opuesta, a aquella hermana rusa. Estaba de paso por Bucarest en camino hacia Stalingrado. Entre un tren y otro tenía varias horas de espera, y había orado con todo su corazón que yo estuviera en casa, a fin de poder obtener alguna instrucción

en el cristianismo. Si yo no hubiera estado allí en ese momento preciso, aquella oportunidad única se hubiera perdido.

Podría mencionar muchos otros casos.

Ustedes también son capaces de tal percepción a la distancia. Los profetas de antaño hablaron a los hombres lejanos. "Pásate, oh morador de Safir... oh moradores de Laquis... Aún os traeré nuevo poseedor, oh moradores de Maresa... tú, Belén Efrata", dice Miqueas en uno y el mismo discurso, con la seguridad de que los ángeles llevarían sus palabras a las ciudades distantes.

Estoy seguro pues, de que mis palabras, emitidas en una celda solitaria, llegarán al menos hasta vosotros, aquellos que tenéis la rara virtud de guardar silencio y escuchar.

Compartiré con vosotros algunas de las experiencias espirituales por las que pasamos en nuestra prisión subterránea. Aunque cada cual está solo en su celda, nos comunicamos unos con otros golpeando mensajes en código en las paredes. Así es como pude conocer los acontecimientos siguientes.

Eran las diez de la noche. Siempre sabemos exactamente cuándo son las diez. Con exactitud cronométrica a esa hora empiezan las grandes torturas. Por las mañanas se puede recibir una paliza. Pero las verdaderas torturas están reservadas para esa hora oscura. Se pueden oír los gritos. La acústica de los corredores en arco es tal que los aullidos rebotan de una en otra pared con volumen siempre creciente. Al primer grito, se da la señal de una celda a otra —tres golpes nos recuerdan que debemos empezar nuestros ejercicios espirituales; primero, el examen de conciencia, juzgando todas nuestras actitudes, pensamientos y acciones del día transcurrido. Un sacerdote jesuita nos enseñó a hacer esto.

El cristiano acerca de quien quiero hablaros hoy no tenía en muy alta estima el mencionado auto-examen. Consideraba que la conciencia no es tanto la voz de Dios en nosotros como la voz de nuestro ámbito social. Una acción que en

un cristiano produciría un gran remordimiento puede ser considerada moralmente justificada por otro, que procede de una formación diferente. La conciencia nos juzga de acuerdo con su propia ley. Pero las leyes son generalizaciones, y no toman en cuenta las capacidades y las circunstancias individuales. Tú puedes ser el protestante más severo y creer en la salvación por la fe solamente. Pero la conciencia siempre es católica y te tortura con el recuerdo de tus acciones, como si nuestra relación con Dios dependiera de éstas.

La conciencia no conoce las leyes de causa y efecto. No acepta el determinismo. Cree en la falacia del libre albedrío. No reconoce el hecho obvio de que mi acción fue el resultado inevitable de mi carácter, plasmado por toda mi vida pasada, y la única respuesta que yo, como personalidad única, podía dar a determinados estímulos externos. La conciencia me atribuye a mí solo la culpa de una acción que fue el resultado final de la influencia de millares de personas: antepasados que me transmitieron cierta herencia; padres y maestros que me dieron una educación defectuosa; autores, actores, amigos y enemigos que moldearon mi alma; la presión del medio social, y así sucesivamente.

La conciencia no sabe nada de los planes de Dios en los cuales mi acción pecaminosa pudo haber desempeñado un papel necesario —“Verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”.

La conciencia tiene prejuicios. Cuando te examinas en cuanto a todas las cosas que has hecho durante el día, te recuerda sólo las cosas malas. Olvida lo bueno. Y sólo distingue entre negro y blanco. No sabe nada en cuanto al gris —la necesidad, impuesta a veces por las circunstancias de la vida, de no escoger no entre el bien y el mal, sino entre dos males.

La conciencia no acepta las palabras de San Felipe Neri, cuando dijo que no hemos de esperar convertirnos en santos en cuatro días. Lo mejor que puede hacer, después de muchas dudas y tormentos, es aceptar la remisión de pecados, esto es, el perdón de la culpa. La doctrina suprema de la Biblia, la justificación, según la cual aparecemos delante de Dios completamente libres de culpa, es inaceptable para la conciencia. La conciencia es totalmente incapaz de captar la verdad de que no sólo el pecador, sino el pecado mismo puede ser hecho blanco como la nieve.

Yo no quisiera abolir la conciencia, como hizo Hitler, llamándola una invención judía. Los resultados de aquella osadía fueron horribles. La conciencia tiene un enorme valor social. Una conciencia tierna nos da una actitud correcta hacia nuestros semejantes. Pero Dios no nos ama más después de una buena acción o menos después de una mala.

El auto-examen lo deja a uno triste. Comparas lo que has hecho con lo que hubiera hecho Jesús en circunstancias similares, y te reprochas amargamente. Pero preguntar qué hubiera hecho Jesús en circunstancias similares es tan razonable como preguntar qué distancia hubiera recorrido una serpiente durante un día si hubiera sido una liebre. Es una serpiente, no una liebre. Y yo soy yo. No soy Jesús. Para actuar como Jesús yo hubiera tenido que ser Dios encarnado, nacido de una Virgen santa. Hubiera tenido que tener su educación y tener huestes de ángeles a mi disposición. Hubiera tenido que poseer su poder milagroso. Hubiera tenido que ser un profeta y un carpintero de hace dos mil años, en Palestina.

Lutero alertó a los hombres sobre el gran pecado de la tristeza. Dijo que era mejor para un cristiano estar borracho que estar triste. Nuestros carceleros comunistas nos han torturado bastante. ¿Por qué hemos de torturarnos nosotros mismos? Lutero dijo que el remordimiento antes del Calvario es de Dios; el remordimiento después del Calvario es del

diablo. Arrepiéntete de tus pecados, sí; pero no hagas de tu pecado un motivo de larga y melancólica meditación. ¿Por qué habría de defraudar a Dios gastando mi tiempo y energías en el remordimiento? Yo soy mayor que mis pecados. La conciencia quisiera identificarme con ellos.

Nuestro hermano no se preocupaba por tales torturas del alma. El Talmud dice: "El sol se ha puesto y el día es claro". Cada noche, al sonar la señal, nuestro hermano se preparaba para danzar para la gloria de Dios.

Antes que se diera la señal, yacía en su cama. Como el tictac de un reloj, en cada latido de su pulso había un pensamiento acerca de Jesús. Su anhelo del Esposo era un fuego abrasador. Murmuraba "Jesús" en cada álito. Y entonces venía la señal. Era el momento de comenzar su santa —o tal vez su loca— danza.

Una noche, mientras danzaba, oyó que un ángel le decía: "Salve, Jorge, lleno de gracia. Dios es contigo. Bendito eres". El hermano había sido educado en el respeto por la tradición de los primitivos padres del desierto. Sabía qué hacer en tales casos. Le preguntó al ángel: "¿A quién has sido enviado?". El ángel respondió: "A ti, Jorge". El cristiano respondió: "Hay muchos otros que se llaman Jorge en las celdas aquí alrededor. Has venido equivocado. Yo no soy digno de oír la voz de ángeles". Sus giros se hicieron aún más frenéticos para espantar la tentación. La danza era un sacrificio en el altar de Dios.

Pero el ángel —era Gabriel— permaneció. ¡Cuán insistentes son los ángeles! Entonces en este cristiano se concibió algo, como en María en la antigüedad (o quizá sólo descubrió entonces algo que había estado allí mucho tiempo). Se encendió en este cristiano el germen de una nueva vida, que le daría en el futuro el poder de vencer donde en el pasado había sido derrotado. Supo ahora que sería capaz de soportar cosas más dolorosas que la muerte, aun la mayor de las burlas.

Desde esta experiencia, aquel cristiano ya no vive. Cristo vive en él. Vive sólo para la alimentación de esa nueva vida, para exaltar en todo bien al autor de toda virtud. ¡Qué responsabilidad! Como María, su tarea es llevar a la madurez al mismo rey del cielo.

Este cristiano siente que su tarea especial es hacer de Jesús un hombre del siglo veinte —o más bien del veintiuno; hacer de él un intelectual moderno—, o más bien un Cristo que muestre a los intelectuales modernos el camino hacia adelante. Su tarea es hacer de él un hombre que lllore, lllore sobre nuestra generación como lloró sobre Jerusalén dos mil años ha; hacer de él el varón de dolores de hoy.

Jesús siempre llora.

Una antigua leyenda dice que, cuando Jesús era niño, José lo amaba tanto que nunca volvía a casa sin llevarle algún juguete o un dulce. El pequeño Jesús estaba tan habituado a esto, que cada vez que José iba al pueblo, aguardaba junto a la ventana para verlo volver. Entonces corría a su encuentro y le preguntaba: “Padre, ¿qué me has traído?”. Una vez José no tenía dinero y volvió a casa con las manos vacías. Cuando Jesús corrió hacia él y le hizo la pregunta acostumbrada, José respondió, desanimado: “Nada”. Entonces el niño empezó a llorar amargamente. Viendo lo cual, José también lloró.

La santa Virgen salió de la casa y viéndolos a ambos en lágrimas, preguntó qué había ocurrido. Cuando José se lo explicó, ella dijo, llena de asombro: “Entiendo que él lllore. No es más que un niño. ¿Pero por qué lloras tú?”. José respondió: “El llanto de Jesús tiene un profundo significado. Este niño estará siempre sentado junto a las ventanas del cielo, aguardando el retorno de sus amados. Correrá al encuentro de cada uno, preguntando: ‘¿Qué me has traído?’. Y si la respuesta es, como la mía: ‘Nada’ llorará en el cielo como lo ves llorar ahora”.

El cristiano de quien estoy hablando siente que su tarea es actualizar esas lágrimas. Como en época pasada Jesús lloró sobre Jerusalén, llorará ahora sobre Moscú, que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. Llorará sobre Berlín, capital de una gran nación que no puede ser unificada. Llorará sobre Oslo y Estocolmo, ciudades de iglesias vacías. Llorará sobre Londres y Washington, que por su avaricia viven insensibles al dolor del resto del mundo. Puedo oír los gritos desgarradores de una mujer a quien los torturadores acaban de castigar.

Jesús vive ahora en el corazón de este cristiano. Los que no tienen a Jesús, o tienen sólo un fantasma (esto es, el Jesús de hace dos mil años), se burlarán de este hombre que es una María de hoy. Repiten incesantemente el rosario "Salve, María, llena de gracia", refiriéndose siempre a la María de antaño, y ciegos a una María de hoy.

Pero este cristiano se ha encontrado con Gabriel. Ha vivido en la realidad de la unión mística. Cristo ha sido concebido en él. *Amén.*

3

LA MADRE DEL SEÑOR

Queridos hermanos y hermanas:

Vivimos con muy poco. Un niño rico, que tiene muchos juguetes, se aburre con ellos. Un niño pobre tiene un cajón y lo arrastra. Lo llama coche, camión, máquina. Tiene un palo y cabalga en él: es su caballo.

Vivimos, pues, con muy pocas cosas, pero las enriquecemos con la imaginación.

Nuestro telégrafo a través de las paredes funciona perfectamente. En la cuarta celda a mi derecha hay una muchacha de la iglesia subterránea, que ha sido seriamente torturada pero no cede. Tiene sólo dieciocho años. Se llama María.

Esta comunicación despertó en mí una serie de pensamientos que quiero compartir con vosotros.

María —¡qué santo nombre!

Los pueblos primitivos tuvieron siempre sus diosas así como sus dioses. Tienen, en forma tergiversada, una intuición fundamentalmente sana, o tal vez ha permanecido con ellos algo de la revelación primaria. En la Divinidad hay un principio femenino. Los eruditos que tienen el privilegio de estudiar las Sagradas Escrituras en los idiomas originales, saben que la palabra hebrea *ruach*, “espíritu”, es un sustantivo femenino. En Génesis 1, si se traduce literalmente, hay que leer: “Y el Espíritu de Dios se movía de una manera femenina (*merahefet*) sobre la faz de las aguas”. En arameo, el idioma que hablaba Jesús, la palabra “espíritu” —*ruha*— también es femenina.

El ángel que se le apareció a José en un sueño le dijo: “Tu esposa, María, . . . ‘dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús’” (en hebreo “Jeshuah”, nuevamente una palabra femenina). Es como si a un varón lo llamáramos Elena o Catalina.

Un hombre con un nombre femenino. Este misterio es el que se expresaba en la apariencia exterior del sacerdote ortodoxo: tiene que usar barba, pero vestir ropas femeninas.

Siempre que siento a Dios cerca de mí en esta celda solitaria, tengo la impresión de que hay también una presencia femenina. El evangelista Juan, en condiciones similares a la mía, solo, exiliado en la isla de Patmos, vio a Dios sentado en un trono. “Y el aspecto del que estaba sentado en el trono era semejante a piedra de jaspe y de cornalina”. Pero también se le apareció en el cielo lo que para él, lo mismo que para mí, fue una gran sorpresa: “Una mujer vestida de sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”. Los comentaristas hacen toda clase de conjeturas acerca de quién puede ser esta mujer. Tenemos la explicación en el comienzo mismo de la Biblia: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”. Esta es la imagen de Dios: masculina y femenina. Hay, pues, en la divinidad, un prin-

cipio femenino. La kábala lo llama "la Matrona". Dios tiene todas las perfecciones; no puede estar limitado a las masculinas.

Cuando me arrestaron los nazis, vi prisioneros que eran sacados a ejercitarse en el patio de la cárcel. Todos iban esposados con las manos a la espalda, y encadenados unos a otros, de modo que tenían que caminar en círculo. Un sacerdote católico, al ver esto, exclamó: "¡Un rosario humano!". Y, como no tenía rosario, dijo sus "Ave Marías" viendo a cada hombre encadenado delante de él como una cuenta del rosario.

Un incidente así puede conmover también el corazón de un protestante.

Nunca consentiré en llamar a María "Reina del cielo", "Jefe de las huestes angelicales", "Reina de la iglesia", "Reina de la humanidad" y así sucesivamente, porque no quisiera dejar a Dios desocupado. Pero mi amor y reverencia por ella han aumentado ciertamente con mis experiencias en prisiones.

Y ahora, cuando oigo sobre esta María torturada cerca de mí, mis pensamientos van a la madre del Señor.

La genealogía de Jesús, tal como la relata Mateo, da cuarenta y dos generaciones desde Abraham hasta Cristo. Cuéntelas, sin embargo, y se encontrará que solo se enumeran cuarenta y una, inclusive Cristo. Mateo era cobrador de impuestos. Ha de haber sabido contar. ¿Por qué enumeró cuarenta y una y dijo que eran cuarenta y dos? Si se trata de un simple error, ¿cómo es que se ha perpetuado durante veinte siglos? Se ve que Mateo quiso ocultar un misterio con este artificio de pretender dar cuarenta y dos nombres en tres series de catorce. Repite el nombre de Jeconías, el último de la segunda serie, como primero de la tercera, de modo que el lector descuidado puede no darse cuenta nunca de que falta uno de los cuarenta y dos. ¿Cuál es el eslabón que falta?

Otra curiosidad bíblica: casi todas las mujeres de los evangelios se llaman María. Tenemos a la santa Virgen María; María Magdalena; María de Betania; María la madre de Jacobo y José; María, la mujer de Cleofas; y una llamada simplemente "la otra María". En total, seis. Con una María más tendríamos el número sagrado, siete. ¿Falta una María?

Junto a la cruz sólo había Marías —tres. El versículo bíblico pertinente es extraño: "Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena". Pero el nombre de la madre era María. Dos hermanas no llevan el mismo nombre.

¿No será que en la Biblia María (en hebreo Miriam, "la estrella del mar", la estrella que guía a los navegantes en el mar de la espiritualidad) no se usa solamente como un nombre? Parecería que fuera también un título dado a cierto tipo de mujer cristiana en la iglesia primitiva, como los comunistas se llaman entre sí "camarada", y como hay títulos en el ejército y en la masonería.

Cualquiera, pues, puede llegar a ser una María, así como cualquiera puede llegar a ser un camarada, o un mayor en el ejército.

Un tercer misterio. Jesús dijo: "Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre". El es el primogénito entre muchos hermanos. Es fácil entender lo que significa tener una relación de hermano con él. Pero ¿cómo puede uno ser su madre? El dice que esto también es posible.

Es un gran privilegio ser hijo de Dios, pero ¿cuánto mayor privilegio es tener a Dios como nuestro hijo! Jesús nos dice que esto es posible. Nestorio luchó contra el título de "Theotokos" (la que da nacimiento a Dios) aplicado a María, pero un concilio general de la iglesia lo derrotó. Cristo es Dios. Y María tuvo en sus brazos al Dios niño. Lo bañó, lo cuidó, lo alimentó, lo crió. Dios dependía de ella.

Ella es única, como la primera y la más grande madre de Dios. Pero esta experiencia no está enteramente reservada a ella. Jesús dice que el que cumple su voluntad puede ser su madre, puede estar con él en la relación que una madre tiene con su hijo.

¿Qué significa todo esto?

La forma más elevada de amor es la de una madre por su hijo. El amor del niño hacia su madre contiene una pizca de interés; se vuelve a su madre en todas sus necesidades. El amor del niño hacia el padre es similar: el padre le da dinero para sus gastos.

En todo amor humano se mezcla alguna clase de interés. Sólo el amor de una madre es totalmente abnegado. Ella lo da todo por sus hijos, sin esperar nada en cambio.

María, la madre de Dios, le dio todo a Jesús y nunca recibió nada de él, ni aun buenas palabras. Después de la resurrección, cuando él se mostró a tantos consolando sus tristes corazones, no se mostró a su madre. Esto tenía un propósito. Con ello le ofreció la oportunidad suprema de dar a Dios sin reclamar nunca nada en cambio.

Los que han alcanzado esta posición espiritual llevan el título de "María". Creo que este debería ser el sentido de la palabra católica "mariano". Entonces los protestantes no podrían objetar.

Y ahora llegamos al eslabón faltante en la genealogía de Jesús. Esta genealogía no es historia. Una comparación superficial con la genealogía de los reyes judíos en el Antiguo Testamento y con la de Lucas, basta para mostrar que no concuerdan. La genealogía de Jesús según Mateo no es una sucesión histórica, sino una escala de iniciación.

Se empieza por identificarse con Abraham, el padre de todos los creyentes; se pasa por la experiencia de Isaac sacrificado por su padre, como los cristianos en nuestro país tienen que privar a sus hijos de una infancia feliz a fin de permanecer fieles a Cristo. Luego se llega a Jacob, quien

vio a los ángeles ascender y descender, para enseñarle que en la vida espiritual uno no puede detenerse en un punto cualquiera. Si no se avanza, se retrocede. Dios está en la cúspide de la escala. Sólo allí es posible la dulce comunión con él en el sentido supremo de la palabra. Se continúa la iniciación reviviendo las vidas de Judá y todos los otros hasta llegar a María, a ser para con Dios lo que una madre es para con su hijo. La María de dos mil años ha que dio nacimiento a Jesucristo, la persona histórica de quien hablan los evangelios.

Pero tú también puedes tener tu encuentro con el arcángel Gabriel. Cristo puede ser concebido en tu corazón, como resultado de las cuarenta experiencias precedentes de comunión con santos, hombres comunes y pecadores de todas las épocas. Tú puedes ser una María, de amor abnegado, que sólo quiere dar, no pidiendo nada en cambio. El Cristo en ti, la esperanza de gloria, será el número cuarenta y dos de la cadena. Tu propósito se habrá cumplido.

Te concentrarás en una cosa —servir a Dios que es tu hijo. No te apartarás de él, ni cuando los comunistas te tienten con sus promesas de liberarte si lo traicionas; ni aun cuando seas torturado.

¡Ave, María, mi hermana querida de la cuarta celda!
¡Ave, María, llena de gracia! ¡Dios es contigo! ¡Bendita eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu corazón!
¿Y de dónde a mí que la madre de mi Señor se siente cerca de mí en la celda de una cárcel? Porque he aquí, tan pronto como los golpes en la pared de la celda me dieron a conocer tu presencia y tu fidelidad, mi niño saltó de alegría en mi corazón.

Dios nos ayude a arribar al eslabón final, perdido, en la genealogía de San Mateo. *Amén.*

EL DEBER NUNCA TERMINA

San Pablo pudo escribir cartas estando en la cárcel. Tenía tinta y pergamino. San Juan también pudo escribir a las iglesias desde su exilio en Patmos.

Nosotros no tenemos ni papel ni tinta. Pero hay una manera de escribir que no pueden prohibirnos: escribir con el Espíritu en los corazones de los hombres, aunque estén lejos de nosotros.

Podría enseñarte la técnica de esa clase de escritura, para que tú también puedas usarla.

¿Una técnica en cuestiones del Espíritu? Por lo general, los cristianos somos muy etéreos al pensar y hablar sobre asuntos espirituales. Pero hay leyes del Espíritu así como hay leyes del mundo material. Es posible orientarse en el mundo espiritual, así como en el mundo material. Los videntes de antaño sabían no solamente que se habían en-

contrado con un ángel, sino a qué legión pertenecía y cuál era su nombre —Miguel, Gabriel. Cuando conoces las leyes del Espíritu, puedes usar ciertas técnicas, así como en lo material, cuando se conocen las leyes naturales se hacen posibles las técnicas.

Los principios básicos de la escritura con el Espíritu en los corazones de los hombres que están lejos son éstos:

1. No pienses en el hombre en quien quieras concentrarte a fin de darle un mensaje de Dios, antes o después de la "transmisión". No hables de él. Debe estar fuera de tu mente. Entonces todo tu potencial de interés y amor por él, que de otro modo se disiparía, estará disponible cuando te concentres. Yo me cuento chistes y juego al ajedrez conmigo mismo y tarareo toda clase de melodías antes de concentrarme en hablarte.

2. La meditación debe preceder a la entrega del mensaje. Debo pensar perfectamente el mensaje y refinarlo para que contenga, en la forma más condensada posible, lo que considero esencial que conozcas. Debo meditar acerca de cómo el conocimiento de este mensaje de Dios puede hermoear tu alma; qué pérdida podría ser para ti el no conocer exactamente el corazón de tus hermanos y hermanas encarcelados, siendo tú de un alma con ellos, siendo tuyos sus sufrimientos, sus dudas y sus victorias.

3. De la meditación debo pasar a la contemplación. Debo verte con mis ojos espirituales como acostumbraba verte en la iglesia. Debo reconocer cada rostro. Debéis ser tan reales para mí como si estuviera viendoos en fotografía. Más aún, debo veros reír o llorar según lo que os diga. La meditación evoca un ardiente amor; la contemplación requiere el ejercicio de la imaginación. Todos podemos evocar a un ser amado en nuestros ensueños diurnos. Ejercita esta facultad, y podrás escribir en el Espíritu.

4. Escribe con letras reales tu mensaje en los corazones de aquellos a quienes ahora tienes delante en espíritu. Al prin-

cipio, es mejor hacer los gestos con las manos, como si realmente estuvieras escribiendo las palabras.

5. Nunca permitas que los cuadros mentales de aquellos a quienes estás escribiendo desaparezcan de tu vista hasta que puedas ver en sus rostros que han entendido tu mensaje. Puede ser un gesto de asentimiento, una sonrisa o un sacudimiento de cabeza. Pero debe haber alguna reacción.

Todos los prisioneros y pastores y cristianos de la iglesia subterránea deberían aprender este arte olvidado, a medida que las posibilidades de comunicación normal disminuyen más y más.

La oración es como escribir con el Espíritu en el corazón de Dios. Y la técnica de la verdadera oración es algo parecido a lo que acabo de describir, siendo el rostro de Jesucristo el que el cristiano tiene delante.

Pero de lo que quería hablaros hoy no era realmente de esto. Tengo otra cosa que deciros.

He observado que Jesús y los ángeles, al escuchar mis sermones en la celda solitaria, disfrutaban especialmente con las historias que los ilustran. Así como mi hijo Mihai acostumbraba pedirme: "Cuéntame otra vez esa historia", tengo el sentimiento de que ellos también quisieran que les repitiera una historia.

Así que os contaré una historia:

Un joven rey era pendenciero y no daba sosiego al viejo rey sabio de un país vecino. El viejo rey quería mantener relaciones amistosas, pero en vano. El joven rey inició una guerra. El viejo rey, recordando cuántas locuras había cometido él mismo en su juventud, y que hay una edad de la cual no podemos esperar sabiduría, dio órdenes a sus oficiales para que capturasen vivo a su joven enemigo.

Así lo hicieron. Fue llevado en cadenas delante del vencedor. El anciano se compadeció del joven, pero aparentó estar muy enfadado con él y lo sentenció a muerte. El joven imploró por su vida. Y el anciano le dijo: "Te daré una

oportunidad. Mañana te darán un cántaro de agua lleno hasta el borde. Deberás llevarlo desde un extremo hasta el otro de la calle principal de la ciudad, sin derramar una gota. Si no lo logras, tu vida está perdida”.

Al día siguiente se puso en marcha la procesión —el prisionero con el cántaro de agua; alrededor de él soldados para guardarlo; detrás de él el verdugo con su hacha, un terrible recordatorio de que si fracasaba sería decapitado en el acto. El viejo rey había dispuesto que de un lado de la calle hubiera una multitud para abuchear al prisionero, y del otro lado otra para aplaudirlo.

El prisionero tuvo éxito. No desparramó una sola gota. El viejo rey le preguntó: “Cuando tantas personas se burlaban de ti ¿les respondiste? El joven respondió: “No tuve tiempo para eso. Tenía que cuidar mi cántaro”. “¿Pero diste las gracias a los que te aplaudieron?” “¿Qué tenía que ver con ellos? Sus aclamaciones no podían ayudarme. Lo que me interesaba era mi cántaro de agua.”

El viejo rey lo puso en libertad con esta advertencia: “Se te ha confiado un alma. Tienes que devolverla al Señor sana y limpia. Eso es lo único que importa. Si no lo logras, perecerás. No busques el aplauso de los hombres con victorias baratas. No te molestes si se burlan de ti. Vigila tu alma”.

El tictac del péndulo en el corredor de la prisión me hace consciente del paso del tiempo aquí, el mismo que pasa para los que están libres. Pronto daré cuenta de cada segundo de mi vida. Hoy cumpla cuarenta años. Tengo que dar cuenta de 1.261.440.000 segundos. Mientras estaba haciendo este cálculo pasaron otros segundos. Tengo un deber que cumplir en cada segundo. El hecho de estar en confinamiento solitario no me exime de ese deber.

Por lo general, los prisioneros ocupan su tiempo en bagatelas. Lo sé desde mi época de la prisión nazi. Si no están obligados a hacer trabajo forzado, se cuentan cuentos y chis-

tes. A veces se pelean. Desperdician su tiempo. Lo mismo que hacen algunos millonarios.

Los millonarios usan gran cantidad de la riqueza de la naturaleza, sin sentir que es su deber dar algo al mundo. Los prisioneros muy poco, pero tampoco se sienten obligados.

En la prisión existe el sentimiento de haber sido liberado de todo deber, especialmente cuando es está en confinamiento solitario. ¿Quién tiene derecho de exigiros algo, cuando estáis en tan terribles circunstancias?

Pero el imperativo de la vida no conoce excusas. El deber es una exigencia categórica, sea que estés en la dicha o en la desdicha. Despreciado, hambriento, encarcelado, enfermo, acusado falsamente, torturado, solo, tienes que servir al Altísimo.

Yo conozco mi deber. No consiste tanto en hacer cosas. Las condiciones de la prisión me impiden realizar acciones. Mi deber consiste mayormente en llegar a ser algo. "Yo soy el que soy", es la traducción usual de lo que Dios le dijo a Moisés. Una lectura más literal del hebreo "*Ehjah asher ehjah*" es "yo seré lo que llegaré a ser". Dios está constantemente llegando a ser algo. Este es también mi deber. Mi deber es llegar a ser más y más yo mismo. Cuando Dios me formó en el lugar oculto, me hizo para que fuera yo mismo, para ser en mi propio modo el heraldo de su gloria, para ser único, como Dios mismo es único.

Ser tú mismo es mucho más que ser digno de fe, o amante, o religioso, porque contiene todo esto y mucho más. Jesús no se contentó con ser solamente la verdad. La verdad era demasiado pequeña para él. Hitler dijo: "La verdad es una mentira repetida a menudo". Esta es una insensatez. Pero si tomamos la definición clásica de la verdad como "la correspondencia entre la realidad y nuestros pensamientos", ¿qué queda para las realidades que nos son incomprensibles, que ni siquiera conocemos? Jesús no quiso ser solamente la verdad. Es la verdad, el camino y la vida. No quiso ser

amor solamente. Conoció también el odio. A la iglesia de Efeso le dijo: “tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la cual yo aborrezco”.

La palabra hebrea para verdad es *emeth*. Está escrita con la primera, letra del alfabeto, la del medio y la última. La realidad no tiene principio ni fin. La realidad es mayor que la verdad. La palabra griega para verdad es *aletheia*, que etimológicamente significa “nada olvidado”. Pero hay algo más que *aletheia*; también hay olvido.

La verdad pertenece a la parte consciente de nuestro ser, una pequeña isla en el océano del inconsciente. El amor es uno entre muchos sentimientos humanos. Jesús es más que verdad y amor. Los mitos le pertenecen tanto como la verdad, de modo que también los mitos tienen un poderoso significado para mí.

Yo tengo que llegar a ser yo mismo, un ser no aprisionado en un patrón establecido como mi cuerpo está prisionero en esta celda.

Debo llegar a ser el más grande que pueda ser aquí en la Tierra; “seré lo que llegue a ser”, tomando como mi meta final a Jesús, quien así lo hizo.

Entonces estaré en condiciones de cumplir también un deber exterior, aun aquí.

¿Y si me torturan? Cristo salvó a un ladrón mientras estaba en la cruz. Mis hermanos de la derecha y la izquierda a veces han llevado a sus torturadores a Cristo. Un oficial comunista que aporreaba a un prisionero cristiano con una cachiporra de goma, dejó a un lado el instrumento y preguntó: “¿Qué es eso? ¿Por qué le brilla la cara? Tiene usted algo como un halo alrededor de la cabeza. ¿Cómo puede usted mirarme tan amorosamente? Yo nunca amaría a un hombre que me encarcelara y me golpeará. ¿Cómo puede usted obedecer el tonto mandamiento de su Cristo de amar

a su enemigo? El cristiano respondió: "No estoy obedeciendo ningún mandamiento. No es que yo lo ame solamente por que Jesús me ordene hacerlo. Jesús me ha dado un nuevo corazón y un nuevo carácter. Si quisiera odiarlo, no podría hacerlo. Un ruiseñor no puede cantar como un cuervo, porque es un ruiseñor y no un cuervo. Así el cristiano sólo puede amar". Aquella cachiporra de goma quedó en desuso para siempre.

Estamos en el infierno. A veces, durante noches de horror, miro la copa de agua que está en mi celda. Sólo esto me asegura de que no es el infierno eterno. Allí los condenados no tienen agua. Pero aun en el infierno uno no es eximido del deber. Cuán a menudo he repetido las palabras del credo: "Descendió a los infiernos". Descendió a enriquecer a las almas atormentadas con los dones de Dios.

Eso es lo que estamos haciendo nosotros. Llevamos almas a Cristo, telegrafando el evangelio a través de las paredes.

Lo importante es tener siempre un propósito, y perseguirlo en buen tiempo y en tiempo tormentoso. Jesús quiere que nuestro ojo sea sencillo. El idioma hebreo no tenía la palabra "intención". Jesús, al emplear esas palabras, quiso decir que nuestra intención debía ser simple: ser lo más alto que podamos ser, y luego no preocuparnos más. El hombre siempre hace lo que es; reacciona a las circunstancias externas según su carácter.

Los romanos tenían un proverbio: "*Quod agis, agi*" (Haz lo que haces), haz sólo una cosa. La mayoría de nosotros, cuando estamos orando, pensamos en el panqueque que está en el fuego y puede quemarse. Mientras hacemos panqueques, pensamos en lo lindo que será nuestro tiempo en oración. Mientras hablamos con un hombre, pensamos en lo útil que sería pasar nuestro tiempo con otro. Nunca hacemos nada bien. Se puede hacer bien una sola cosa a la vez.

Los que participan en demasiados deportes nunca resultan campeones.

Nuestra vida terrenal es breve. No seamos como el asno del cuento que, teniendo delante dos haces de heno, murió de hambre por no saber cuál escoger. Concentrémonos en nuestro propósito único: desarrollar un carácter celestial, que por contagio llene de hombres el cielo de Dios. *Amén.*

SANSON EN LA CARCEL

Queridos hermanos y hermanas:

Yo acostumbraba considerar como mártires a aquellos de mis compañeros de prisión que están presos por su fe. Pero comunicándome con ellos a través de la pared (y el telégrafo funciona en muchas celdas a mi derecha y a mi izquierda), descubrí que ninguno de ellos se consideraba mártir. Sentían que Dios los estaba castigando por sus pecados. Aun San Pablo, que sufrió tanto por su fe, se llamó a sí mismo "el primero de los pecadores".

Y creo que tienen razón. Debemos distinguir entre la apariencia y la sustancia, entre lo que la gente llama "hechos" o "verdad" y su significación espiritual.

¿Quién puede trabajar como conspirador en un régimen totalitario y decir siempre lo que generalmente se llama "verdad"? Cuando yo me presenté, lo hice bajo un nombre

simulado. Aquel con quien estaba hablando podía ser un informante. Si alguien me preguntaba dónde había estado ayer, una respuesta verídica hubiera podido poner en grandes dificultades a muchas personas. Hoy mismo el interrogador me dijo: "Usted es un cristiano y un pastor. Su religión le obliga a decir toda la verdad". Yo tenía mis propias ideas acerca de esto. Si hubiera satisfecho sus demandas, otros hermanos hubieran sido arrestados.

Nadie puede ser dirigente de la iglesia subterránea sin reevaluar la noción de verdad.

Para volver, pues, al problema de los mártires. Según las apariencias, cualquiera que ha sido muerto o encarcelado por sus convicciones es un mártir. Pero la sustancia puede ser otra. Dios puede utilizar a nuestros carceleros y torturadores para castigarnos por un pecado. Puede llevarlos a colocarnos en una celda solitaria porque quiere tratar mejor con nuestras almas.

Cuán ofendidos han de haberse sentido por Jesús los judíos cuando le contaron de algunos galileos cuya sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios. Esos seguramente habían sido mártires de la ley mosaica y la causa nacional. Los judíos tenían un profundo respeto por hombres como éstos, que habían muerto *al kidush hashem* para la gloria del Nombre. Pero Jesús dijo que los galileos asesinados eran simplemente "pecadores".

El mira la sustancia. Pecadores —eso es lo que son delante de Dios aun los mártires. Lutero hace una distinción entre "pecadores de la izquierda" y "pecadores de la derecha", entre los truhanes y los que observan los mandamientos religiosos, aun el del sacrificio personal, a fin de ganar el paraíso. Ambos tipos de hombres son pecadores.

Yo no soy otra cosa que un pecador. Nunca he conocido un hombre peor que yo. Aquel que puede liberarme prefiere tenerme en prisión como castigo por mis transgresiones. Sansón estaba preso porque había pecado, aunque los filis-

teos lo habían encarcelado por su noble lucha por la causa de Moisés. Soy pecador, pero sé que si acepto mi castigo con humildad de corazón, mi fuerza crecerá.

Como todos los otros prisioneros, hasta hoy tengo el pelo rapado. Ahora anuncian que me lo dejarán crecer, señal cierta de que pronto seré conducido ante el tribunal. Os hacen parecer un poco más humano antes de presentaros a vuestros jueces. El cabello crecerá muy lentamente en esta celda subterránea en la cual jamás entra un rayo de sol. Pero crecerá. Esto me hizo pensar en Sansón. Su fuerza creció simultáneamente con su cabello.

Me convertiré en una encarnación del poder, y seré capaz de matar más filisteos en mi muerte que los que maté en toda mi vida cristiana. Los mataré, aunque muera con ellos.

Una vez que vuelva este poder, ya no anhelaré mi liberación. Esta época ha producido poderes desconocidos en el pasado. Pero yo obtendré en Dios poderes desconocidos aún, de las edades por venir, poderes espirituales ocultos. Aunque permanezcan detrás de los muros de la prisión, aquellos que poseen estos poderes pueden demoler templos y reconstruirlos de nuevo. Pueden permanecer en una celda oscura y sin embargo hacen brillar el sol en muchos corazones. Pueden estar tristes y deprimidos, pero llenar a muchas almas de alegría.

¡Cómo quisiera llegar a ser lo que Sansón llegó a ser en la cárcel!

La verdadera adoración no es la del monte Gerizim, el lugar del templo samaritano, ni la de Jerusalén. El verdadero culto ha de crecer en poder para destruir todo lo que se opone a Aquel que fue crucificado por mí.

Pecado es cada segundo de mi vida pasado en alguna otra cosa que la destrucción de lo que se opone al triunfo del amor.

No hay ciertos hechos que son pecado bajo cualesquiera circunstancias, y otros hechos que son siempre buenos. El

lodo que nos mancha a todos contiene en su mezcla muchas acciones compasivas.

La caridad que se da a un ebrio, que después de haber bebido con vuestro dinero, castiga a su mujer, es pecado. Por otro lado, la mano de Judit mató. Lo mismo hizo Jael. Pero liberaron al mundo de tiranos. A mi alrededor, en otras celdas, hay muchos patriotas que han matado. Lo hicieron por la causa de la libertad. Es una insensatez considerar que tejer un pulóver para algún haragán sea una buena acción, mientras que el intento de los generales alemanes de detener la carnicería de millones de víctimas inocentes dando muerte a Hitler debe ser condenado como un asesinato.

Para mí, el único criterio de una acción es: ¿prepara el camino para el triunfo final del amor, o no?

Tenemos que elegir entre el bien como medio y el bien como fin. Si soy siempre bueno para todos los hombres, aun aquellos que por el engaño y el terror obstaculizan la victoria del amor, la buena voluntad nunca triunfará. El malvado aprovechará de mi mansedumbre y consolidará la posición del mal. Si escojo el bien como mi meta final, tengo que cometer muchas acciones que son condenadas como males en el catálogo moral del mundo.

La Biblia menciona el caso de que Dios envió espíritus tentadores. De modo que no tengo escrúpulos acerca de apartarme de la verdad para desconcertar a mis interrogadores. Mi único escrúpulo es tener escrúpulos acerca de tal actitud.

Dios alabó a los que mataron a Sísara, Agag, Holofernes. En la Biblia se usan las mismas palabras para Jael, que mató a Sísara, y para la bienaventurada virgen: "Bendita sea entre las mujeres Jael, mujer de Heber ceneo; sobre las mujeres bendita sea en la tienda". Esto, por haber dado muerte a un enemigo de Dios. En una de las celdas de mi corredor está Nina, una muchacha rumana que hizo algo parecido. Si

estuvo bien matar a un opresor extranjero hace varios miles de años, debe estar bien también ahora. El Nuevo Testamento alaba a esos héroes del Antiguo. El pueblo judío tenía que ser defendido. El pueblo rumano tiene el mismo derecho.

El mismo Espíritu de Dios que inspiró 1 Corintios 13, el poema del amor, inspiró el libro de Ester, en el cual los enemigos de Dios son destruidos despiadadamente. El Espíritu Santo ha dispuesto que ambos sean partes del mismo libro santo. Lo que es más, los primeros cristianos tuvieron como únicas Escrituras los rollos del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento fue escrito décadas más tarde y completado sólo hacia fines del siglo I.

Dios ha unido poemas de amor y libros que enseñan la determinación de desarraigar al enemigo, a fin de perfeccionarnos y darnos un solo propósito: hacer que al fin el amor triunfe. La lucha sangrienta contra los tiranos debe obrar conjuntamente con los actos de tierna caridad hacia la consecución de ese fin.

En nuestra vida debemos ponernos como fin supremo el ser sus siervos y siervos de todos. Entonces los actos "buenos" y "malos" tendrán el mismo resultado, hacer triunfar al amor.

La cuestión es muy real para mí. Los cristianos a mi alrededor han participado en la lucha patriótica contra el opresor y han tenido que matar. Telegrafían sus confesiones a través de las paredes. ¿Pero fue pecado su acción? ¿Tomaré parte yo en esa lucha?

En *Los Hermanos Karamazov*, de Dostoievsky, Iván dice: "No es que yo no acepte a Dios, entiendan esto, es el mundo que él ha creado, el mundo divino el que no acepto, y no puedo aceptar. . . . Estoy convencido como un niño que . . . al final, en el final del mundo, en el momento de eterna armonía, sucederá y aparecerá algo tan precioso que será suficiente . . . para expiar todos los crímenes de la gente . . .

pero no lo acepto y no quiero aceptarlo. Más bien permaneceré con un sufrimiento no vengado... Y además, hacen demasiado costosa la armonía, no podemos pagar tanto para entrar. Por eso es que me estoy apresurando a devolver mi boleto de entrada. Si soy un hombre honrado, estoy obligado a devolverlo lo antes posible. Eso es lo que estoy haciendo. No es que no acepte a Dios, Alyosha, sólo le estoy devolviendo el boleto de la manera más respetuosa”.

E Iván continúa diciendo a Alyosha: “Dime francamente, te lo pido, de modo que respóndeme: Imagina que tú mismo estás erigiendo el edificio del destino humano con el propósito de hacer felices a las personas al final, y darles, al fin, paz y tranquilidad, pero que para hacerlo es necesario torturar a una pequeña criatura, a ese mismo niño que se golpea el pecho con su pequeño puño, y basar ese edificio sobre sus pequeñas lágrimas no vengadas, ¿consentirías en ser el arquitecto en esas condiciones? Dímelo, y no mientas”.

“No, no lo haría”, dijo suavemente Alyosha.

Mi respuesta es: “Yo lo haría”. Esta fue la respuesta de Abraham. El estuvo dispuesto a sacrificar para ello a su propio hijo. Sus seguidores saben que los cinco octillones de átomos que constituyen el cuerpo del niño son el santuario de un espíritu, tal vez la celda de la prisión de un espíritu, y que el espíritu se alegrará de librarse de ella. Green lo que dice el *Bhagavad Gita*, que el homicida puede no ser más que el cumplidor de la predestinación de Dios para un hombre. Cuando es necesario, está bien matar por la libertad, la patria o Dios. Si es historia sagrada la lucha de los judíos contra los tiranos, ¿por qué la lucha de los rumanos por liberarse de la esclavitud no ha de ser también sagrada?

No, no habéis pecado, patriotas luchadores.

San Agustín dijo: “Ama a Dios, y haz lo que quieras”.

Está escrito: “Cantad al Señor canción nueva”. Este es un canto guerrero. Nadie es un guerrero tan valiente como el mismo Señor. El nunca cabecea ni se duerme. El cristia-

nismo no nos enseña tanto a ser buenos sino a ser luchadores por el bien. No puedes ser un guerrero por el bien sin luchar, hiriendo así no sólo al mal en abstracto y a las instituciones malas, sino también a los hombres malos.

Dios es el principio y el fin. El medio del día es nuestro. No sabemos lo que el futuro encierra para nosotros. Y no quiero su reino solamente en el futuro. Luchad hoy por su reino de justicia, paz y amor. *Amén.*

6

SERMON PARA MI PROPIA ALMA

Ya no puedo hablar a Aquel que me creó. Ya no puedo clamar a él con mi voz. Ya no puedo hablar a través de la distancia a mis hermanos y hermanas.

Hoy, por primera vez, prorrumpo en gritos, sin una razón obvia. A menudo he oído esos gritos, interrumpiendo por unos momentos el profundo silencio de nuestra prisión. Todos sabíamos entonces que uno de nosotros había enloquecido. Los gritos cesaban muy pronto. Yo no sabía cómo hacían los guardias para tranquilizar a aquellos cuyos nervios se habían roto. Ahora lo sé.

Me han puesto un chaleco de fuerza bien ajustado. Me han puesto una mordaza en la boca.

A la única que puedo hablar es a ti, alma mía. David hablaba a menudo a su propia alma, pidiéndole que alabara al Señor, o preguntándole por qué estaba turbada. Pero

también conoció la locura. La Biblia relata cómo fingió estar loco cuando vivió entre los filisteos. Los psiquiatras nos dicen que nadie simula la locura a no ser que tenga tendencia a ella. Yo voy a hacer lo que hizo David. Dirigiré ahora, en completo silencio, un sermón para ti, alma mía.

Te pido, ante todo, que tomes conocimiento de tí misma y declares, como Dios, "Yo soy".

El cuerpo necesita pocas cosas para estar plenamente satisfecho: alimentos sencillos, calor, ejercicio, descanso y un compañero del sexo opuesto. Mi cuerpo tuvo todas estas cosas, pero no obstante, yo no era feliz; suspiraba por algo más. ¿Quién era ese "yo" insatisfecho cuando el cuerpo tenía abundancia de todo lo que necesitaba? Eras tú, alma mía.

Eras tú quien deseaba saber, por interés puramente científico, acerca de las galaxias lejanas y sobre los hechos de la prehistoria, que no tienen absolutamente influencia alguna sobre mi estado corporal. Eras tú quien se deleitaba en el arte y la filosofía pero también en exageraciones y refinamientos de las necesidades corporales, aún cuanto ellas perjudicaran al cuerpo.

¿No ves, alma mía, cuánta razón tuvo Jesús al decir que "no sólo de pan vive el hombre"? Todos los martes me dan una rebanada de pan. ¡Y qué pan! Pero no vegeto simplemente. Vivo. A veces me río cordialmente de algún chiste que me cuento yo mismo, estando a solas en mi celda. Pienso en la política, acerca de cómo deberían ser gobernadas naciones que jamás he visto; recuerdo obras de arte; llevo una vida de adoración. Todo esto eres tú. Dí, alma mía: "Yo soy".

Hace unos días, un cristiano prisionero, incapaz de soportar más las torturas, y temiendo que finalmente pudiera traicionar a sus hermanos, saltó desde la ventana del tercer piso durante un interrogatorio. Estaba sano. No satisfacía una necesidad del cuerpo al destruirse a sí mismo. Tú conoces mi secreto. Conoces el lugar donde tengo escondidas unas

treinta píldoras somníferas que, tomadas todas juntas, asegurarán que no me convierta en un Judas. Estos suicidios son actos de amor y honor. Protegen a la iglesia subterránea. El amor, la decencia, el honor te pertenecen, alma mía, y no al cuerpo. Estoy amordazado y no puedo hablar. Pero debido a ello tú debes hablar más fuerte aún, y afirmar: "Yo soy".

Tú me viste bailar cuando sufría dolores indecibles. Me viste bailar con pesadas cadenas alrededor de los tobillos. ¿Quién era el que se regocijaba tan exuberantemente? No era mi cuerpo. Mi cuerpo no tenía razón para bailar. No había música que lo incitara a hacerlo. Eras tú, alma mía.

Toma conocimiento de ti, alma mía, y toma conocimiento de tu valor incomparable. El cuerpo morirá. A mi alrededor mueren prisioneros, debido a la gran hambre, al frío y las torturas. Pero ¿quién ha visto jamás morir un alma? He perdido todo lo que tenía en el mundo, pero si te salvas tú, habré salvado la perla de gran precio.

Los enemigos de Jesús le quitaron todo lo que tenía. Desnudo, pendió de la cruz. Sus enemigos lo rodearon, regocijándose. Pero en el último instante les arruinó su alegría diciendo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Tenía una cosa que no podían quitarle. Y por ella vive y reina por siempre jamás.

No hay nadie que pueda destruirte, alma mía.

Sólo debes arrepentirte, en el sentido bíblico de la palabra. La palabra griega *metanoia* no tiene nada que ver con el remordimiento por el pecado, con el cual confundimos el arrepentimiento en nuestros idiomas modernos. Etimológicamente, *metanoia* significa "un cambio de mente" o "ir más allá de la razón". Expresiones bíblicas paralelas son "recibir un nuevo corazón". "convertirse en nueva criatura", "negarse a sí mismo", "nacer otra vez", "hacerse como niño", "ser completamente limpio".

Te diré lo que anda mal contigo, alma mía; por qué necesitas una transformación radical.

Algunos creen que cuando nos arrepentimos tenemos que cambiar el contenido de nuestra alma. Llenan sus almas de pensamientos y sentimientos celestiales en lugar de terrenales. Pero ¿puede un coche estropeado arreglarse cambiando los pasajeros que viajan en él? La experiencia de los hombres que se engañan a sí mismos creyendo ser cristianos muestra que un coche descompuesto no se mueve, sean quienes fueren los pasajeros. Puedes tener todos tus pensamientos y sentimientos dirigidos hacia Dios, y con todo no estar en amistad con él, porque la estructura íntima del alma, su mecanismo psicológico, su defecto fundamental, no han sido corregidos. El arrepentimiento debe afectar no sólo a los pensamientos y sentimientos y deseos, sino el mismo ser del alma, su complicado organismo del cual fluyen pensamientos, emociones y acciones.

Alma mía, te reprocho un gran defecto: la falta del sentido de proporción.

Jesús trató de infundir este sentido con las palabras: "Insensatos y ciegos... ¿cuál es mayor?... Dejáis *lo más importante* de la ley..." San Pablo pregunta: "¿Somos más fuertes (que el Señor)?"

Tenemos que distinguir qué es lo más pequeño, menos importante, más débil, de lo que es mayor, más importante, más fuerte.

Tú, alma mía, te has convertido en el pivote alrededor del cual tiene que girar todo lo demás. Los animales no pueden hablar, como no puedo yo, que estoy amordazado. Ellos tienen interesantes cosas que decir. La historia de la asna de Balaam lo indica. ¡Cuánto tendría que decirnos nuestro perro! El mío sabía de antemano que yo iba a ser arrestado. Durante dos semanas estuvo triste y ladró constantemente. Pero los animales no pueden hablar. A ti no te preocupó nunca la mudez de los animales. Sólo te preocupas ahora

que yo estoy amordazado. Pero todo mi pueblo está amordazado. A nadie se le permite decir lo que piensa. Yo estoy en un chaleco de fuerza. Pero algunos ángeles están en cadena perpetua. ¡Cuánto peor debe ser para seres alados, acostumbrados a volar de planeta en planeta! Yo estoy obsesionado sólo con el sufrimiento de un pequeño ser insignificante —yo. ¿No puedes tú tener un sentido de proporción? ¿Por qué no te preocupas acerca de ti misma en proporción a tu participación en el sufrimiento universal, y en proporción a lo que tú, un alma sin importancia, significas en este universo infinito y eterno?

Juzgas las cosas, los acontecimientos y los hombres de acuerdo con su utilidad o su perjuicio *para ti*, como si el universo existiera para ti, y no al revés.

El verdadero arrepentimiento es una reversión de las proporciones. En el centro está Dios. Yo soy un ser de extremo valor, pero uno entre innumerables miles de millones de seres, cada uno de los cuales ha de correr la suerte que le ha sido asignada por el Creador.

El alma que se ha arrepentido no se pierde en los detalles. El mundo entero, y no sólo el mundo de los hombres, está atravesando una monumental y prolongada catástrofe, y yo me estoy preocupando por lo que me ocurre *a mí*. Durante la guerra, estalló una pendencia en una familia, en mi presencia, porque el esposo le reprochó a la esposa no haber sacudido un aparador. En esos mismos momentos, millares de vidas jóvenes estaban siendo barridas en Stalingrado, Londres, Francia y en nuestro propio país.

Si este defecto, esta falta de sentido de proporción, no se subsana en un alma, el hecho de que un hombre haya dejado de ser ateo para hacerse religioso no le ayuda mucho. El alma seguirá ocupándose en trivialidades, con esta diferencia: que ahora serán trivialidades religiosas. El objeto al cual miras con ojos miopes será un objeto diferente, pero tus ojos seguirán siendo miopes.

Considérate a ti misma, alma mía, como un pequeño detalle en un enorme mecanismo, como una célula en un vasto organismo. Los glóbulos blancos de la sangre se sacrifican para que el cuerpo todo pueda vivir y estar sano. Tú tienes que sufrir por algún propósito oculto de Dios, acerca del cual sabes tan poco como el glóbulo blanco sabe por qué tiene que morir.

Baste para ti saber que estás sufriendo por el Reino de Dios. Todo sufrimiento sirve a esta causa final.

Así es como miró Jesús su sufrimiento. Lo aceptó voluntariamente y, aun en la cruz, no pensó en sí mismo sino en el ladrón que estaba a su lado, en su madre y en ti. Ahoga tu pequeño sufrimiento en el vasto océano del dolor. Cree que en él hay sentido, y serás consolada.

Escúchame, alma mía, y alaba a Dios en todos sus actos.

Amén.

LA PALABRA HECHA CARNE

En hebreo *davar* es un homónimo que significa “palabra” y “cosa”; la cosa real. En el lenguaje del pueblo escogido, las palabras no son sólo símbolos y ecos de una realidad, sino que son ellas mismas la realidad.

Cuando San Juan pensó en hebreo el prólogo de su Evangelio, quiso decir: “En el principio fue la realidad. Y la realidad estaba con Dios. Y la realidad era Dios”.

Casi nunca duermo de noche. Experimento una gran bendición en las vigilias nocturnas. “Mirad, bendecid a Jehová, vosotros todos los siervos de Jehová, los que en la casa de Jehová estáis por las noches.” Durante la noche los hombres se reúnen para practicar el mal. Robos, asesinatos y violaciones se producen por la noche. Stalin no dormía de noche. Era entonces cuando recibía a la gente y planeaba sus crímenes. Los santos deben usar el arma de las vigilias de la noche para contrarrestar el poder de las tinieblas. Los

que tienen que trabajar durante el día no pueden hacerlo. Pero yo tengo el privilegio de ser un prisionero solitario. Puedo dormir de día. Y puedo guardar las vigias de la noche.

Paso mis noches en ejercicios espirituales, en oración, viajando en el espíritu alrededor del mundo y recordando delante de Dios a cada país, preparando y predicando sermones.

Cada noche compongo también una poesía. La compongo en la mente, no teniendo papel para escribirla.

¡ Pobres poesías de un espíritu poco talentoso! . . . ¿ Qué son comparadas con las obras de los grandes artistas? Pero aun así, en mi preocupación por la rima y el metro, puedo sentir la dificultad que deben tener los poetas para poner en la poesía amor y sabiduría y vida. Las palabras, confinadas en versos, se sienten como me sentía yo cuando me pusieron el chaleco de fuerza.

La Palabra se hizo carne dos mil años ha. También hoy la Palabra quisiera ser carne y no una mera pieza poética. La palabra quiere encarnarse una vez más en un hombre que pueda realizar acciones de amor, y pueda hablar duramente en favor de la justicia y reprochar el mal, como lo hizo Jesús —un hombre que lo deje todo, ame a todos y se ofrezca en sacrificio por todos, aun por aquellos que lo traicionan y lo azotan; aun por aquellos a quienes tuvo que azotar con un látigo por causa de la justicia.

La palabra de Dios y el espíritu de amor están anhelando siempre la encarnación. Cristo estuvo encarnado no sólo en el carpintero Jesús; vivió también en San Pablo. Nosotros arrojamus sólo palabras en el agitado mar de este mundo, y la multitud de palabras toma el lugar de la realidad.

Dios me ha traído a la esfera del silencio. A mi alrededor el silencio es absoluto. No se puede oír cuando se aproximan los guardias. Dios quiere que desaprenda las palabras. Se me está haciendo más y más difícil formular sentencias

largas y claras. Tal vez estén poniendo alguna droga en mi comida para destruirme la mente.

Vivo en silencio profundo, un silencio como el que habitan los peces en el fondo del mar. La señal secreta de los primeros cristianos era un pez.

Estoy empezando a amar este silencio. A veces compongo versos para pasar el tiempo, pero lo que realmente me gustaría hacer son hombres, cada uno de los cuales fuera una hermosa poesía. En el original griego de Efesios se dice que los cristianos son el poema (*poiema*) de Dios. De modo que también Dios es un poeta. Sus poemas son serenos, flexibles, ricos en significación. Ha encarnado sus poemas en hombres. Cada uno tiene un tema diferente. Uno es la encarnación del heroísmo, otro de la santidad, otro de la sabiduría, y otro del sentido común. Los cristianos no sólo son diferentes, sino también a veces divergentes y aun contradictorios. Pero cada cual es agradable al Señor.

Según Efesios, el papel del pastor no es hacer sermones, sino hacer santos.

También a mí me gustaría semejante tarea. Ante todo, me gustaría convertirme yo mismo en un templo del amor encarnado, de modo que aquellos que siguen a los magos y los pastores de antaño puedan ver en mí a Cristo en miniatura, y adorar al Salvador en mí.

En lugar de un mundo en el cual las librerías venden volúmenes de sermones y poesía, quisiera un mundo en el cual cada hombre y cada mujer fuera un poema de elevado pensamiento, lleno de melodía y color.

Si soy un obstáculo para el advenimiento de ese mundo, ¡que Dios me mate aquí en la prisión! Pero así es como debería ser el mundo.

Yo haré mi parte para el advenimiento de tal reino siguiendo el ejemplo de Labán. Su nombre en hebreo significa "blanco". El tenía dos hijas, Raquel y Lea. Un joven llamado Jacob amaba a la hermosa Raquel. Pero Labán no se

la dio, a no ser que llevara también a la fea. Labán era un hombre justo, y no permitía preferencias en el amor. El cristiano debe abrazar lo bueno y lo malo.

Goethe llamó al color el sufrimiento de la luz, porque el color es el resultado de la descomposición de los rayos de luz al pasar por un prisma. La luz plena, indivisa, es blanca, "*laban*". El blanco lo abarca todo y a todos y aun más que lo que uno ve. Así el hombre que cultiva el blanco en su alma marcha con devoción, como en una liturgia, a través del mundo de las no amadas ni amables Leas, cuyos ojos perpetuamente llorosos es desagradable mirar. Este es un mundo lleno de muchachas cuyos corazones están quebrantados porque nadie las ama. No siendo amadas, se tornan más y más desagradables, y aun un santo como Jacob no las quiere. Desea solamente pasar su vida con la hermosa Raquel. Por ella trabaja afanosamente catorce años, que le parecen sólo unos días. Por Lea no hubiera trabajado un solo día.

Dentro de la *ecclesia*, la iglesia, hay una *ecclesiola*, una pequeña iglesia que acepta lo bueno y lo malo, que abraza lo hermoso y lo feo. Si Dios ha unido en la misma iglesia a un criminal como Borgia y un santo como Francisco de Asis, y ha reunido en la misma institución a los religiosos que nos traicionaron y a los mártires que sufren conmigo, entonces yo también debo amarlos a todos.

Jesús mostró primero su amor por las feas Leas, sentándose a la mesa con publicanos y pecadores para traerlos al arrepentimiento. En la prisión, cerca de mí, hay bellas Raqueles que no sienten su presencia. Ellas recibirán su parte mucho más tarde.

Amad a todos los hombres, queridos hermanos, pero volcad la mayor parte de vuestro amor sobre las almas más feas. Ellas necesitan vuestro amor más que ninguna otra. Vosotros, compañeros de prisión, debéis mostrar vuestro mayor amor a vuestros torturadores y a aquellos que os traicionaron. Las

almas hermosas pueden subsistir sin vuestro amor. ¡Gastad vuestra energía allí donde es más necesaria!

Encomiendo especialmente al amor de vuestros corazones a los pastores y sacerdotes que colaboran con nuestros perseguidores y denuncian a sus hermanos. Tiemblo al pensar que en nuestro país las cosas puedan llegar a la situación que se ha dado en la Unión Soviética, donde en muchos casos estos traidores fueron linchados o apuñaleados por cristianos de la iglesia subterránea. La iglesia de las catacumbas tiene que protegerse de los traidores, y si no hay otra manera, recurren a tales medios. La iglesia de los primeros siglos también lo hizo, aunque los que enseñan la historia de la iglesia no hablan mucho de eso.

Pero esa es la solución extrema. En tiempo de los nazis, ganamos para Cristo a hombres que nos habían traicionado y echado en la cárcel. Deberíamos hacer el máximo para lograr lo mismo hoy también. Que la palabra se haga carne en nosotros, carne de un hombre que acepta el beso de Judas y lo llama su amigo, aun cuando venga a la cabeza de una turba armada para arrestarlo. *Amén.*

UNA ESCUELA DOMINICAL DE NIÑOS

Amadísimos niños:

Hoy mis verdugos me castigaron severamente. Al final me desvanecí. Me revivieron arrojándome agua, y luego empezaron a pegarme de nuevo.

Y entonces sucedió lo peor. Se abrió la puerta y en la habitación donde yo estaba siendo interrogado irrumpieron nuestros hermanos y hermanas —el hermano Davidescu, el de la larga barba, y el hermano Marinov, y la vieja tía Ionescu, y Susana, y todos los otros a quienes tanto quiero. Me preguntaba cómo habrían entrado en la prisión. Entonces empezaron a golpearme, ellos a quienes nunca les había hecho ningún mal. Después volvió a abrirse la puerta. Esta vez eran mi esposa, Binzea y mi hijo, Mihai. Ellos también me escupieron y se burlaron de mí, diciéndome que estaban avergonzados de tenerme por esposo y padre y Mihai levantó

el puño para golpearme. Eso fue demasiado. Volví a desfallecer. Cuando desperté estaba solo con los interrogadores. Toda la escena había sido una alucinación.

Supe entonces que me había vuelto loco, como tantos otros antes que yo, cuyos gritos podía oír resonar en las arcadas de los corredores.

Y ahora habéis venido vosotros, mis niños queridos, a llenar mi celda solitaria. Estáis realmente aquí. No sé si este es lo que los que están sanos llaman el verdadero "aquí", o si es mi "aquí", el aquí de un lunático. Pero estáis aquí. Y no sois sólo vosotros, niños, los que llenáis mi clase de escuela dominical. Esta vez puedo ver a vuestros ángeles guardianes también, que esperan que os diga las cosas correctas, sedientos de escuchar ellos mismos alguna hermosa historia acerca de Jesús.

Y mirad, está él mismo, el santo niño. En la antigüedad se le apareció en forma de niño a San Jerónimo, el monje que tradujo por primera vez la Biblia al latín.

Jerónimo estaba trabajando en su traducción, en Belén, el lugar de nacimiento de nuestro Señor. Mientras oraba, Jesús se le apareció en forma de un niño. Esto llenó el corazón del santo de tan insuperable dulzura que dijo: "Amado Jesús, con todo mi corazón desearía darte un presente. Dime qué te agradaría más." El niño sonrió y le respondió: "El cielo y la Tierra y todo lo que contiene es mío. ¿Qué puedes darme tú?" El santo insistió: "Pero yo te amo, y quiero hacerte un obsequio. ¿Aceptarías todo el poco dinero que yo, un monje, poseo?" El niño volvió a responder, sonriendo aún: "Da tu dinero a los pobres. A mí no me sirve." San Jerónimo insistió: "No puedo dejarte ir con las manos vacías. ¿Qué quieres que te dé?" Entonces el niño se puso muy serio y contestó: "Si quieres traerme una ofrenda que llene mi corazón de alegría, dame todos tus pecados y todos tus deseos. Yo moriré por ellos en la cruz. No hay otro don que pueda llenar mi corazón de tal alegría como éste."

¡ Bendito el que viene en el nombre del Señor! Aquí, entre nosotros está el niño Jesús. Traigámosle este don —nuestra inseguridad, nuestro egoísmo, nuestra ira, nuestra amargura. Y así habrá pasado este momento con nosotros en gozo.

San Antonio de Padua, cuando aún era niño, también se encontró con Jesús. Llamaron a la puerta de su casa, y Antonio corrió a ver quién estaba allí. Al abrir la puerta, vio a un mendigo harapiento, temblando en medio de la escarcha de un día invernal. Apiadándose de él, Antonio le dijo: “Le pediré a mi padre que te dé algunos vestidos abrigados.” El mendigo contestó: “En vuestro mundo hace mucho frío, pero yo no pido vestidos.” El niño entonces dijo: “Debes tener hambre. Pasa, y mi madre te dará algún alimento.” El mendigo contestó: “Tengo hambre, pero no mendigo pan.” Asombrado, Antonio preguntó: “¿ Por qué, entonces, llamas-te a nuestra puerta?” El mendigo le dijo: “He venido a pedirte que me des tu corazón.” El niño dio un paso atrás: “Pero, si te doy mi corazón, moriré.” Entonces el mendigo abrió un saco que llevaba al hombro y sacó de él algunos corazones, diciendo: “Este es el corazón de San Pablo, y éste el de María Magdalena, y éste el de San Ignacio. Todos aquellos que me han dado sus corazones, lejos de morir, están vivos por la eternidad.” Entonces Antonio entendió que el que estaba delante de él era Jesús mismo, y se convirtió en su seguidor.

Démosle nosotros también nuestros corazones.

Y ahora le contaré a él y a vosotros y a vuestros ángeles guardianes, una historia sobre él.

El padre terrenal de Jesús, José, era pobre. No podía darle una buena instrucción. Cuando el niño llegó a los doce años, le dijo: “Ahora debes terminar de jugar y soñar. Haré de ti un carpintero como yo.”

Al día siguiente fue con el niño al bosque, a cortar árboles. Pero esta vez no pudo tocar los árboles con su hacha. Una y otra vez era detenido por el niño, que le decía: “Padre, tú

sabes que las Escrituras prohíben matar. Este árbol es joven y no ha vivido aún su vida. Que continúe disfrutando del Sol. Mira cómo, buscando la luz, se ha elevado hacia las alturas. Habrá suficientes hombres dispuestos a matarlo cuando haya vivido un año más... Y no cortes aquél. Mira cuántas hormigas hay a sus pies. Cuán ocupadas están juntando hierbas y trocitos de paja. Temo que si derribas el árbol, muchas de ellas morirán... Y no toques aquel otro. Tiene en sus ramas un nido de pájaros. Sus trinos se oyen en el cielo. Los pichoncitos morirán y en el país más allá de las estrellas te acusarán de su muerte... Y deja este otro, porque el sonido de la sierra al entrar sus dientes en la madera, subirá al cielo, al Padre que nos ha ordenado ser compasivos con los hombres, los árboles, los animales y los pájaros, las flores y las plantas. Ojos santos están llorando por la pena de todos ellos."

Jesús intercedió tan fervientemente, y corrieron tantas lágrimas por sus mejillas, que José se sentó a la sombra para consolarlo. Esa semana era el segundo sábado. Una hoja le susurró a otra: "Es el Salvador". Las hormigas se pusieron a jugar entre sus pies. Los pajarillos cantaron: "Nuestro anhelo está cumplido." No había nubes en el cielo.

El niño descansó su cabeza en el regazo de José. José jugaba con los rizos del niño. El hijo era el maestro, el padre el discípulo. Los ángeles los contemplaban a ambos.

El niño preguntó: "Dime, padre, ¿por qué tienes un hacha? Tú sabes que las herramientas de hierro fueron inventadas por un descendiente del impío Caín. Cuando los romanos te pidieron que hicieras una cruz para crucificar a un hombre, también acortaste la vida de un árbol. He visto hombres que llevaban su cruz al lugar de la ejecución. Los he visto caer bajo el peso. Tú me has dicho que será también mi fin. ¿Perderá un árbol su vida por mí, antes que yo pierda la mía por la humanidad? Lloro cuando veo hombres que cortan varas, porque las usan para azotar a los niños. Tú

cortas algo que tiene vida, a fin de emplearlo para cometer brutalidades.”

Como el aceite desciende por la barba de un sacerdote cuando es ungido, las lágrimas descendían por la barba de José, señal de que la Palabra había tocado su corazón.

Pero trató de hallar excusas: “Si un carpintero tiene lástima de los árboles, morirá de hambre.” Habló demasiado pronto. La idea de la muerte como resultado de hacer el bien cayó en suelo fértil.

El niño dijo: “Si por no matar árboles para la carpintería, morimos de hambre, iremos al país donde no hay más muerte, y donde nos amaremos unos a otros todo el día. Allí mamá no llorará más. Tú sabes que aquí los hombres se burlan de ella. Se sentará a mi derecha, tú a mi izquierda, y yo, en el medio, os amaré. No me haré carpintero; seré el que morirá para que los árboles tengan vida abundante, y para que un día pueda haber más Sol en el espacio. No destruiré la vida de los árboles.”

Ese día los árboles permanecieron vivos. El niño fue su salvador. Para el bosque oscuro, él presagió un día sin nubes.

Pero el pobre carpintero José tenía grandes cargas. Tenía que cuidar de toda una familia. No era un niño que pudiera permitirse vivir de ensueños.

Al día siguiente llevó a Jesús al taller de carpintería. Le enseñó a medir una tabla con la vara, a trazar en ella una línea recta, a usar el cepillo y las diferentes herramientas. “En esta vida tienes que trabajar”, le dijo, “de otro modo morirás”.

Pero María su madre notaba que cada día el niño se tornaba más pálido y más serio. Estaba silencioso, y mantenía oculta de todo el mundo la causa de su palidez. Era porque, cada vez que el martillo hería la madera, sentía los golpes en su propio cuerpo. Lloraba cada vez que la sierra mordía la madera. Caía postrado en tierra, corriéndole las lágrimas sobre el aserrín que era sacrificado para hacer camas y sillas

en las cuales los hombres pudieran descansar; de la misma manera él mismo sería sacrificado un día para que otros pudieran tener el descanso eterno. Lloraba porque había hecho su decisión. El expiaría los pecados cometidos por los hombres contra los árboles; sobre un árbol que había sido víctima de la injusticia, él sería el sacrificio.

Y ahora cada ramita puede aguardar pacientemente en silencio. Jesús murió sobre un árbol para dar la seguridad de que vosotras, ramas rotas, seréis vueltas a injertar en el olivo. Jesús luchó vuestra batalla sobre la madera del árbol para prepararos un maravilloso futuro.

Así cumplió el niño Jesús su aprendizaje. Aprendió a ser un carpintero, un carpintero que practicó su arte llorando, el carpintero que hizo las puertas del cielo.

Tú eres el que me creaste —no me dirijo a ti con el nombre que la gente te da generalmente. Recuerdo que San Paonucio, cuando fue llevada a Cristo la célebre cortesana Thais, le dijo: “Tus labios no son dignos de pronunciar el santo nombre del Creador. Tu oración debería ser solamente: ‘Tú que me has hecho, ten misericordia de mí.’” Ella oró de esta manera durante tres años, sola en su celda de monja. Después de tres años, un hermano tuvo la visión de un alma hermosa en un lecho cubierto de rosas, servida por los ángeles. Estaba segura de que ese debía ser el lugar reservado en el cielo para San Antonio el Grande, fundador del monasticismo. Pero Antonio le dijo que había visto el lugar de Thais, la humilde pecadora que se había guardado de pronunciar el Nombre.

Tú, el que me creaste —los niños cuya presencia tanto disfruté se han desvanecido. Lo mismo sus ángeles guardianes y el santo niño. De modo que esta también fue una alucinación, como la que tuve esta mañana cuando me golpearon. Realmente he enloquecido.

He visitado muchos asilos mentales. Algunos de los pacientes son felices. Se creen emperadores o santos. Otros sufren

continuas pesadillas, creyendo que son perseguidos, que están en peligro y son torturados.

¿Sería demasiado pedirte una sola cosa? Dame una locura feliz. Permíteme ver a los niños apiñándose a mi alrededor, y a sus hermosos ángeles. Permíteme ver siempre al niño Jesús. Puede ser que haya quienes ni aun consideren esto una alucinación, sino una visión de ti. Tal vez estos estén locos como yo. Pero apreciarán lo que les digo, y yo me sentiré confortado.

Solamente eso: una locura feliz, es lo que te pido. *Amén.*

AMORDAZADO OTRA VEZ

Querida alma mía:

Hoy volveré a hablar contigo otra vez. Otra vez proferí los aullidos que ni yo ni los otros prisioneros podemos dominar. Estoy nuevamente enchalecado y amordazado. ¿Con quién otro podría hablar, sino contigo?

Me pregunto cómo se habría sentido San Francisco de Asis en mi lugar.

Recuerdo su conversación con el Hermano León, quien le preguntó en qué consiste el gozo verdadero. ¿Reside en saber muchas cosas? Francisco lo negó. León volvió a preguntarle si el gozo perfecto consiste en ser profeta y conocer los misterios de Dios. Francisco meneó la cabeza silenciosamente para mostrar que el Hermano había errado el punto. León volvió a preguntar si en ganar muchas almas para Cristo estaría el gozo perfecto. La respuesta fue la misma: "No". León inqui-

rió si una gran santidad, que lo capacitara a uno para realizar milagros para el bien de los hombres, no sería el gozo perfecto.

Francisco contestó: "Ninguna de estas cosas puede dar gozo perfecto. Sólo conoceremos tal gozo si, cuando lleguemos a Santa María de los Angeles, empapados de lluvia, hambrientos y tiritando de frío, el portero nos arroja burlándose de nosotros con palabras crueles, como mendigos y vagabundos. Conoceremos el gozo perfecto si permanecemos fuera de las murallas del monasterio, soportando la lluvia y el lodo, y si soportamos esto con alegría y paciencia y gratitud. La cruz es el único árbol sobre el cual crece la flor del gozo perfecto."

Yo tengo la cruz. Así que decidí estar alegre, y dancé. Giré hasta que mi mente quedó en blanco. Todo mi cuerpo estaba empapado en sudor, cuando caí sobre mi cama corriéndome las lágrimas por las mejillas, mientras los guardias, que me habían estado observando por la mirilla de la puerta, reían.

Estoy ahora reviviendo mi vida hacia atrás, desde la eterna bienaventuranza que aguarda a todos los que aman al Señor, pasando por el momento en que tú, alma mía, serás liberada de la prisión del cuerpo, hasta mi estado presente. Recuerdo entonces cómo hace unos minutos podía mover todavía los brazos. Recuerdo los años con mi iglesia y mi familia, y luego toda mi vida, retrocediendo hasta mi niñez. Hasta recuerdo de alguna manera haber sido un niño de brazos. Antes de eso fui un embrión, vigilado por un ángel guardián. Antes de eso estuve en los lomos de mis antepasados. Conozco a muchos de ellos, habiendo tenido el privilegio de ser judío. Sé que Abraham fue mi antepasado, y Taré, y los otros. Yo estuve en la caída de Adán en pecado, y antes de eso, gozando de comunión con Dios. ¿Y antes de eso? Fui un espíritu con Dios. Antes de eso... no había yo y él. Sólo existía Aquel, en plena serenidad eterna.

¿Por qué, alma mía, estás tan torpemente preocupada por el último suceso, el hecho de que me hayan puesto un chaleco de fuerza y una mordaza?

Las almas no iniciadas juzgan siempre por la última impresión. Una palabra equivocada pronunciada por alguien hoy nos hace olvidar los muchos buenos hechos que hemos observado en la misma persona durante muchos años. Un gesto amable nos hace confiar en un hombre cuyo pasado no lo hace digno de confianza. Los hombres no iniciados son incapaces de tomar en cuenta todo lo que saben acerca de un hombre antes de juzgarlo. Para ellos sólo importan los últimos acontecimientos.

Así juzgaban los fariseos. Para ellos, Jesús era un pecador porque quebrantaba el sábado. Eso era lo único en que podían pensar. Olvidaban todas las buenas obras y las enseñanzas de Jesús. ¿Puedo formarme una opinión correcta de un hombre teniendo en vista sólo su violación de la ley en un caso particular, y perdiendo de vista su personalidad total?

Hay hombres que se arrepienten exteriormente, y ahora viven en la iglesia en lugar de vivir en el mundo como antes. Pero el mecanismo de sus almas sigue siendo el mismo. De modo que ahora juzgan a sus hermanos según el último acontecimiento, en lugar de juzgar de esa manera a los hombres del mundo. Pero su pensamiento ha seguido siendo falso. Juzgan a Dios, inclusive, según ese criterio; lo alaban cuando les da algo bueno, y empiezan a dudar de él cuando viene la aflicción.

Pero tú, alma mía, no debes juzgar de acuerdo con el hecho de que durante la última hora he estado en un chaleco de fuerza. Ten en vista la totalidad de mi vida y toda su órbita. Hay algo más que el infinito. Está el transfinito. Si partiendo desde un punto determinado trazo una línea sin fin, su valor es infinito. Pero si desde el mismo punto trazo dos líneas sin fin en direcciones opuestas, eso es el transfinito.

Tú eres más que eterna, alma mía, eres desde Dios hasta Dios, y volverás a entrar en él, enriquecida por la experiencia humana. "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera." Sólo cuando lo veas todo, verás cuán bueno es. La pintura más hermosa es sólo una mezcla informe de colores y líneas sin sentido hasta que está terminada. La escultura más hermosa es sólo una piedra tallada hasta que recibe su forma definitiva.

Aguarda, alma mía, hasta que estés nuevamente en Dios. Entonces verás también el sentido del chaleco de fuerza.

Y además, al ser amordazado una y otra vez, tal vez empiece a tomarle gusto a la mordaza. Ella me saca de la esfera de las palabras en la cual están aprisionados los hombres. Los predicadores están especialmente expuestos a la tentación de ser charlatanes.

Las palabras, que al principio se formaron para nombrar las realidades circundantes, con el tiempo fueron vaciadas de su significado original. Las almas retardadas continúan acordándoles el mismo valor y respeto que cuando su contenido era rico. No comprenden que ahora son meramente muñecas muy hermosas por fuera, rellenas de paja.

La palabra "obispo" originalmente significaba el pastor principal, el más adelantado en la fe, el hombre que daba su vida por sus ovejas en tiempos de persecución. Ahora es un hombre de ciertos conocimientos académicos, escogido por hombres que a menudo ellos mismos no son hijos de Dios. Aun antes de mi arresto, todos nuestros obispos ortodoxos, excepto uno, habían claudicado frente a las acusaciones del régimen comunista. El obispo reformado hizo lo mismo. Ahora alaban al sistema y denuncian a sus ovejas.

Así, pues, las palabras "sacerdote", "pastor", "rabí", "iglesia", "cristiano", "judío", "creyente", "fe", "religión", "arte" han cambiado enteramente de significado.

"Todo hombre sea... tardo para hablar", significa que se debería considerar siempre si cada palabra tiene una realidad

correspondiente. El principal de mis interrogadores se llama Dulgheru, que significa Carpintero. Pero este es sólo su nombre. Jamás tuvo en sus manos un cepillo.

Uno de los sumo sacerdotes que juzgaron a Jesús se llamaba Annás, que significa "piedad".

Bendice, alma mía, también a los comunistas que, amordazándome, me liberan de la vanidad de las palabras y me dan una percepción de la realidad. Esta mordaza también tiene un significado. Gracias sean dadas a Dios. *Amén.*

10

HERIDAS VISIBLES

Queridos hermanos y hermanas:

Durante varios días no pude predicaros como de costumbre. El dolor físico era demasiado grande. Sin embargo, había cierto gozo en el sufrimiento. Hasta ahora me habían golpeado y azotado. Ahora, por primera vez, me han torturado, de modo que las cicatrices serán visibles en mi cuerpo hasta la muerte, o tal vez aun después.

Yo acostumbraba preguntarme cómo era que el cuerpo resucitado de nuestro Señor llevaba las señales de sus heridas. ¿Puede un cuerpo resucitado ser como éste? ¿Resucitará con reumatismo, deformidades, miembros retorcidos? ¿Llevará el cuerpo resucitado las marcas de las experiencias por las cuales pasó? Jesús habló de algunos que entrarán en la vida con un solo ojo o una sola mano.

El tuvo que resucitar con marcas en su cuerpo, a fin de

que, cada vez que son presentados delante del Padre los pecados de los hombres, puede mostrar las heridas recibidas para que el hombre sea salvo.

Por ese sacrificio suyo yo también soy salvo.

Pero tal vez mis cicatrices también sirvan de algo. Mis oraciones por mis torturadores tal vez sean más eficaces si puedo mostrarle al Padre las heridas que recibí de ellos. Si yo puedo continuar amándolos, si yo puedo perdonar, ¿por qué habría Dios de excluirlos de su amor y no perdonarlos?

Y luego, quizás haya una leve posibilidad de que algún día salga de la prisión y vaya a Occidente. Entonces podré mostrar a los Tomases incrédulos, que no aceptan que el comunismo sea un crimen en gran escala bajo la capa de un hermoso ideal, lo que Jesús mostró a su apóstol incrédulo para convencerlo —las señales de sus heridas.

Hay una bendición en las torturas por las cuales he pasado. Debemos dar gracias a Dios por todo. Mientras me torturaban, no podía pensar. Sólo una palabra relampagueó una vez en mi mente: “Para esto estamos puestos . . .” —esto es, para las aflicciones.

Las torturas han operado cierta transformación en mi alma. Han aminorado mi deseo de ir al cielo. ¿Qué felicidad sería para mí sentarme en bienaventuranza en el cielo, sabiendo que mientras tanto otros están siendo torturados en la Tierra? Yo estaría entre los pocos de quienes habló Jesús que están dispuestos a abandonar el seno de Abraham y acompañar a las almas atormentadas a fin de consolarlas. Mi deseo más bien es que la voluntad de Dios sea hecha en la Tierra como en el cielo. ¿Por qué no hacer un cielo de la Tierra, como nos enseñó a orar Jesús?

Anhelo una Tierra llena de rectitud y justicia y amor; un mundo en el cual los animales vivan en el paraíso, yaciendo los leones con los corderos, sin devorarlos.

Cuando los nazis me tuvieron preso, noté cómo los pájaros parecían tener simpatía por los humanos, y cómo siempre

tenían el presentimiento de lo que nos iba a pasar. En el patio de la prisión había palomas. Acostumbraban acercarse a los barrotes de nuestras ventanas y les dábamos migas de pan. No era simplemente mi imaginación. Todos los prisioneros estaban de acuerdo en que habían observado que, antes de un día de duro castigo, las palomas batían sus alas y revoloteaban frenéticamente, lanzando gritos de alarma. Los labradores que están en prisión conmigo me dicen, en nuestras largas conversaciones en código, que sus perros sabían de antemano acerca de sus arrestos, y cómo no se podía acallar sus aullidos durante toda la noche.

En mi celda hay un solo animal, una araña. No sé cómo pudo haber entrado en la celda subterránea. Pero un día apareció allí. Simplemente aprovechó un momento en que el guardia abrió la puerta. Hizo su tela. Nos hicimos buenos amigos. Yo la alimentaba. Le hablaba. Había observado que el día antes que me llevaran para la tortura estaba inusualmente agitada. Puede haber sido coincidencia. No sé. Pero tengo la sensación de que simpatiza conmigo. Deberíamos simpatizar más con el mundo animal, y querer para ellos y para nosotros, no que fuéramos el Reino de Dios —el camino podría ser demasiado largo para una araña— sino que el Reino viniera aquí. Jesús nos enseñó a pedir esto. Entonces los criminales y los leones y los zorros tendrían una entrada mucho más fácil.

Entonces el mundo del cual venimos parecería como el lugar en que éramos orugas. En los sufrimientos de hoy en día, somos crisálidas. Un día seremos mariposas. Podremos volar de estrella en estrella, sin descuidar nuestro planeta. Los ángeles ascendían y descendían entre la Tierra y el cielo por la escala de Jacob. Así hay una escala que une la Tierra con Dios. A veces ascenderemos. Luego volveremos a descender. No habrá diferencia, porque en la Tierra será como en el cielo. Los que están en Cristo entonces serán como Cristo. Estar con ellos será como estar con el propio Hijo de Dios.

Me interesa mucho más construir un paraíso terrenal que ir a un paraíso celestial. Esto significa una lucha en todas las esferas de la vida para derrotar al dragón rojo y a todas las otras manifestaciones de la bestia apocalíptica.

Queridos hermanos y hermanas: yo quiero luchar por el triunfo de la justicia y el amor, esto es por el triunfo de Cristo en la Tierra; pero recordad que es siempre más fácil luchar por un principio que vivir por él. No escojáis el camino fácil, sino el camino de la cruz. No seáis vosotros mismos injustos y carentes de dulzura mientras estáis luchando por la justicia. Revestíos de Cristo y de todas sus virtudes, y así luchad.

No sólo yo estoy preso. Todos vosotros estáis presos de vuestros pecados y de vuestras ideas erróneas y limitadas. ¡Dejad que Jesús os libere de éstas! Entonces podréis luchar y alcanzar vuestro propósito.

Estoy muy dichoso de poder hablar con vosotros nuevamente esta noche, después de una breve pausa.

Como os dije, en estos días tuve algún pequeño y vacilante gozo pensando en el valor de las cicatrices de mis torturas. Pero no penséis que soy un héroe, y que simplemente reí y silbé estando en gran dolor. Fue más bien un momento de gran depresión. No podía orar. No podía sentir la presencia de Dios, excepto en muy breves pantallazos, que duraban tal vez sólo segundos.

Las cicatrices son una bendición. El momento de depresión también fue una bendición. Me mostró cuán horrible sería la eternidad sin Dios. Aquellos días sin sentirlo cerca fueron de mil años cada uno. Comprendía cuán horrible sería permanecer en el infierno con criminales no arrepentidos que por la eternidad jurasen, maldijeran y sólo pensarán en el mal, como mis torturadores. Dios me trajo a una prisión comunista, Dios me hizo pasar por las torturas y por la noche oscura del alma, a fin de que aprenda lo que es el infierno y haga lo más posible para evitarlo.

Mis hermanos, luchad por el cielo, un cielo que comprenderá también la Tierra.

Hay una leyenda que dice que un monje salió una vez de su monasterio para cortar árboles en el bosque. En el bosque estaba cantando un ave del paraíso. El escuchó sus hermosos trinos por un momento, luego terminó rápidamente su trabajo y volvió al monasterio. Pero el portero no era el mismo de siempre y no lo quiso dejar entrar. El dio su nombre. Era completamente desconocido. Pidió ver al abad. Apareció un hombre a quien nunca había visto. Fue en vano que protestara que había salido del monasterio hacía una hora. Nadie lo reconoció. Finalmente, alguien recordó que el monasterio tenía una historia de un monje que había salido siglos antes a cortar leña y había desaparecido sin dejar rastros. El canto celestial de un ave del paraíso, que pareció haber durado solamente unos minutos, había durado siglos según la cuenta humana.

Los días durante los cuales no habéis oído de mí han sido días de depresión, pero una depresión llena de profundo significado. Hubo raros momentos de gozo, cuando comprendí el valor de las heridas recibidas. Pero finalmente salí de mi depresión porque yo también oí un canto del paraíso. He oído en mi vida las músicas de Beethoven y Bach, ¡pero cuán pobres son en comparación con el canto que ahora escuché!

Hermanos y hermanas, ¡luchad para llenar la Tierra con este cántico celestial! Olvidad todos los viejos cánticos por este: "*Shiru le-Adonai shir hadash*" - "Cantad al Señor cántico nuevo." Este es mandamiento dado a los ángeles. Escuchad. Aprenderéis de ellos. *Amén.*

11

BINZEA

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de mi sermón de hoy será Sabina, mi esposa, a quien vosotros y yo amamos. Todos la llamamos Binzea.

Si Rut y Ester pueden ser temas de libros enteros de la Biblia, ¿por qué no ha de poder ser tema de un sermón la esposa de un predicador? Binzea es cara para Dios, y cara para mí, como Rut lo fue para Booz y Ester para Asuero.

Hoy me vi en un espejo por primera vez en dos años. Habían estado reparando nuestras letrinas y los guardias nos llevaron a las de ellos, y había un espejo.

Al mirarme, me sobrecogió una carcajada homérica. Yo era considerado un hombre guapo. Ahora soy flaco, feo, con ojeras negras debajo de los ojos. ¡Esto es, pues, lo que resta de la belleza física! Y un día seré más feo que esto. Seré un esqueleto con una calavera.

Al volver a mi celda, recordé otra ocasión en que estuve frente a un espejo. A menudo pienso en las palabras: "Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó", y me pregunté en qué consiste la semejanza de Dios. No podría dar una respuesta satisfactoria. Un día, hace mucho tiempo, también estuve frente a un espejo, haciéndome la pregunta: "¿Cuál de mis rasgos corresponde a un rasgo de Dios?" Mi esposa, intuyendo lo que estaba pasando por mi mente, se acercó silenciosamente y se colocó a mi lado. Y entonces inmediatamente entendí. "Dios creó al hombre a su imagen. . . varón y hembra los creó."

Nuestra semejanza con Dios consiste en la unión de los dos sexos. Mediante ella nos convertimos en "pro-creadores", o creadores por delegación. Somos capaces de crear seres eternos, así como Dios creó a Adán y Eva.

Los solteros también tienen un compañero del sexo opuesto en el reino espiritual, las jóvenes sus "ánimos", los hombres sus "ánimas", como los llama Jung; su amor ideal, con quien nunca se han encontrado y con quien nunca pudieron unirse. Pero la vida es infinita. Se unirán.

Binzea es la que, por su unión conmigo, me hizo ser más semejante a Dios. Aunque yo me convertí antes que ella, es a ella a quien le debo el ser cristiano hoy.

Recuerdo los días de la prisión junto con ella en tiempo de las nazis. Entonces nos encontrábamos todos los días en el corredor y podíamos dar paseos juntos. Recuerdo cómo, en otra ocasión, al ser yo arrestado, ella pidió ir conmigo a la cárcel.

Luego llegaron al poder los comunistas. Un alto prelado ortodoxo, partidario de los comunistas pero amigo personal mío, me había advertido que se había decidido arrestarme. Tenía oportunidad de huir. ¿La usaría o no?

Cuando consulté a mi esposa, me contestó: "Si huyes, ¿cómo podrás volver a predicar sobre el texto 'El buen pas-

tor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye...?’”

Con todo, estuve tentado de huir. Entonces un día me visitó un pastor para cuya conversión Dios me había utilizado. Había sido alcoholista. Lo encontré, la primera vez, ebrio en la calle, negándose a volver a su hogar. Así que lo acompañé de bar en bar y le hablé. Al día siguiente, cuando despertó de su borrachera, era un hombre nuevo. Y ahora me recordó eso. Durante nuestra conversación repetía una y otra vez: “Lo que más me impresionó de lo que usted me dijo fue el versículo ‘Escapa por tu vía, no mires tras ti’”.

Cuando se fue, le pregunté a mi esposa: “¿No fue su continua repetición una dirección en el sentido de que debo salvar mi vida huyendo?” Ella contestó: “Sí, debes salvar tu vida. Pero el que salve su vida en este mundo la perderá. El que pierde su vida la salvará.”

Así que decidí quedarme. No lo lamento.

Lo que lamento es que la policía me secuestró en la calle. Si me hubieran arrestado en mi casa, hubiera podido pedirle perdón a mi esposa por haber sido a menudo mezquino con ella.

Ahora a veces me sorprende diciendo, en vez de “¡Jesús, ayúdame!”, “¡Binzea, ayúdame!” Tan parecida es a Jesús. Los que seguían a San Pablo seguían a Jesús. Para los enfermos, era lo mismo acudir por ayuda a Jesús o a sus apóstoles. Se curaban lo mismo. Un día los cristianos serán como Cristo. Hablar con ellos será como hablar con el Salvador. Puede que no sea erróneo aun decir: “Binzea, ayúdame.” Sería considerado completamente normal si ella estuviera cerca de mí. Pero ahora, en mi estrecha celda, estoy libre de las limitaciones del espacio. No hay cerca ni lejos. ¿Por qué no habría de apelar a ella? Todos los hombres buenos de todas las épocas están cerca unos de otros y pueden ayudarse

mutuamente. Probablemente de esta experiencia de los cristianos sometidos a grandes sufrimientos en los primeros siglos surgió la práctica de apelar a los santos, con todo lo que siguió siendo valioso o se tornó perjudicial en épocas posteriores.

Binzea no sabía lo que es evitar el peligro. Ella me instó a hablar abiertamente contra los comunistas en el Congreso de Cultos convocado por ellos en el edificio de nuestro Parlamento.

Una vez le cité un proverbio camboyano: "Cuando dos elefantes pelean, la hormiga debe hacerse a un lado." Ella se rió y me dijo: "Yo no soy camboyana, soy rumana. Nosotros tenemos nuestro propio proverbio: 'Un pequeño tronco puede volcar una gran carreta'."

¿Dónde es probable que esté ella ahora? Tal vez en una celda en alguna parte cerca de mí. Oí gritar a una mujer. Hubiera jurado que era su voz. Finalmente la vi en espíritu. Estaba sangrando, porque había sido cruelmente torturada.

Mientras lloraba, anhelándola, se me ocurrió un pensamiento: Está escrito que "la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado". ¿Pero dónde está la sangre de Jesús? ¿Dónde puedo hallarla para hacer que limpie mis pecados? El cuerpo glorificado de Jesús no tenía sangre. El Señor, usó, en lugar de la expresión normal judía "carne y sangre" (*basar vedam*), las palabras "carne y huesos". La sangre que vertió por los azotes, la corona de espinas, la crucifixión, ya no existe, así como la sangre de todos los que han muerto ha pasado, a lo largo de los siglos, por los miles de transformaciones de la naturaleza y no existe en ninguna parte.

¿Dónde está, pues, la sangre de Cristo que puede salvarme del pecado? Temo que la sangre de Jesús, acerca de la cual predicán algunos sacerdotes y pastores, es más bien como la sangre artificial que se usa en los estudios cinematográficos en las escenas de violencia que consiste sólo en pinturas.

El nombre de Cristo puede ser usado en dos sentidos. Puede significar la persona histórica de hace dos mil años, y el cuerpo místico del cual el Jesús glorificado es la cabeza y todos nosotros somos el cuerpo. Este Cristo sangra continuamente. No ha habido un solo día en la historia en que al menos un miembro de este cuerpo místico no haya sangrado. Su sangre es la sangre de Cristo. Todo en ellos pertenece a Cristo. Y ellos cumplen en su carne lo que falta de las aflicciones de Cristo. Ellos perpetúan el sacrificio, y así es la sangre de él la que continuamente limpia.

Nosotros aplicamos a los acontecimientos una falsa noción del tiempo. Cuando viajamos en tren tenemos la impresión de que los pueblos y aldeas van pasando. Decimos que ha pasado una estación y sigue otra. La verdad es que todos los pueblos coexisten al mismo tiempo. Lo que vemos es una ilusión de nuestros sentidos. Así nuestra mente, limitada por el tiempo, ve algunos acontecimientos de la historia como pertenecientes al pasado, y otros como futuros. La realidad es que existe sólo un eterno "ahora", en el cual el derramamiento de la sangre de Jesús en el Calvario es tan actual hoy como lo fue dos mil años ha. Y el derramamiento de la sangre de los mártires de antes del tiempo de Jesús y de todos los siglos pertenece al eterno ahora.

En el vasto cuadro de este eterno ahora, hay también un punto en el cual veré otra vez a Binzea, y vosotros veréis a vuestros seres queridos, en eterno gozo. Buenas noches, Binzea. Dios te dé paz.

Hermanos y hermanas: amemos a nuestras esposas y esposos como Cristo nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

"Si la sal perdiera su sabor, ¿con qué será salada?" La sal es cloruro de sodio. La molécula de sal puede perder uno de sus átomos. Entonces deja de ser sal, y pierde su sabor. Sólo puede volver a ser sal en tanto permanezca abierta a la unión con otro átomo. Nadie está perdido mientras tenga

alguien que le dé instrucciones que lo "salen". Ahora, cuando los mejores de nuestros maestros están en la cárcel, y tenéis tantos indignos de confianza que se han comprometido con el sistema, el que mejor puede salvaros podría ser vuestra esposa o vuestro esposo. Aprovechad esta posibilidad mientras estéis juntos. *Amén.*

LAS VÍCTIMAS DE MI VIDA

De modo que aquí estáis otra vez, víctimas de mi vida. ¡ Buenas noches! No conozco nada que limpie tan bien el alma como una discusión directa, cara a cara con vosotras.

Creo que no solamente en la Biblia se encuentra la verdad. Creo que, en su propia esfera, puedo confiar en un libro de aritmética tanto como en la Biblia. También creo en Shakespeare. Así como las Escrituras os enseñan el máximo que uno puede saber acerca de Dios, Shakespeare os enseña lo más que se puede saber acerca del carácter humano. *Romeo y Julieta* se puede interpretar como una alegoría del amor entre el Salvador y su esposa, así como hallamos una alegoría en el *Cantar de los Cantares*, y los hindúes en el *Bhagavad Gita*.

Hay sólo dos cosas que me pregunto acerca de Shakespeare. Primero, por qué no describe caracteres cristianos. Segundo, si la aparición del espectro del padre de Hamlet y

la presencia del asesinado Banquo en la mesa de Macbeth, representan ficción o realidad. Siempre me he inclinado a considerarlos más bien como la descripción de una realidad.

En la prisión nazi estuve con un asesino que negaba su crimen. El fiscal lo hizo poner en una celda solitaria cuyas paredes estaban cubiertas con docenas de retratos de la víctima. El matador, golpeando la puerta de la celda, confesó todo y sólo exigió que sacaran esos retratos. Lo que para nosotros no era más que una figura, para él evocaba una realidad que estaba con él en la celda.

Ahora estoy pasando por la misma experiencia. Noche tras noche venís vosotras. Pero yo no golpeo la puerta. No quiero escapar de vuestros reproches. No tratéis de aterrorizarme rodeándome con esa danza loca y señalándome con vuestros dedos esqueléticos.

Yo también sé danzar. Y vosotros sabéis que mi danza es más eficaz que la vuestra, así como los milagros de Moisés fueron mayores que los de los magos egipcios que se le oponían.

¿Vosotras danzáis? Yo también danzaré, cantando el canto que Jesús cantaba cuando danzaba. ¡Ja, ja, ja! ¿Ni siquiera sabíais que él danzaba? Escuchad mientras danzo las palabras del encantamiento, palabras que aprendí de él:

“Gloria sea a ti, oh Padre. Amén.

Gloria sea a ti, oh Gracia. Amén.

Gloria sea a ti, Espíritu; Gloria sea a ti, el Santo:

Gloria sea a tu gloria. Amén.

Comeré y seré comido. Amén.

Oiré y seré oído. Amén.

La gracia danza; Yo taño; danzad vosotros todos. Amén.

El número Ocho canta alabanzas con nosotros. Amén.

El número Doce danza en las alturas. Amén.

El Todo en las alturas participa en nuestra danza. Amén.

El que no danza, no sabe lo que sucede. Amén.

Huiré, y permaneceré. Amén.

No tengo un lugar, y tengo lugares. Amén.

No tengo un templo, y tengo templos. Amén.

Soy una lámpara para ti que me contemplas. Amén.

Soy un espejo para ti que me percibes. Amén.

Soy una puerta para ti que me golpeas. Amén.

Un camino soy para el errabundo. Amén.

Responded ahora a mi danza (si podéis. ¿Por qué no podéis? ¡Ja, ja, ja, me río de vosotros!).

... Si hubierais sabido sufrir, hubierais sido capaces de no sufrir.

Aprended a sufrir, y seréis capaces de no sufrir."

¿Por qué os retiráis a un rincón? Venid, no tengo deseos de asustaros. Os amo a todas. Venid, razonemos mutuamente.

Sí, yo maté a muchas de vosotras. A algunas las maté cuando aún no habían nacido. Hubierais sido un obstáculo en mi vida egoísta. No permití que nacierais. Ahora entiendo al ginecólogo que me pidió que lo bautizara porque durante la noche lo acosaban los muchos niños que había matado.

En la Biblia habéis aprendido que "la paga del pecado es la muerte", y me amenazáis con estas palabras. Podéis conocer la Biblia. También el diablo la conoce. Pero yo no diría que es buen teólogo. Ni tampoco vosotras. Las cosas no son tan sencillas. "Cualquiera que matare será culpable de juicio." ¿Habéis oído? El matador no está perdido. Está sólo en peligro. Será juzgado, lo cual no significa que será sentenciado. Puede ser absuelto. Yo puedo explicarle al juez mi mala herencia, o tal vez él me la revele. Puedo explicarle mi educación errónea, mi mal ambiente, mi locura. Él sabrá

cuántos demonios fueron desencadenados para luchar contra mí. Pesando todo esto, aún puedo ser absuelto.

Y vosotras, con las que he cometido adulterio —¿no sois tan culpables como yo? ¿Por qué me arrojáis piedras? O vosotros, los santos que nunca pecasteis en este sentido porque erais impotentes, o feos, o nunca tuvisteis ocasión de hacerlo. “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.” Y vosotras, mujeres, aprovechad de la bondad especial de Jesús hacia el sexo femenino que le hizo guardarse de hablar contra las mujeres que miran a un hombre para codiciarlo. ¡No os hagáis las virtuosas conmigo! Y no me citéis versículos bíblicos.

Todos somos lo mismo. Y el ojo que se nos debe arrancar es sólo el derecho, el que juzga las acciones según la norma de justicia y moralidad, no sabiendo que la vida tiene sus propias leyes, y que la ley del Espíritu de vida —esto es el simple reconocimiento de la vida con sus enredos— nos libera de esa otra ley del pecado y la muerte.

Una vez le recordé a Jesús que Lutero había llamado a Cristo el mayor mentiroso, perjuro, ladrón, adúltero y asesino que la humanidad había conocido. No en el sentido de que él cometiera todos esos pecados, sino porque se los había apropiado. Le pregunté a Jesús: “¿Aceptas esta acusación?”, y escuché una respuesta definida: “Sí, todo, excepto el adulterio”. Estuve seguro entonces de que no era su voz. No creo que él esté menos preocupado por los que descuidan a sus padres o defraudan a sus empleadores, o chismorrear o roban, que por los que viven una historia de amor. Porcia, en *El mercader de Venecia*, dice: “La cualidad de la misericordia no se encoge”. No es difícil para Jesús apropiarse también nuestros adulterios.

Y aquí estáis vosotros, los muchos millares que habéis escuchado mis sermones y leído mis libros. Vosotros, que sois de muchas religiones y tradiciones, me acusáis del más grave de los pecados, la herejía. Todos los otros pecados son

bagatelas en comparación con éste, la distorsión de la Palabra de Dios. ¿He sido culpable de esto? ¿Qué es la verdad? En un tiempo estuve de parte de una verdad. Aquí, ya no estoy seguro de ella. Soy combatido por muchas tempestades. La sede de Roma me atrae con su prestigio, y me pregunto cómo he podido ser otra cosa que católico. ¿Es el adventismo la verdad real? Centenares de textos nos enseñan a guardar el sábado, y no hay ni un mandamiento sobre el domingo. Veo la hermosura de la tradición ortodoxa, serena y profunda como el Océano Pacífico. ¿Cuál de todas es la verdad? ¿Qué es herejía? ¿Qué tendría que haber predicado? Yo soy yo, y ningún otro. Tal vez el protestantismo, en el cual cada uno establece para sí su relación con Dios, sea la verdad. Entonces no soy un hereje. Cada hombre un Abraham en relación personal con Dios —este es el resultado final del protestantismo. ¿Qué hay de malo en ello?

Prediqué lo que sabía. Y no me preocupan vuestras acusaciones. “Según el camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres”, dijo San Pablo cuando lo acusaron como vosotros me acusáis a mí.

¿Por qué estáis tan enfadados conmigo? ¿Qué habéis perdido por el hecho de que yo haya pecado gravemente contra vosotros? Zaqueo le robó a alguien, tal vez, cien dinares, con los cuales en todo caso éste no hubiera podido hacer mucho. Pero se arrepintió y devolvió a todos por cuadruplicado. Ahora el hombre a quien había defraudado cien dinares tiene cuatrocientos, bastante para abrir una tiendecita. En el hebreo de Isaías 53 se llama al Cristo “*asham*”, que significa no sólo “ofrenda por el pecado”, sino también “restitución”. A todos aquellos de vosotros a quienes les robé de esta vida transitoria, él les dará vida eterna. A todos aquellos de vosotros a quienes hice llorar, él dará una perla por cada lágrima. A todos aquellos a quienes enseñé el error, él les dará la verdad última.

¿Ningún razonamiento os aquieta? ¿No podéis cesar de acosarme? Veo que el razonamiento no puede vencer al sentimiento de culpa. La culpa lo vuelve loco a uno. Los argumentos no pueden ayudar a un loco.

Antiguamente acostumbraban quemar a los cristianos en la pira. Al menos tenían calor. Nosotros tiritamos de frío en nuestras celdas. No obstante, estoy bañado en sudor, contemplándoos y oyendo todo lo que me gritáis.

Y ahora, también estás aquí tú, Moisés. Te conocía como el primer guardián del umbral del lugar santísimo. También tú me dices que he quebrantado la ley y por lo tanto estoy contaminado y no puedo entrar.

Supongo que le hablaste de la misma manera a Lutero. A veces estallaba su odio contra judíos y católicos; a veces era tan desenfrenado como un loco. Era uno de aquellos que él llamaba "mártires de la Providencia", un hombre que amaba a Jesús de todo corazón pero tenía un carácter colérico que nunca pudo dominar. Lutero enseñaba: "Si te encuentras con Moisés, mávalo". En otro sentido, el budismo zen dice lo mismo: "Si te encuentras con Buda, mávalo". Yo no te tengo miedo, Moisés. No te está permitido interponerte en mi camino. Lucharé contigo y entraré.

¿Te me opones con las tablas de los mandamientos? ¿Pero no las hiciste pedazos tú mismo? Pablo volvió a hacerlas pedazos. ¿No escribió que las tablas de piedra están obsoletas?

Recuerdo vagamente que algún concilio de la iglesia marcó como herejía al antinomianismo, la enseñanza de que ninguna ley moral es válida. Pero en este momento no me interesan particularmente los concilios y sus decisiones.

Quiero perdón. Quiero justificación. Quiero paz. Haya sido lo que haya sido en el pasado, el pasado ha pasado. Vivo en el presente y en el futuro, y a los espectros del pasado no les está permitido acosarme. Ni os está permitido torturarme, enfrentando mi pecado con los mandamientos. Vosotros mis-

mos no los respetasteis. ¿Qué derecho tenéis de haceros los moralistas conmigo?

¿Otra vez me estáis rodeando y gritándome?

Yo también puedo gritar, y lo haré, aunque sé que volverán a ponerme el chaleco de fuerza. Sí, grito: "No tengo ningún pecado. Todos los pecados pertenecen a Jesús. El es quien los ha cometido. Preguntádselo y él lo confirmará. Si no podéis perdonarme mis pecados, si sois tan malvados como para torturarme todas las noches en mi impotencia, entonces perdonadle mis pecados a aquel que los tomó sobre sí. Perdonadle mis pecados a Jesús. Si no se los perdonáis, él no os perdonará a vosotros. Y no olvidéis que tiene poder para arrojaros en el infierno eterno".

Y ahora mi último grito: "Sí, he asesinado, he cometido adulterio, he mentido, he sido hereje, pero la sangre de Jesucristo me lavó de todos mis pecados y puede lavaros a vosotros también. Entonces os tornaréis buenos, y no daréis más pena a aquellos cuyas víctimas habéis sido. ¡Fuera! ¡Fuera! Yo estoy bautizado. Estoy lavado en la sangre de Jesús".

El guardia ya ha puesto la llave en la cerradura. Ahora seré nuevamente amordazado. Pero el reloj está tocando la una después de medianoche. ¿Es una coincidencia? ¿Es ésta la hora en que tenéis que desaparecer? No puede ser sólo eso. La sangre de Jesucristo os ha vencido. No os veo más.

Mientras me ponen el chaleco de fuerza, antes que me amordacen, os grito mi última palabra: "Vosotros me torturáis tanto porque vosotros mismos debéis ser terriblemente torturados. Los santos oran por aquellos que los persiguen, en lugar de arrojarles lodo. Santa Juana de Arco, cuando vio aproximarse al obispo católico que la había sentenciado a muerte, exclamó: "Ten cuidado de que las llamas no pongan en peligro tu vida. Tú no estás salvado. Cree en la sangre de Jesucristo. Ella te hará libre". *Amén.*

13

ANI-HU

Queridos hermanos y hermanas:

El verdadero conocimiento de algo significa una unión tan profunda con ello como la que se experimenta en la unión sexual. El conocedor, lo conocido y el acto del conocimiento se tornan una sola cosa. Os olvidáis de que existís vosotros y vuestro compañero. Ya no pensáis, sino que vuestra mente se disuelve en el calor del abrazo.

Tal vez en este sentido es que Meister Eckhart, el gran místico alemán, dijo que el cristiano, al abandonar todas las cosas debe abandonar también a Dios. Mientras sois todavía conscientes de tener un Dios, no habéis llegado a ser uno con él.

El hombre que piensa y razona acerca de la verdad, muestra con eso que no la posee. El que se ha encontrado con la Verdad y ha conocido su beso ardiente, ya no busca la

verdad, no habla de la verdad, sino que es su misma encarnación. Cristo no es ya el objeto de vuestros pensamientos. Sois su manifestación. En lugar de ser semejantes a Cristo, estáis identificados con él. El es la luz del mundo. Vosotros sois la luz del mundo. Vosotros sois la misma luz.

Santa Gertrudis oraba: "Yo soy tú. Tú eres yo. Yo no soy tú, tú no eres yo. Yo y tú somos un nuevo ser: un yo-tú".

Antes que me pusieran en la prisión subterránea en la que estoy ahora, me asomé una vez a la ventana de mi celda y grité: "Señor, ¿dónde estás?". Apenas había terminado la última palabra cuando vi entrar en el patio de la prisión a mi esposa, con Bianca y otra hermana, que habían ido a averiguar si yo estaba en esa cárcel. Yo había llamado al Señor. Habían acudido tres hermanas. Desde entonces me he acostumbrado a identificarlas, y a todos los verdaderos hijos de Dios, con el Señor mismo, y sé que esta no es una fantasía.

Jesús mismo se identifica con nosotros. "Cualquiera que dio de comer o de beber o vistió o visitó en la cárcel a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hizo".

Cuando Jesús se encontró con Saulo de Tarso, le preguntó: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Ahora bien, la verdad es que Saulo nunca había perseguido a Jesús. Sólo perseguía a los discípulos. Pero Jesús no conoce diferencia alguna entre él y sus discípulos. Cuando habla de sus discípulos, no usa la tercera persona. Dice "yo", "mí". Sabe que yo soy él. Y todo cristiano debería saberse idéntico con Cristo, parte de su cuerpo místico.

Tantas personas me han ayudado en el curso de mi vida. Veo el abrazo del Altísimo en todos los brazos que se han apoyado amorosamente sobre mi hombro cada vez que estuve deprimido. Dios y el alma creyente, buena, son uno solo. Mirad un alma creyente, y veréis al mismo Señor.

Nuestras Biblias traducen Isaías 48:12 con las palabras: "Yo mismo, yo el primero, yo también el postrero". Las pa-

labras hebreas son: "*Ani-hu ani harishon af ani haaharon*", que significan, literalmente, "Un 'yo-él' (una unión entre yo y él) es el primero, y un 'yo' (que es solamente yo) es el último".

Una vez estaba buscando al pastor de cierto pueblo. Fui a la iglesia, pero el conserje me dijo que vivía a cierta distancia. Algunos muchachos estaban jugando en el patio de la iglesia. Uno de ellos, oyendo nuestra conversación, se ofreció a mostrarme la casa del pastor. Mientras caminábamos, le pregunté si creía en Cristo. El muchacho, de unos catorce años, contestó decididamente: "No". Le pregunté por qué. En su manera infantil me respondió: "Creo que si Dios creó a ese Jesús bueno, manso y amante de hace dos mil años en Palestina, en quien se quiere que confiemos, debería haber creado en cada generación y en todas partes, algún pequeño Jesús, para que mirando al pequeño pudiéramos ver el grande. Pero nunca he encontrado un pequeño Jesús. Yo soy un niño pobre. Mi padre es borracho y me castiga. Mi madre es lavandera y no tiene tiempo para mí. Nunca he tenido un buen traje. Nadie me ha comprado chocolate o dulces. No he tenido juguetes. Si Dios es todopoderoso, ¿por qué hizo a Jesús una sola vez? Un Dios todopoderoso podría hacer muchos Jesuses. Entonces sería fácil creer". Yo le pregunté otra vez: "¿Pero tu pastor no es un Jesús?". La respuesta, tan decidida como la primera fue: "No".

Así llegamos a la casa del pastor. El niño me dejó. Me quedé a solas con el pastor. Hablé con él acerca de Cristo. El tema no tenía interés para él. Entonces le dije lo que había dicho el muchacho. El pastor exclamó: "¡Qué idiota!". Con lo cual yo estuve de acuerdo de todo corazón. Sólo que para mí el idiota era otro . . .

Ser cristiano significa ser un *ani-hu*, un "yo-él", una íntima unión entre un alma humana y Cristo. Jesús le dijo a Felipe: "Tanto tiempo ha que estoy contigo, ¿y no me has

conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". De la misma manera un cristiano puede decir a cualquiera que lo haya conocido por largo tiempo: "El que me ha visto, ha visto a Cristo".

La humanidad, en su desarrollo religioso, pasó por el llamado período animista. El hombre primitivo creía que todos los objetos de la naturaleza estaban poseídos por un espíritu. Ahora hemos dejado atrás esa etapa de desarrollo, así como a cierta edad las niñas dejan de jugar con muñecas. Un cristiano ve las cosas en forma realista y deja las muñecas a los niños.

Las muñecas están hechas de plástico. No tienen entendimiento. Es inútil hablarles y vestirlas. Las esposas del rey celestial no pueblan sus mentes con los objetos de su imaginación. Miramos la fría realidad directamente a la cara. Nosotros los prisioneros hemos clamado en nuestro dolor durante años, sin recibir respuesta alguna. Tantas de las viñas del Señor han sido destruidas. El Señor ha ocultado su rostro de nosotros.

Como los salvajes veían espíritus detrás de cada árbol y en cada piedra, nuestra imaginación enferma evoca en nuestra mente la presencia de Jesús. Algunos lo ven en el pan y el vino de la Santa Comunión y creen que se ha producido una transustanciación, o al menos una consustanciación, como dicen los luteranos. Nosotros no queremos reconocer francamente que el Rey celestial no está allí. Clamamos en vano, como él clamó en vano: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?".

El está más allá del muro de separación que nosotros mismos hemos creado entre él y nosotros con nuestros pecados. Más allá del muro están los ángeles. Sólo luz fría viene de las estrellas, y los pensamientos oscuros blanquean mi cabello.

Hace tanto frío en la celda... Estoy casi helado. El único

compañero viviente que tuve por un breve tiempo, una araña, se ha helado. Vivo en un universo frío.

El único lugar donde aún hay vida es en mi interior. ¿Pero no está él allí? ¿No es cierto que aquel a quien busco en vano en el mundo exterior, rompe el hielo del silencio en mí; que Cristo y Dios están en mí, que mi voz, mis murmullos o mis gritos que provocan las represalias de los guardias, son sus murmullos y sus gritos?

Cristo ha prometido venir a morar en aquellos que guardan sus mandamientos. Yo no los guardo totalmente, pero, no obstante, él vino. Es mucho más generoso que su palabra. O tal vez para él el remordimiento de no haber cumplido los mandamientos es lo mismo que cumplirlos.

Tal vez haya algo más. Pienso que debe haberse aburrido en su cielo vacío. Yo soy su cielo real. Para él, el cielo no es cielo sin yo y otros como yo. Entonces vino. Pero vino.

Yo soy un *ani-hu*. Esto me da un enorme poder para hacer el bien. En mí está el Dios vivo.

Como San Pedro, quisiera exclamar: "Bueno es para nosotros que estemos aquí". Es mucho mejor estar contigo aquí en la prisión que cuando estaba en el púlpito. Entonces prediqué tantos sermones y escribí tantos libros sobre ti, que llegaste a ser un hábito en mí. Hablaba y escribía con tanta facilidad sobre las cosas cristianas que no tenía necesidad de prestarte atención a ti.

Y entonces me llevaste a la cima de la montaña, es decir, a esta celda subterránea. Aquí tú, y aquellos que se complacen en amordazarme aunque no grite, me enseñaron el silencio. Así se produjo lo asombroso, la unión mística, la realización del *ani-hu*. Tratad de alcanzar esto, mis queridos hermanos. *Amén*.

14

ENFERMO DE AMOR

Jesús:

En un lujoso dormitorio adornado con flores en un palacio real, un arreglo más bien teatral para el amor, la esposa del *Cantar de los Cantares* aguardaba que llegara Salomón.

Nosotros estamos enfermos de amor por ti en nuestras celdas de la prisión.

Ella estaba rodeada de doncellas que le servían. Nosotros estamos rodeados solamente de odio e iniquidad. Cada día se burlan de nosotros y nos castigan y nos torturan. Han pasado años desde que vi a un hombre que amaba o escuché una sola palabra bondadosa.

Jesús, ¡salta sobre las montañas que nos separan y acude a tus amados! Percemos. El espíritu dentro de nosotros

hace mucho que está agotado. No tenemos tu Santo Libro. Nuestros ojos derraman lágrimas día y noche.

¿Está bien que el que exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, que conoció en carne propia la angustia de la soledad, nos desampare?

Jesús, un corazón quebrantado clama a ti. Estoy cansado. Dame descanso. Tú que puedes cambiar un infierno en paraíso, que con una palabra, “Quiero”, limpiaste a un leproso, dame reposo. Salomón le dio a su esposa doncellas para que le sirvieran. Dame ángeles que me rodeen, pero, te lo ruego, ángeles a quienes pueda ver, no ángeles cuya presencia siempre tenga que imaginar.

Hasta hace algunas semanas, tenía al menos el consuelo de llevar almas a Cristo telegrafando el evangelio en código Morse a través de las paredes. Los guardias lo han descubierto. Y ahora han desocupado las celdas a mi derecha y a mi izquierda. Mi ser se ha tornado totalmente inútil. Me siento y aguardo el paso de esta vida sin sentido que consiste en comer dos veces por día una sopa asquerosa y soportar fastidiosas palizas. Aun éstas ya no tienen la excitación de la novedad. Los torturadores no tienen imaginación. Las penas que nos infligen son siempre las mismas. Y son tontas, además, porque lo he olvidado todo y no podría decirles ningún secreto acerca de la iglesia subterránea, aunque quisiera.

Lo que más busca la gente en la religión es conservar su ser por la eternidad. Yo quisiera librarme de mi ser y convertirme en “ti”. Si yazgo enfermo de amor y espero que tú vengas, no es con la esperanza de que des a mi ser, que aborrezco, vida eterna, sino que me lo quites. Entonces habrá en mi lugar otro ser, uno como tú, lleno de gracia y de verdad.

En el pasado, yo vivía horas pensando en lo que haría si fuera un rey, un mendigo, un millonario, una muchacha, qué haría si fuera el Papa, o el gobernante de mi país.

Ahora sueño cada vez más con lo que haré cuando sea como tú. ¿Tendré que volver a sufrir, tal vez peor que ahora? Tú tenías un cielo y lo abandonaste porque en una mota de polvo en tu universo infinito había una minúscula criatura, el hombre, y esa criatura sufría. ¿Qué pasaría si volviera a haber sufrimiento o rebelión en alguna parte de lo que llamamos erróneamente universo (yo lo llamaría más bien pluriverso, tan grande y variado es)? Yo sentiría como tú, y vendría a sufrir por los que se habían rebelado. Llevaría los males de otros y tomaría sobre mí sus enfermedades. Las profecías de Isaías se referirían también a mí.

En un tiempo fui tu discípulo. Entonces me hice obrero en tu mies. En el cristianismo hay tres grados, como en toda profesión y como en la masonería. De ser un discípulo y obrero, uno pasa a un grado más elevado. Yo he llegado a ser, como San Pablo, “perito arquitecto”.

¡Hay de los discípulos que nunca son obreros, y de los obreros que nunca son peritos! Son como los estudiantes perpetuos que nunca llegan a ser doctores o ingenieros. ¿De qué sirve el violinista que no trata de llegar a ser virtuoso?

De modo que me has traído a la prisión para hacer de mí un maestro. Pero mientras los discípulos danzan después de un día de labor, y los obreros duermen, el maestro permanece en vela hasta altas horas de la noche para planear el trabajo futuro y cuidar de todo lo necesario. Los maestros no tienen paz. ¿Tampoco yo tendré paz jamás?

No, no puedo llegar a ser como tú si continúo pensando estas cosas. ¿Fue por pensar que tú te convertiste en varón de dolores? ¿O te sucedió de la manera más sencilla, mediante la aceptación de lo que el Padre quería para ti?

La iglesia católica dice que tú tienes una elevada opinión de los teólogos escolásticos, que cuando Santo Tomás de Aquino terminó su *Summa Theologica* oyó tu voz que desde el cielo le decía: “Has escrito bien sobre mí, Tomás”.

Para mí todos ellos son inaceptables. Hicieron la verdad demasiado lógica. Desde luego, ellos no podían conocer la teoría de Heisenberg del indeterminismo de las partículas elementales. La norma de medición cambia el objeto medido. Esto no sólo es cierto en la microfísica. Un Dios a quien amo es diferente de un Dios que no es amado. Para los puros, es puro, para los díscolos, díscolo. No hay una verdad absoluta. La verdad es una dirección, no un logro. La verdad acerca de Dios es diferente para cada hombre.

Pero de todos modos los teólogos escolásticos hicieron una diferencia entre lo que ellos llamaron en latín *mens agens* (la mente activa) y *mens patiens* (la mente pasiva). La mente activa atraviesa valles y montañas y cuevas para hallar la verdad. La mente pasiva yace enferma de amor y, como una cinta magnetofónica, se limita a registrar lo que oye.

Mientras otros cristianos salen al combate, los maestros, aquellos que tienen mentes pasivas, permanecen tranquilamente en el lugar santísimo del templo. Saben que un Dios que tiene que ser defendido por mí, un Dios cuya arca santa puede ser volteada por los bueyes de modo que yo tenga que colocarla en su lugar, no es digno del nombre de "Dios".

Tú no necesitas defensores. No necesitas hombres armados con palos que luchen por tu causa. Lo que buscas son adoradores en el sentido más elevado, esto es, amantes-hombres que te amen, serena y tranquilamente, suceda lo que sucediere a su alrededor.

Tú buscas almas en las que haya reposo, quietud, inmovilidad, porque sólo estas pueden reflejar los esplendores del cielo.

Tú fuiste tan grandemente amado por Dios porque reflejaste en serenidad su gloria. No temiste convertirte en varón de dolores. Ni siquiera pensaste en ello. "*Ehjah asher ehjah*", le dijo Dios a Moisés. Esto puede traducirse no sólo como "Yo soy el que soy". También tiene el significado de "Yo

seré el que llegue a ser". Cuando eres un hijo de Dios llegas a ser tranquilamente lo que llegas a ser por la voluntad del Padre y por la operación de sus leyes. La fuente se convierte en río, el huevo se convierte en pájaro, el capullo en flor. el ser viviente en cadáver, el mar tranquilo se torna tempestuoso, el mar tempestuoso se sosiega. No hay nada en que pensar. Yo me desarrollo hasta convertirme en ti, como una oruga se desarrolla hasta convertirse en mariposa. "*Ehjah asher ehjah*". Llegaré a ser lo que las leyes de la naturaleza divina de la cual soy partícipe me hagan llegar a ser. La oruga se convierte en lo que la ley de su naturaleza la hace ser.

Yo siempre fui muy activo. No hallando otro modo de lograr tu propósito, arreglaste que me pusieran en las piernas cadenas de cincuenta libras de modo que tuviera que permanecer sentado tranquilamente a tus pies, como María de Betania.

La mente pasiva siempre retorna de sus cacerías con las manos vacías, como Esaú, mientras la mente activa, Jacob, quedándose en casa, puede comprar la primogenitura de Esaú con un bocado de sopa.

La tranquilidad es el antídoto de todas las penas de esta vida. Es también el antídoto de las penas de la vida en la prisión y un escudo contra el temor al sufrimiento futuro.

La lucha es para aquellos que aún están presos de la vanidad de este mundo. En mi celda subterránea estoy como Moisés en la cima de la montaña. No puedo mantener las manos vueltas hacia arriba. Soy muy débil para eso. Estoy solo. No tengo un Aarón o un Hur que me sostengan los brazos. Pero elevo mi corazón hacia arriba, y sé que así Israel se torna invencible.

Yaceré enfermo de un ardiente amor y no haré esfuerzo alguno para pensar en lo que haré cuando me convierta en ti. En mi celda no hay nada para estimular la mente activa.

La mente pasiva simplemente repiensa en tranquilidad un pensamiento que desde siempre ha sido pensado por Dios. Repetimos lo que el Espíritu Santo registró mucho ha en nuestras mentes.

Gracias, amado Jesús, por ponerme en esta celda solitaria con el propósito de hacerme una mente maestra. Gracias por la paralizante enfermedad del amor. No aspiro a nada más sino a que mi ser pase y mi último aliento tome la forma de una flor más en la guirnalda con la cual eres hermosado. Y si la suerte de esa flor fuera marchitarse en otro Gólgota, no tengo por qué preocuparme por ello ahora.

Ahora, solamente amo. *Amén.*

15

EL SABAT MAS COMPLETO

Alma mía querida:

Mientras estaba en libertad, visité muchos asilos para enfermos mentales. Con algunos de los orates uno podía tener conversaciones muy agradables. Algunos de ellos eran hombres de una inteligencia excepcional. Sólo a veces, repentinamente, se entregaban por algún tiempo a una conducta irrazonable, que no duraba mucho.

Yo estoy reducido al auto-diagnóstico de alguien que no es un psiquiatra. Ningún doctor me ha visto para decirme qué me está sucediendo. A veces temo por mi lucidez. Tengo la impresión no sólo de que puedo ver y entender las cosas correctamente, sino de que puedo ver a través de ellas. En verdad, yo dirijo los interrogatorios. Hago que el interrogador me haga las preguntas que yo quiero. Siempre logro apartarlo de temas en los cuales no me siento cómodo. Lo

induzco a discusiones que duran muchas horas acerca de la relación entre el marxismo y el cristianismo, hasta que olvida para qué me ha llamado. Siento que podría predicar o escribir como nunca antes. Y entonces, de pronto, mi mente se confunde, se oscurece, se llena de pensamientos locos. Empiezo a gritar sin ningún motivo obvio. Aporro la puerta de la celda gritando: "Devuélvanme a mi Mihai. Devuélvanme a mi hijo".

Las cosas se están poniendo cada vez peor. Es un *sabat*. Esta vez no sólo estoy con un chaleco de fuerza y amordazado, sino también con pesadas cadenas en los pies que me impiden andar. Un día de reposo. El *sabat* más completo que he disfrutado en mi vida. No puedo perturbar mi reposo ni aun con un movimiento de las manos, los pies o los labios.

Al principio sentí el impulso de preguntarle a Dios, como le preguntó Santa Teresa: "¿Por qué nos tratas así? No me extraña que no tengas muchos amigos". Yo quise decirle a Dios: "Puedes hacer todo lo que esté en tu poder para destruir mi confianza y mi amor hacia ti, pero no lo lograrás". Pero entonces decidí darle un descanso. Que él también disfrute de un *sabat* completo, sin que lo perturben mis reproches.

Una vez más te hablaré sólo a ti, alma mía, mi único tesoro. Espero que esto no sea una blasfemia, porque creo que tú eres uno con Cristo —con Cristo que se ha humillado otra vez, para ser pecado y hombre lleno de fragilidades dentro de mí. Tú eres él, y por consiguiente tú eres la joya. En todo caso, no tengo obispo, ni teólogos, ni ancianos de la iglesia que censuren lo que pienso. Así que te llamo como quiero, mi único tesoro.

Entra en *sabat*, alma mía. Supera tus ansiedades y tus dudas. Tus pecados son perdonados. No sólo los pasados, sino también los futuros. Si no me crees, cree a Spurgeon. El también dice exactamente esto. Aunque me pregunto por qué tendrías que creerle más a Spurgeon que a mí. Entra en

sabat, alma mía. Estás salvada del miedo al juicio. No tienes ni siquiera que juzgarte a ti misma. Puedes pensar en ti con toda objetividad, como si fueras algún otro.

Sintiéndote perdonada, no debes preocuparte más, pero simplemente no está bien que tanto de tu culto haya sido honrar a Dios con los labios solamente, permaneciendo el corazón lejos de él. No te lo reprocho. No pudo ser de otra manera. Jesús dijo: "La hora viene, y ahora es...". No somos de una sola pieza. Mientras para una parte de mi alma la hora de adorar en espíritu y en verdad ya está aquí, para otra parte aún está por venir. Lutero enseñó que somos "*simul justus et peccator, comprehensor et viator*" (al mismo tiempo justos y pecadores, hombres que han alcanzado la meta y viajeros hacia ella). No te pido, alma mía, que te juzgues y condenes a ti misma, sino más bien que te esfuerces por amar y adorar con todo tu corazón, con toda tu alma.

Pero teniendo en mi alma buenas y malas inclinaciones, ¿cómo puedo amar a Dios con todo mi corazón? La respuesta de la Kábala, la antigua enseñanza mística del pueblo judío, es: "Sirve a Dios también con tus malos impulsos, entonces le servirás de todo corazón". Si entiendes, entiendes. Si no, ninguna explicación ayudará.

Pero tu religión debe llegar a ser una realidad plena. Aunque alterques con Dios, como David y Job altercaron con él en circunstancias similares, debe ser un altercado profundamente religioso, de todo corazón.

El hijo pródigo, cuando retornó al hogar, no se detuvo en casa de una tía o de un vecino. Fue directamente a su Padre. Aun detenerse en Jesús es erróneo. Jesús enseña que por medio de él debes arribar al Padre, al Altísimo, el Dios de dioses, el punto más elevado de la escala de Jacob.

"Religión" viene de una palabra latina que significa "religar". ¿Te sientes tan atado a Dios como lo estoy yo en este chaleco de fuerza y estas cadenas, de modo que no puedes moverte a no ser que él te desate?

No dejes que las palabras ocupen el lugar de la realidad. En hebreo, "*davar*" es un homónimo que significa "palabra" y "cosa". El genio del idioma hebreo exige que las palabras sean cosas. No olvides, alma mía, que es tu privilegio ser un alma judía. Aquí entre los "internacionalistas" comunistas, que tienen como fundador de su partido a un judío antisemita, Marx, ser judío significa un castigo más. Pero delante de Dios significa mucho, y coloca sobre ti una responsabilidad especial.

No te quedes en la esfera de las palabras y los nombres. El nombre de uno de los sumo sacerdotes que mataron a Jesús era Annás, que en hebreo significa "piedad". ¡Y qué hombre despiadado era!

Entiéndeme bien, alma mía. No te juzgo ni te reprocho. Los juicios a uno mismo son siempre falsos. La vida es muy complicada, y en esos juicios erramos siempre, aplicando a la vida un solo criterio. En justicia, las acciones humanas deberían ser valoradas según muchos criterios.

Una palabra puede no ser verdadera pero ser útil. Se rumorea que en la conferencia de Teherán Churchill dijo: "La verdad es tan preciosa que tiene que ser rodeada por una numerosa guardia de mentiras". Una sentencia terrible. Pero me pregunto quién podría ganar una guerra con armas militares o diplomáticas sin emplear el engaño. San Pablo lo usó cuando, después de llamar al sumo sacerdote "pared blanqueada" y echarle una maldición, se disculpó diciendo que no sabía que era el sumo sacerdote. Usó de un engaño cuando, a fin de dividir a fariseos y saduceos, exclamó: "Soy fariseo . . . acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga", lo que no estaba para nada en cuestión. Usó del engaño, o si queréis una palabra más suave, de la diplomacia, al circuncidar a Timoteo, aunque había escrito que cualquiera que practicara el ritual judío caía de la gracia. Hay palabras que tienen por finalidad no impartir la verdad, sino elevar a los hombres al reino del miste-

rio; otras pueden embellecer la vida o hacerla más fácil de soportar. Este es el caso de las obras de arte y los cuentos humorísticos. Algunas palabras pueden no ser verdaderas pero pueden ser un valioso medio de auto-defensa y de defender a los inocentes. Tales son las palabras con que yo desconcierto a mis interrogadores. No existen solamente verdades y mentiras. Hay también etapas intermedias entre ellas.

La humildad a veces es buena y otras es mala. ¡Qué catástrofe si Koch, el descubridor del bacilo de la tuberculosis, por humildad, hubiera abandonado cuando todos los miembros de las academias científicas atacaban su descubrimiento! El era auto-afirmativo. También lo fue Atanasio. En su debate con Arrio, el hereje, no podríais detectar el menor rastro de humildad. En vano se lo buscaría en Wycliff o Lutero.

No se puede juzgar las acciones humanas de acuerdo con criterios aislados como veracidad, amor, humildad o religiosidad.

Y luego, hay en nuestra psiquis una ley objetiva. No siempre puedo hacer las cosas que quiero. Hay reacciones e impulsos naturales que no puedo dominar, como no puedo dominar los latidos de mi corazón, el trabajo de mis riñones o el movimiento de las estrellas en el cielo. Son cosas que no están sometidas a mi voluntad. Fuerzas ancestrales están batallando en mi interior. Soy descendiente de hombres que por dos mil años han rechazado el cristianismo. No es fácil implantarlo en un alma que lucha contra semejante herencia.

No te juzgo ni te condeno, alma mía, pero pongo delante de ti esta noble tarea: sé cristiana de todo corazón.

¿Cómo? Realmente no lo sé. Puedes reconocer fácilmente a los falsos maestros por el hecho que conocen todas las respuestas a todas las preguntas.

Pero tal vez mi estado actual sea una indicación para ti: entra en completo *sabat*. No te muevas, como yo no me

nuevo. Lao Tse recomendaba la inacción como el tipo más elevado de acción.

Simplemente confía, sabiendo que Jesús tiene en sus manos las riendas del asno.

Te contaré una historia.

Un predicador fue un Domingo de Ramos a predicar a una congregación de vaqueros, que estaban acostumbrados a domar potros salvajes. Cuando terminó de contarles cómo Jesús entró en Jerusalén montando un pollino que nadie había montado antes, y cómo fue recibido con gritos de alegría y la gente agitando ramas de palmera, los vaqueros lo rodearon exclamando: “¡Jesús era uno de nosotros! ¡El también era un vaquero!”. El predicador no entendió, así que le explicaron: “Si usted montara un asno que nadie había montado antes, y a su alrededor miles de personas estuvieran gritando y agitando ramas en la cara del burro, usted, pastor, habría terminado debajo del animal. Si Jesús pudo mantener quieto al asno, créanos, tenía la mano fuerte y la habilidad de un vaquero”.

Deja las riendas en la mano de Jesús. El ha hecho santos de ladrones y asesinos. El puede hacerte santo, también, con tal que lo dejes obrar por sí mismo. Es el *sabat*. No odies. Sé siempre como estoy yo, amordazado, hablando solamente cuando es para honra del Señor y para el bien de su obra.

Es el *sabat* más completo imaginable. No tengas temor siquiera de equivocarte. Eres un peón en las manos de un maestro ajedrecista. El no perderá la partida.

Abandona tus remordimientos, los terribles “si”: “Si solamente hubiera procedido de otra manera”. No podrías haber hecho otra cosa. No hay libre albedrío. Eres lo que la herencia, la educación, el medio social y las influencias de ángeles buenos y malos han hecho de ti. En último análisis, esto significa que en cada etapa de tu desarrollo eres exactamente lo que Dios quiere que seas en ese momento.

Abandona tus dudas. La vida es incalculable. No conocemos ni siquiera un átomo de los cinco octillones de átomos que constituyen nuestro cuerpo. No conocemos nuestros genes. No conocemos las complejidades de nuestras almas, ni lo que sucede en nuestro subconsciente. Puedes permanecer en *sabat* solamente confiando en que tu vida ha sido calculada por Aquel que conoce cada gota de lluvia y cada cabello de mi cabeza. Cada paso de nuestra vida peregrina está contado.

Confía en él, aunque me mate. Este es el único consejo que puedo darte. *Amén.*

16

NO HAY DIOS (meditación)

Nuestros opresores dicen: "No hay Dios". Y nos piden que nosotros también reneguemos de Dios como condición para nuestra libertad.

Me pregunto si no debería hacerlo.

Nuestras experiencias en las prisiones comunistas nos han ayudado a entender muchas partes de la Biblia en una forma nueva. No estoy de acuerdo en que debamos considerar necios a todos los ateos porque David haya escrito: Dijo el necio en su corazón, no hay Dios". Ante todo, aun de acuerdo con la Biblia, sólo es insensato el hombre que lo dice en su corazón. Merece ese nombre porque no dice francamente lo que piensa. No podemos ampliar el uso del término para describir a aquellos que sincera y francamente nos dicen que su experiencia de la vida los ha hecho ateos convencidos.

La fe de algunos cristianos a mi alrededor ha sido destrui-

da por el peso del sufrimiento. Job dijo: “¡ Oh, que pesasen justamente mi queja y mi tormento, y se alzasen igualmente en balanza! Porque pesarían ahora más que la arena del mar . . .”. Ahora hay otra vez prisioneros en las celdas contiguas. Un prisionero cristiano acaba de leerme —en Código Morse— una breve poesía titulada “Dios, te perdono”. La compuso después de pasar una terrible tortura. Otros hallan más alivio para su mente en negar simplemente la existencia de Dios, en lugar de acusarlo o perdonarlo. Yo no puedo llamarlos necios.

Y luego, los hechos científicos que hoy conocemos eran desconocidos en los días de David. Algunos científicos modernos, analizando los hechos, han llegado a la fe. Otros, en el mismo laboratorio, teniendo delante de ellos los mismos hechos, se han vuelto ateos. En justicia, hemos de decir que la realidad material es susceptible de ser interpretada de ambas maneras, así como hay dos teorías sobre la naturaleza de la luz. ¿Es justo que un grupo de científicos diga que el otro es un montón de necios?

Yo creo. Mi opresor no cree. Eso es todo. El es un opresor, yo no lo soy. Pero yo tengo mis pecados que él no tiene, y pueden ser mucho más atroces que los suyos. San Pablo se consideraba a sí mismo como el primero de los pecadores. Yo le creo cuando lo dice, como le creo en otras cosas. Fue él el primero de los pecadores, no Annás o Caifás, ni Judas, ni los torturadores y verdugos romanos. San Pablo conocía hechos sobre su vida que nosotros no conocemos. También conocía todos los horribles hechos de aquellos que eran responsables de la muerte del Hijo de Dios. No había en él falsa humildad. Si, después de comparar lo que sabía sobre sí mismo con lo que sabía sobre esos otros, dijo que él era el primero de los pecadores, no tengo razón para disentir con él.

Probablemente los hermanos que están en libertad me miren como un mártir. Piensan en sermones que me han

oído predicar. Han leído algunos de mis libros. Han tenido agradables conversaciones conmigo. Pero ellos no me conocen. Yo me conozco. No soy mejor que mis torturadores. Sólo que mis pecados son de diferente categoría.

Las opiniones del opresor son tan válidas como las del oprimido. El no cree. Yo creo. El tiene los mismos derechos que yo. Yo no puedo llamarlo necio.

¿Negar a Dios? Hay un sentido en el cual cualquier cristiano puede hacerlo.

El gran místico Meister Eckhart enseñaba que un discípulo de Jesús, después de haberlo dejado por amor de él, debía al fin dejar también a Dios. Esto me parece evidente por sí mismo. En el momento supremo de la unión sexual, los que están unidos no son conscientes de la existencia separada del compañero. En momentos supremos de unión mística, yo, el pensador, Dios el objeto supremo de mis pensamientos, y la acción de pensar se hacen una sola cosa. Este es el cumplimiento de "Oye, oh Israel, el Señor tu Dios uno es". Sólo el hombre que aún no se ha unido con Dios es el que tiene un Dios. En un sentido, hay un ateísmo religioso, más allá de la etapa en la cual el hombre tiene un Dios.

¿Qué he afirmado cuando digo "Dios existe"?

San Juan Crisóstomo dijo que la expresión "Dios" no es el nombre de su ser o su existencia, y que no es posible hallar el nombre propio de ese ser. San Agustín dice que no es lícito llamar a Dios aun "el inexpresable", porque aun con esto se expresa algo acerca de él.

Maimónides, y muchos otros con él, pensaba que la mejor manera de conocer a Dios es la *vía negationis*, el camino de la negación, que consiste en negar todo lo que acerca de él se puede decir con palabras humanas.

Cuando Moffatt fue como misionero al Africa, quiso explicarles un tren a los nativos que sólo conocían la carreta de bueyes. Así que puso dos pedazos de madera en el suelo,

para simbolizar los rieles. Puso unas cuantas carretas una detrás de otra. A la primera carreta le unció un par de bueyes, y colgó una tetera alrededor del pescuezo de uno de ellos. Esto —explicó— representaba un tren. Si cualquiera de sus oyentes se hubiera animado a negar la existencia de semejante cosa, hubiera tenido razón, y no el misionero.

Así pasa con Dios. Los que niegan lo que nosotros afirmamos acerca de él pueden estar muy cerca de la verdad que nosotros.

Las palabras humanas surgieron de la necesidad de los hombres de comunicarse unos con otros en la caza, el cultivo de la tierra o el matrimonio. Luego proyectamos las palabras en el campo espiritual, que es totalmente diferente. Las palabras son inadecuadas —y también la palabra “Dios”.

Un monje una vez acordó con un hermano que el que primero muriera trataría de volver a describir el otro mundo. El primero en morir cumplió su promesa. Cuando el vivo le preguntó en latín: “*qualiter?*” (¿cómo es?), la respuesta fue “*totaliter alter*” (totalmente diferente).

Los cristianos usan palabras para los mejores atributos de Dios. En cuanto a algunos otros —por ejemplo, su terribilidad (“el terror del Señor” como lo llama la Biblia) y su vengatividad, prefieren guardar silencio, porque piensan que lo que es repulsivo en un carácter humano debe ser también inadecuado para Dios, un pensamiento que considero tonto. Muchas cosas que serían una vergüenza en un niño son permisibles en un hombre. Dios no puede ser puesto en palabras.

“El Tao (Dios) expresado no es el Tao real”, dice Lao Tsé.

Si los comunistas ven en Dios sólo una palabra, y yo mismo no creo en la palabra, ¿por qué no negarlo y salir en libertad?

Formalmente, tendría derecho de hacerlo, y lo haría si no temiera que, haciéndolo, causaría daño a mis opresores.

Si yo digo “no hay Dios”, ¿hacia qué se desarrollarán ellos? ¿Cuál será el propósito de su vida? La Biblia dice que cuando Cristo aparezca seremos como él, y que los que vencieren se sentarán con Cristo y Dios en el mismo trono. Yo me estoy desarrollando hacia la divinidad, como el embrión se desarrolla hacia el hombre. Si en todo el mundo no hubiera hombres ni mujeres sino sólo un niño y una niña, no podríais decir que no existía la humanidad. Pronto habría un hombre. Si me desarrollo correctamente, pronto habrá un Cristo, un ser divino, sentado en un trono celestial.

Si niego a Dios, hago perder a mi torturador esa oportunidad de desarrollo. Lo dejo sin propósito en la vida y hago que pierda su alma, con las grandes potencialidades en ella ocultas.

Los hindúes llaman a Dios “No, No” en el sentido de que él no es nada de lo que nosotros presumimos que es. Aunque no haya Dios, yo pienso sólo en él, en lo que sería un mundo con Dios. Nunca olvidar que Dios es mi meta.

Les debo a mis torturadores el poder confesarles con palabras que puedan entender a Aquel que es un misterio para mí mismo, acerca de quien nadie puede decir el “cuándo” y el “cómo”, que es inaccesible, incomprensible aún para los genios religiosos, y que sólo puede revelarse a sí mismo en el sentido etimológico de la palabra “re-velar”, es decir, poner otro velo sobre su faz reduciéndose a la esfera ridículamente humilde de las palabras.

No, no lo negaré. Mi mente no sabe quién es o dónde está. Cuando me colgaron de los brazos, con los dedos de los pies apenas tocando el suelo, y bajo otras torturas similares, no tuve evidencias de que exista. Estuve tentado a acusarlo, como se animó a hacerlo antes que yo Santa Teresa,

la gran mística cristiana: “Oh, Señor, no es extraño que tengas tan pocos amigos cuando me tratas tan duramente”. Pero creo en el incomprensible y terrible. Creo que es amor, aunque en este momento no sienta nada de su amor. Tengo que creer en su expresión en un sacrificio hace dos mil años. No lo dejaré, ni lo negaré, aunque él me deje. *Amén.*

LA IRRAZONABILIDAD DEL AMOR

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez me encontré con una mujer que era misionera en Africa. Era renombrada por su extremado celo en el servicio de la gente. Al principio nuestra conversación fue superficial. Después, lo profundo habló a lo profundo. Pude preguntarle: “¿Qué es lo que le impide sentarse tranquilamente a pasar horas y días con el Cristo a quien ama? ¿Qué la empuja a dejarlo y correr a la actividad exterior?”.

Había tocado un punto neurálgico. Admitió que era hipercelosa porque no estaba segura de la justicia de lo que estaba haciendo. Me dijo: “Jesús dijo: ‘Si fuerais ciegos no tendríais pecado’. Yo fui a un pueblo ciego, mahometanos, que no sabiendo acerca de Cristo, no tenían el pecado de la incredulidad. Dios no podía reprocharles sus creencias erróneas, puesto que no habían oído nada mejor. Ahora yo les

hablo de Cristo. Casi sin excepción, ellos rechazan mi mensaje. Pero lo han oído. Luego ahora tienen pecado. Con mi actividad misionera estoy haciendo más mal que bien. Es imposible convertir a los mahometanos. ¿Entonces por qué cargarlos con un conocimiento que no pueden aceptar?”.

Ella amaba a aquellos mahometanos. Pero había llevado su amor y su preocupación por su salvación al tribunal de la razón. Una vez que dejas que la razón, a la que Lutero llamaba “la bestia” juzgue los sentimientos, éstos siempre son derrotados. Desde el punto de vista de la razón Romeo fue un insensato. ¿Cómo probarle a la razón que hizo bien, en morir por una Julieta cuando en Verona había millares de Rosalindas igualmente encantadoras?

La razón os hablará de la locura de la cruz. Jesús era joven, hermoso, vigoroso. Hubiera podido ganarse bien la vida como carpintero o como doctor de la ley. Hubiera podido casarse y disfrutar de la vida, y seguir siendo religioso y filántropo. ¿Por qué morir para salvar a personas que no quieren ser salvadas? ¿Por qué ofrecer una religión que no será aceptada, ni aun escuchada por la gran mayoría de la humanidad, y que será practicada sólo por algunos santos aislados?

¿Quién concebiría un proyecto tan irrazonable? Sólo San Pablo se animó a responder esta pregunta. Un estremecimiento nos corre por la espina dorsal cuando oímos la respuesta. Este plan de salvación surgió de “la insensatez de Dios”. La Biblia es el único libro religioso que contiene una expresión semejante, que debe ser considerada seguramente como una blasfemia por todas las religiones del mundo, inclusive el cristianismo —“¡la insensatez de Dios!”.

El amor debe someterse a la condenación de la razón. Le dije a mi amiga misionera: “Siga los impulsos del amor. No trate de justificar sus acciones con argumentos”.

En la prisión usamos la misma irrazonabilidad. Cuando oímos los gritos de alguien que está siendo castigado, todos

los otros empezamos a aporrear las puertas, gritando: “¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Basta de golpes!”. No hay nadie que nos oiga, salvo aquellos que están pegando y que, en lugar de pegarle a uno, nos pegan a todos, uno después de otro. Se oye abrir las puertas. Ahora es el cuarto prisionero a mi derecha. Sigue el tercero. Faltan solamente dos. Luego oigo los gritos de mi vecino más cercano. Faltan sólo dos o tres minutos —cuán largos son esos minutos— y luego me golpearán a mí. ¿Qué sentido tiene aquí una protesta colectiva? ¿Qué sentido tiene expresar la solidaridad con los que son golpeados? Es una insensatez, lo que significa que es amor puro. El amor no piensa en lo que logrará, lo que ganará. El amor no piensa nada. Al amor no le preocupa la razón. ¿Por qué habría de preocuparle?

Si hemos de amar a nuestros enemigos, ¿por qué no amar también a la razón, esa crítica amarga? Podemos lograrlo. Pero nunca persuadiremos a la razón a que ame al amor. La razón consideraba que Jesús y Pablo eran locos. Mi razón también me condena como loco.

Esta vez alcancé el paroxismo de la irrazonabilidad. Cuando entraron los guardias para darme mi parte de golpes, salté sobre uno de ellos, emprendiéndola a puntapiés. Yo soy delgado. Ellos son tantos, y tan fuertes... Fue una locura. La razón me dice: “Cristo te enseñó a volver la otra mejilla”. Yo respondo: “¡Cállate! Tengo que volver la otra mejilla cuando me peguen, no cuando mi hermano es torturado y toda mi nación es oprimida”.

Ahora me han castigado durante no sé cuanto tiempo, en una celda de la cual me habían contado. Está llena de docenas de ratas que, estando hambrientas, saltan a mi alrededor no dejándome dormir.

Acabo de pasar aquí las primeras horas. No estoy cansado. Observo a las ratas y me recuerdan la ley de Heisenberg del indeterminismo de las partículas elementales. (Qué tontería pensar en la física en tales circunstancias.) Cuando se hierve

agua, se sabe que toda la masa de moléculas entra en rápido movimiento, pero es imposible predecir lo que hará cada molécula. Algunas continúan moviéndose a la antigua velocidad, y otras aun hacen más lentos sus movimientos. Lo mismo observo entre las ratas. Yo había pensado en ellas como especie. Pero las ratas son también individuos, y cada una tiene su propio carácter. Algunas corren alrededor buscando un alimento que no existe. Algunas tratan de roer los trapos que tengo en los pies. Yo no las espanto. Algunas se roen su propia cola. Algunas parecen resignadas como filósofos. Se sientan tranquilamente y aguardan la muerte. Han abandonado la búsqueda.

¡Queridas ratas! Está escrito: “Los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida”. Y Dios les da su alimento. A veces les da como alimento los cuerpos de sus santos. ¿Y por qué no? Si un santo come la carne de un cordero inocente en una ceremonia religiosa, ¿por qué no habría de llegarle su turno, y su propia vida inocente ser comida por un león? ¿No deberíais también vosotras, ratas, buscar vuestro alimento de Dios? Yo acostumbraba decir todos los domingos que Dios es el hacedor de todas las cosas, visibles e invisibles. Así que él es también vuestro hacedor, aunque no veo la menor razón para que existan las ratas. Pero tampoco los comunistas ven ninguna razón para que yo exista. Los pensamientos de Dios no son mis pensamientos.

Se dice que San Francisco de Asís hacía que los pájaros alabaran a Dios a su mandato. Se supone que San Antonio de Padua llamaba a los peces a la orilla para que escucharan sus sermones. ¿Y las ratas?

¡Ja, ja, ja! ¡Caíste, Richard! Tus carceleros tienen razón de ponerte ocasionalmente un chaleco de fuerza. Estás decididamente loco. Todo lo que acabas de decir es una pura insensatez. De acuerdo, sólo que me pregunto si no es “la insensatez de Dios”.

No te pregunto, razón, si mi amor y mi cuidado deberían extenderse también a las ratas. Yo también diría que deben ser exterminadas. Se comen las cosechas que necesitamos los hombres. Ellas dirían: "Los chacareros se comen las cosechas que necesitamos las ratas". Pero son portadoras de enfermedades. No sé cómo se defenderían de esto.

Mi mente está cada vez más confusa. Probablemente pronto voy a gritar.

Mi mente salta de las moléculas a las ratas. Ahora ha olvidado a las ratas y piensa en los cristianos. Recuerdo las trágicas palabras de Filipenses: "Ninguna iglesia participó conmigo". ¿Por qué estamos abandonados por los cristianos de otras naciones?

Su razón, probablemente, les dirá que no pueden hacer nada por nosotros. Pero ¿por qué siguen a la razón, que Lutero llamaba "la bestia" y no al amor? ¿Por qué no vienen a liberarnos, con el riesgo de ser derrotados y sufrir la misma suerte que nosotros? Sus estrategos pueden decirles que el balance del poder no está en su favor. Pero ¿desde cuándo el amor ha consultado a los estrategos? ¿Por qué un grupo de mil cristianos, viniendo como turistas, no atacan nuestra prisión, entran en los corredores y nos dicen: "No os hemos olvidado. Os amamos"? Puede ser una empresa insensata. Pero desde nuestro lado también era insensato aporrear la puerta de una celda cuando golpeaban a nuestro hermano.

Además los cristianos tienen todos sus ángeles guardianes. Cada uno tiene seis alas, lo cual quiere decir que están preparados para llevar mensajes. ¿Por qué no envían a sus ángeles guardianes los cristianos que no están encarcelados, para acariciar nuestras cabezas desfallecientes y hablarnos del amor? Yo siento la proximidad de esos ángeles, pero cuando les pregunto de dónde vienen casi siempre es de otra celda de la prisión o de un hermano en Rumania misma. ¿Podrán las fronteras humanas detener a los ángeles de otras naciones? ¿De qué tamaño son sus alas? ¿Son como las

alas de una gallina, que no puede volar, o como las alas de un águila?

¿Dónde está la irrazonabilidad del amor? Si son partícipes de la naturaleza divina, ¿por qué no participan también de la insensatez de Dios?

Preguntas tontas, queridos hermanos y hermanas. Si os he hablado esta noche ha sido para enseñaros una cosa: atreveos a andar por los insensatos, totalmente irrazonables senderos del amor. San Agustín dijo: "Ama a Dios y haz lo que quieras". Amad, y vuestras acciones insensatas serán más sabias que la sabiduría de los hombres. *Amén.*

18

LA LECCION DE LA CELDA LLENA DE RATAS

Queridos hermanos y hermanas:

La comunicación entre nosotros ha estado interrumpida por algún tiempo.

En la antigüedad, Dios envió un ángel que cerró las bocas de los leones para que no hicieran daño a Daniel. Estoy seguro de que hizo lo mismo por mí. El ángel fue enviado. Pero los ángeles son seres impredecibles. Si en su camino ven una flor cuyos pétalos están agobiados por una fuerte lluvia, se detienen para enderezarla. Se detienen a secar las lágrimas de alguien, o para ayudar a un asno sobrecargado a llevar su carga. Si encuentran a un niño, se detienen para acariciarlo. Mi ángel no llegó a tiempo. Las bocas de las ratas no se cerraron. Debido a ellas, no pude concentrarme.

Felizmente, no estuve mucho tiempo con ellas, sólo unas cuarenta y ocho horas. Luego volvieron a llevarme a mi

celda subterránea. Ir hacia ella fue como aproximarme al cielo.

Para mí no era un misterio que el cielo está abajo y no arriba.

Una vez tuve la visión de que era conducido al cielo. Hasta entonces había pensado que el cielo estaba arriba. Pero una hermosa ángel femenina que amorosamente me mostró el camino me explicó que, debido a que estaba muy alto para que muchos lo alcanzaran, debido a que tantos no podían soportar el frío de los picos celestiales, el cielo descendió en la persona de Jesucristo hasta estar más bajo que todo lo bajo. Por bajo que un hombre haya caído, el cielo está más bajo aún. Uno puede estar en el cielo no sólo en momentos de éxtasis sublime, sino también cuando comete un pecado grosero. El publicano que en el templo clamaba: "Dios, ten misericordia de mí pecador", descendió a su casa justificado. En ninguna parte se nos dice que dejara de ser publicano. Nunca expresó ese deseo. Pero porque oró correctamente, el cielo descendió debajo de él, al nivel de los publicanos que eran más extorsionadores que él. Pudo estar en el cielo mientras seguía siendo, por un tiempo al menos, publicano.

Encontré muy natural, pues, que la celda de las ratas estuviera arriba, y mi celda propia, este hermoso lugar de serenidad, estuviera abajo.

Mi tranquila celda a la que descendí es un cielo superior. Pero aún la celda de las ratas no está fuera del cielo. "En Dios vivimos y nos movemos." Si en Dios nos movemos, los cristianos que somos llevados a las celdas de tortura y vueltos a sacar de ellas nunca dejamos a Dios y su cielo.

¿Cómo puede una celda llena de ratas ser el cielo? Sobre esto quiero hablaros hoy.

Jesús en la cruz dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Nótese cuidadosamente el tiempo del verbo. No dijo ¿por qué me desamparas?". Empleó el tiempo pasado. Estaba hablando de un episodio ya en el pasado,

no de lo que estaba ocurriendo en ese momento. Pero ¿no era en ese momento que Dios lo había abandonado porque se había convertido en la personificación del pecado? ¿No fue la cruz, el Gólgota, el lugar del abandono?

Sí, pero yo experimenté los días con las ratas no como el presente, sino como un pasado hacia el cual miraba. No sólo creía que los cristianos estamos sentados en los lugares celestiales. Mi fe —o si lo preferís, mi imaginación, o mi locura— me mostró muchos lugares celestiales de belleza indescriptible. Escogí un lugar y me senté deliberadamente. Era un “lecho de flores”, y junto a mí estaba el “amado mío, hermoso y dulce”. Este lugar celestial, lleno de deleites, era mi estado presente en la celda de las ratas, y será mi estado por toda la eternidad. ¿Y entonces, qué de las ratas? Sólo podían ser mi pasado. Miré su roer como un sufrimiento pasado que molestaba, a mi ser real, a mi espíritu, tan poco como una azotaina que había recibido de mi madre treinta y cinco años antes. Era un asunto acabado.

Por eso es que Jesús, mientras en la cruz estaba pasando por el peor de los sufrimientos —desamparados por Dios— usó el tiempo pasado. Dijo que había sido abandonado, no que lo estaba en ese momento.

Todo hombre puede construir un futuro para sí, aunque sea sólo “un castillo de naipes”. Pero un imaginario castillo de naipes es un castillo muy real. A veces uno puede ser más feliz en él de lo que son los propietarios de verdaderos castillos.

De la misma manera puedo construirme un pasado imaginario (sólo que no lo considero imaginario, sino una realidad espiritual), y en ese pasado puedo situar al sufrimiento presente, la cruz o la celda llena de ratas. Huss, Cranmer y otros santos en el cielo ya no sienten el dolor de ser quemados en la pira, porque eso pertenece al pasado. Jesús ya no siente los dolores de los azotes y los clavos. El Gólgota

es un episodio pasado de su vida eterna. Y lo vivió como pasado aun cuando estaba en la cruz.

Insistiría demasiado sobre el hecho de que el verbo *sabachtani* está en tiempo pasado, de no ser por mi propia experiencia y la de muchos cristianos sufrientes. Hay una "anestesia religiosa". Fue eso lo que hizo que Pablo y Silas pudieran cantar después de una dura paliza y con los pies en el cepo.

Y luego siguió otra etapa. Las ratas pueden haber seguido ahí por lo que a mi cuerpo se refiere, y tal vez a las facultades inferiores de simple apercepción del alma. Pero mi conocimiento de ellas desapareció.

En las fiestas de bodas en Caná, Jesús transformó agua en vino. ¿Qué clase de vino? Se dice que la cambió en "buen vino". El director de la fiesta dijo: "Tú has reservado el buen vino hasta ahora". Sólo el vino añejo es buen vino. Así que no cambió el agua en vino nuevo. Hizo que hubiera sido vino durante muchos años. Uno no se hace santo cuando se convierte. Jesús cambia el agua en vino añejo. Hace que la ramera María Magdalena haya sido santa toda la vida. No hace cesar la tortura en determinado momento. Hace que nunca haya empezado. No os hace sentar en lugares santos en el momento en que os dais cuenta de ello. Hace que siempre hayáis estado sentados allí.

Los hombres cambian para bien o para mal el presente o el futuro de sus semejantes. Jesús es el único que puede cambiar el pasado. Así, pues, la celda de las ratas no existía más, ni aun en el pasado. El espíritu se había desprendido de la realidad externa y disfrutó del Esposo.

Cuando abrieron la puerta para sacarme, desperté. Ví las ratas. Tuve miedo y pensé que sería el cielo que me sacaran de allí. Pero sólo estuve fuera del cielo por unos minutos, mientras los guardias abrían la puerta, entraban y me hacían volver a lo que llaman la realidad y que yo considero precisamente una pesadilla.

Vivid las penas presentes como si fueran pasadas. Creed que Jesús ha cambiado todo vuestro pasado, borrando de él todo lo feo y triste. Esta es la clave de la felicidad, y yo la encontré en la bendita celda de las ratas.

Este descubrimiento es el que quería compartir con vosotros. *Amén.*

CONVERSACION CON MI HIJO MIHAI

Mihai:

Cuando la Santa Virgen entró en casa de Elisabet, su niño saltó de alegría. ¿Fue esto algo excepcional? ¿Entienden los niñitos? Hace algunos años nació en Yugoslavia un niño milagroso que a las seis semanas hablaba y contestaba preguntas. La Biblia dice "De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza".

En todo caso, tu madre y yo te hablamos de Dios desde que eras pequeñito. Creíamos que entendías.

Ahora tienes once años. Ahora sí entiendes. Sabes cuánto te amo. Durante horas interminables acaricio mi almohada y le hablo imaginando que eres tú. Jesús dijo que un trozo de pan era su cuerpo y el vino comprado en la cantina era su sangre. ¿Por qué mi almohada no puede ser tú? Todo objeto material puede soportar una realidad espiritual. Jesús

es puerta y luz y león y cordero. Las realidades espirituales pueden expresarse a través de toda clase de cosas, aun contradictorias.

Al abrazar mi almohada, se torna cálida y tengo la misma sensación que cuando oprimía tu cuerpo con el mío cuando eras pequeño. Canto y te hablo. La almohada se convierte en el conductor a través del cual el amor corre de mí a ti. No, no es el conductor. Aquí otra vez la razón está tratando de corregir mis sentimientos. Eres tú, tú mismo.

Ha llegado el final, Mihai. Ya no puedo soportarlo más. He guardado treinta píldoras. La tortura se ha vuelto demasiado penosa. Tengo miedo de quebrarme. Tomaré las píldoras e iré al que una vez, siendo un niño de cinco años, viste caminar por la habitación. Al que dijo: "Yo soy la resurrección y la vida".

El nunca prohibió el suicidio. No podía hacerlo. El mismo cometió una sofisticada forma de suicidio. Lo dijo: él mismo: "Nadie me la quita (la vida) . . . Pongo mi vida por las ovejas". El provocó su propia muerte. Pidió a los lobos que se tornaran corderos, lo que no estaba a su alcance. El único resultado posible, que él previó, era que los lobos lo devorarían. Su intención fue que, devorado por ellos, pudiera producir desde adentro el cambio que nadie puede hacer por su libre voluntad.

El entenderá mi suicidio. Y tú también lo entenderás un día, aunque tal vez no muy pronto. Tendrás que ser un niño sin padre, como yo me quedé huérfano a los nueve años.

Leí en alguna parte que el noventa por ciento de los hombres famosos fueron niños huérfanos. Una vez tú te quejaste: "Padre, tú conoces las respuestas a todas mis preguntas. Me haces dejar de pensar por mí mismo porque siempre tienes razón". Ya no me interpondré en el camino de tu desarrollo. Mi suicidio puede obrar par tu bien.

Mi última palabra para ti, Mihai, es: "Ama al Señor Jesús". No puedes pasarte sin él.

Tenemos un sistema telegráfico que funciona perfectamente de celda a celda. Supimos así que los comunistas están poniendo más y más de los suyos en la cárcel. Son personas que han pecado contra la ética comunista, contra las reglas del partido. Los comunistas también tienen su código de moral, que exige obediencia total a la línea del partido. Todo el mundo reconoce algún código moral. Los ladrones se reparten equitativamente lo que han robado juntos. Los torturadores creen de su deber ser implacables con el enemigo. Y todos desobedecen su ley moral. Es un hecho que Goering, el asesino de millones de judíos, salvó la vida de una familia judía. No fue leal a su antisemitismo. Nuestros guardias a veces nos hacen pequeños favores, o desobedecen de alguna otra manera la línea del partido, así como los cristianos aceptan la norma cristiana, pero pecan de una u otra manera. Nadie puede evitar el pecado. Aunque la religión de un hombre fuera la del propio diablo, con la firme decisión de cometer diariamente todos los pecados mortales, a veces tendría un momento de debilidad y permitiría escapar a una posible víctima. Con lo cual pecaría contra su religión.

No sé cuál será tu futuro desarrollo religioso. Tal vez tu madre esté presa también. Tal vez los comunistas te emponzoñen con el ateísmo. Tal vez tengas que criarte en las calles y te conviertas en delincuente. Tal vez llegues a ser un santo. Pero tengo a mi alrededor muchos santos. Son también pecadores y su única justicia es que participan en el perdón de los pecados.

Mihai, tú necesitarás al único que puede perdonar pecados. Aun los no cristianos conocen el perdón de pecados. Se lo conceden a sí mismos después de cada acción que su conciencia les reprocha. Pero cuando yo, un perverso, me

concedo a mí mismo, el perdón por mi perversidad, yo, el perverso, soy lo bastante inteligente para no creer en la absolución dada por el perverso al perverso.

Sólo el Justo puede absolverme de pecado. Tú pecarás, Mihai, seas lo que fueres y creas lo que creas. Necesitarás un salvador, aunque llegues a ser ateo, porque alguna vez pecarás contra tu ateísmo. Nadie es totalmente ateo las veinticuatro horas del día. Un conferenciante ateo me confesó el miedo que lo invadía cuando tenía que dar una conferencia contra Dios en una antigua iglesia transformada en club. Desgraciadamente, no hay un Dios de los ateos. Ese hombre hubiera necesitado perdón por el pecado de haber flaqueado en su creencia atea.

Tú necesitarás un salvador, Mihai. La vida te enseñará que, en mayor o menor medida, todos los hombres son mentirosos. Esto hará que no creas en ninguna salvación de los hombres. Necesitas a Dios como Salvador. Está escrito que Dios ha comprado a la iglesia con su propia sangre. Dios se hizo hombre, tuvo sangre, y la derramó por nuestros pecados. Sólo éste puede salvarte.

El es un Dios, y por consiguiente está fuera de nuestro entendimiento. Cuando eras pequeño no podías entender por qué yo no te dejaba tirar al suelo un reloj. ¡Hubiera hecho un ruido tan lindo! Te mostré una poesía del más grande de los poetas, Eminescu, y te pregunté qué era. Tú contestaste: "Letras negras en un papel blanco." Para ti en ese momento no era otra cosa. No sabías leer.

Así no puedes leer la Escritura de la providencia de Dios. Tendrás que sufrir y no entenderás por qué. Tal vez ahora mismo estés buscando alimento en un montón de basura, mientras en algunos países ricos los camiones de basura llevan alimentos desperdiciados. Tal vez llegues a la desesperación. Tal vez un día también tú estés sentado en una celda.

Porque él es Dios, sus caminos deben ser misteriosos, como los hechos de los científicos son misteriosos para el iletrado. Yo no tengo idea de por qué he tenido que sufrir tanto.

Pero lo que sé es que Dios está decidido a hacer de ti y de mí obras maestras. A Goethe le llevó cuarenta años perfeccionar el *Fausto*. Leonardo de Vinci trabajó decenios en la Gioconda. Te mostré el retrato del primero y te conté la historia. Eminescu reescribió unas treinta veces su gran poema "La estrella matutina". El martillo y el cincel de Dios te lastimarán una y mil veces. El escultor no le dice al mármol lo que intenta hacer con él. Cuando hayas llegado a ser una obra maestra de la gracia, admirada por los ángeles, entenderás el sufrimiento.

No entendiendo, sólo creyendo, aférrate a Jesús, el divino Salvador. Las cicatrices de sus manos son la prueba de su amor hacia ti. La mano que te castiga lleva las marcas de las heridas sufridas por ti. Cree que tu sufrimiento es necesario para tu propio bien y para el bien del todo del cual tú eres sólo una pequeña parte.

Y, comprado por un sacrificio, lleva una vida de sacrificio. El sacrificio de Cristo no basta. San Pablo dijo: "Cumpro en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo". ¡Qué notable expresión — lo que falta de sus aflicciones! Ser rechazado por su propio pueblo, traicionado por sus discípulos, abandonado casi por todos, azotado, coronado con una corona de espinas, crucificado y ultrajado — según la expresión griega de Pablo esto es una "penuria de aflicciones" (la misma palabra que se emplea en los evangelios al hablar de la viuda que dio de su penuria todo lo que tenía). Muchos miles de otras personas han sacrificado su libertad y sus vidas para dar a conocer la cruz del Señor. De otro modo está condenada a ser una pobre cosa incapaz de salvar a la humanidad.

Escoge el camino del sacrificio, Mihai. Yo no puedo. Yo estoy desertando a otro mundo. Pórtate mejor que yo, Mihai. Soporta lo que yo no puedo soportar. Ama a Jesús y aguanta hasta el fin.

Mihai, haz feliz a tu madre. Díle que la amo y que lamento haber sido a veces poco amable con ella.

Nota: En su libro *In God's Underground* el autor relata cómo a último momento los guardias, sin saberlo, sacaron de su celda el colchón en el cual había escondido las píldoras letales.

SERMON A LAS IGLESIAS DE OTROS LUGARES DEL MUNDO

Queridos hermanos y hermanas de Occidente:

El que os habla es un cristiano aislado en una celda de una prisión en Rumania.

Durante dos años he estado hablando por telepatía espiritual a mi antigua congregación, y creo que da resultado.

Ahora he decidido avanzar un paso más, y hablaros a vosotros en tierras distantes.

A fin de tener éxito, he guardado silencio durante largo tiempo. He cesado de predicar sermones a mi propia gente. He cesado por largo tiempo aun de hablar a Dios. No dejo que mi voz interior perturbe el silencio. Guardo silencio interior y exteriormente. Recordé que, antes de la caída de Jericó, Josué ordenó al pueblo: "No gritaréis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día que yo os diga: 'Gritad' ". Cuando el pueblo gritó, después de un pro-

longado silencio, los muros se derrumbaron. Hasta donde podáis alcanzar en espíritu depende de cuánto tiempo hayáis estado en silencio.

La voz de Jesús alcanzó a todo el mundo y se oye todavía después de dos mil años, porque se impuso silencio hasta la edad de treinta años. Silencio, aunque tenía tanto que decir.

Yo he guardado silencio por causa de vosotros. ¡Ahora escuchad!

El hombre que tiene un horizonte estrecho no puede pensar correctamente. El que sólo sabe lo que pasa en su habitación puede morir al minuto siguiente a manos de uno que ya ha penetrado en la habitación contigua con el propósito de matarlo. Si vuestro horizonte es vuestra parroquia, vuestra denominación o país, estáis condenados. ¿Qué si otro país ya ha preparado las armas para mataros? ¿Si alguna otra religión tiene percepciones valiosas que os son desconocidas, que pueden probar que puede asegurar la salvación?

Sólo el estratega que sabe lo que está ocurriendo en todo el frente puede pensar correctamente. "El mundo es mi parroquia", dijo Juan Wesley. El mundo (no el sentido de la Tierra, sino del cosmos), con todos sus habitantes y su Creador, es el horizonte del cristiano. No se conforma con menos que eso.

No me digáis que un horizonte tan amplio es solamente para los altos dignatarios eclesiásticos, y no para el grueso de los cristianos. No hay tal cosa como el grueso de los cristianos, pues cada cristiano es de la más alta jerarquía. Todo cristiano es partícipe de la naturaleza divina. Los cristianos piensan en términos de todo el cosmos y su Creador, así como piensan en términos de infinito y eternidad.

Yo, en mi celda solitaria, en las garras de la tuberculosis que ha invadido todo mi cuerpo, estoy sentado como en un teatro, con los ángeles, y observo todo lo que está aconteciendo, ha acontecido y acontecerá aún. Continúo unido a mi cuerpo sólo por un vínculo fluido muy débil. Mi espíritu

ha escapado del manicomio en el cual la humanidad, con su mentalidad maldita, está condenada a vivir.

Ahora veo la realidad tal como es: una carga que tengo que llevar.

Si Dios está en mí, toda la responsabilidad del cosmos es mía. "El que ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él." No me digas, Satanás, que yo no he guardado sus palabras. Tú no conoces nuestro vocabulario humano. Jesús no puso como condición para morar con nosotros que cumpliéramos su palabra, sino sólo que la guardemos. Yo no la he cumplido, pero la he guardado inalterada. No he acomodado versículos bíblicos a mis pecados, sino que cuando he cometido pecados he dejado inalterada la palabra. Como David, dancé delante del arca que contenía las tablas de los mandamientos que he quebrantado en mi vida personal. Pero David no abusó de sus poderes reales para cambiar los mandamientos.

Así que Dios mora en mí. Si mora en mí, trae consigo todas sus responsabilidades. Estas se tornan mías. Por eso es que Jesús dice que tengo poder para perdonar pecados o para retenerlos, para atar y desatar. Si Dios vive en mí y en vosotros, depende de nosotros que la belleza domine o que la humanidad se deteriore más y más.

Si Dios el Padre y Jesucristo moran en un cristiano, la tarea de éste es cambiar a los pervertidos, los inmorales, los obsesos, los ambiciosos, los ladrones; transformar un mundo neurótico en un mundo lleno de serenidad.

Si el Padre mora en mí, cada vez que alguien en el mundo dice "Padre nuestro", se dirige también al Dios que está en mí. Siento las oraciones de toda la humanidad como si estuvieran dirigidas a mí, como si mi dirección —celda número once en la prisión del Ministerio de Asuntos Interiores en Bucarest— fuera en realidad la dirección de Dios.

Yo acostumbraba preguntarme por qué la iglesia repite tan a menudo el Padrenuestro. Ahora lo entiendo. Cada vez

que lo digo, se me recuerda que la humanidad espera que yo y mis hermanos, portadores de la divinidad, hagan venir su reino —su reino de justicia y gozo. Tenemos que ver que su voluntad se haga en la Tierra. Tenemos que dar a los hambrientos el pan de vida. Tenemos que perdonar.

Ahora veo la explicación de las palabras: “No nos metas en tentación”. Dios no tienta a nadie. Pero él está en mí. Y yo puedo tentar a mi prójimo a pecar. Al decir estas palabras, se me recuerdan los muchos que quieren mantener su inocencia y piden a Dios no ser tentados. La oración está dirigida a mí también, porque Dios está en mí. Yo no debo tentar.

Somos yo y tú los que debemos librar al mundo del mal.

Estaba profetizado que Dios reuniría a los judíos dispersos en la tierra de sus antepasados. Dios no lo hizo desde el cielo. Había un hombre: Teodoro Herzl. El creó el Movimiento Sionista, y éste dio nacimiento al estado judío, donde ahora se congregan judíos de todos los países. Dios lo hizo por medio de los líderes Sionistas y de los pioneros que dieron sus vidas en sacrificio.

Los hombres oran: “Líbranos del mal.” ¡No esperéis que Dios lo haga desde el cielo! Dios está en vosotros, como en mí. La oración está dirigida también a vosotros. Vosotros debéis librar a la humanidad del malo. Las responsabilidades de Dios son vuestras.

Muchos de vosotros, hermanos y hermanas, sois libres. ¿No sabéis sobre la tragedia de muchos cristianos bajo el totalitarismo? Algunos de vosotros tal vez seáis indiferentes. Pero hay algo peor que la indiferencia. Es la indiferencia a la indiferencia. A algunos de vosotros quizá ni les interese que la iglesia se haya tornado indiferente a los clamores de millares de hombres martirizados.

Cuando yo oro: “Líbranos del mal”, no me dirijo a un Dios lejano, en alguna parte del cielo. Me dirijo a vosotros, aquellos en quienes Dios mora. Todas nuestras oraciones en

estos calabozos subterráneos son una apelación a vosotros también. La Kábala dice: "Dios con Israel es Dios. Dios sin Israel, no es Dios". Aun el más grande de los violinistas sólo puede producir música perfecta si tiene un buen violín. ¿Qué podría hacer sin un buen violín? ¿Qué puede hacer el Dios a quien oro, si todos sus obreros están en huelga y sus soldados se niegan a luchar?

Os veo congregados en vuestras iglesias, alabando a Dios con hermosos cánticos. ¿Pero por qué no dejáis tranquilo a Dios? Según el Talmud, Dios dice: "¡Oh, si los hombres se olvidaran de mí y empezaran a amarse unos a otros!".

¿No prestáis atención a las palabras de la Escritura: "¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hasiado estoy de holocaustos . . . No me traigáis más vana ofrenda . . . Aprended a hacer el bien . . . restituid al agraviado". Aliviar a los cristianos oprimidos por el totalitarismo es un servicio divino mucho más agradable que vuestras santas misas y liturgias.

Abou Ben Adhem despertó una noche de un sueño —dice la leyenda— y vio a un ángel que escribía en un libro de oro. Le preguntó: "¿Qué escribes?". El ángel respondió: "Los nombres de aquellos que aman al Señor". Preguntóle entonces si su nombre estaba en la lista, y el ángel le contestó: "No". De manera que imploró:

"Ruégote, pues,

Anótame como uno que ama a sus prójimos."

El ángel escribió, y se desvaneció. La noche siguiente

Volvió con una gran luz que lo despertó,

Y mostró los nombres benditos del amor de Dios,

Y he aquí, el nombre de Ben Adhem era el primero.

Jesús dijo que el segundo mandamiento, amar al prójimo, es semejante al primero, amar a Dios. Si nos amáis a los cris-

tianos de los países comunistas, amáis a Dios, porque Dios está en nosotros, en la celda once y la doce y la trece y en la celda de las ratas y en la celda reservada para las torturas.

Yo no puedo deciros qué debéis hacer por nosotros. Los pastores entre nosotros han sido heridos y las ovejas están dispersas. Cuidad a esas ovejas, reunidlas. Nuestras Biblias han sido confiscadas. Nuestras familias comen desperdicios. No sé cómo podéis llegar hasta ellas. Pero vosotros sois la morada del Dios omnipotente y omnisciente. El debe saber. Yo hablo a Dios. Esto significa que os habla a vosotros. Digo un Padrenuestro. Escuchad, está dirigido a vosotros: "Padre nuestro que estás en los cielos". ¿Qué cielo es más hermoso para él que vuestra alma creyente? El está en vosotros. "Líbranos del mal." El comunismo es malo. Todo totalitarismo es malo.

Hermanos y hermanas de todo el mundo, liberadnos.

Amén.

LO HICE SONREIR

Jesús:

Me pregunto si la mitología griega o hindú es simplemente una colección de fantasías, o si contiene una vaga aprehensión de la realidad espiritual.

Agni, a quien se adora en la India como dios del fuego, ¿tiene alguna existencia real? Lo llaman dios. Yo lo llamaría más bien ángel. Pero me gusta. ¿Y es posible que puedas excluir del cielo a un ser que me agrada a mí, tu amado?

La reina Isabel de España le dijo a Colón: "No sé si existe la tierra que vas a buscar. Pero si no existe, estoy segura de que Dios la creará como recompensa por tu fe".

Si Agni es solamente una figura mitológica, puedes hacerlo existir sólo para darme el gusto.

Me gusta debido a la siguiente historia: Se dice que en el

curso de una severa persecución de sus adoradores, uno de ellos fue quemado en la pira. Su alma llegó al cielo, pero Agni se negó a admitirla. El creyente protestó: “¿Pero no sabes que di mi vida bajo tortura por ti?” “Lo sé”, replicó Agni, “pero cuando te estabas quemando no te alegraste”.

¿No te gusta esta historia? Me recuerda cómo tú fuiste al Getsemaní cantando salmos.

Puedo imaginar lo triste que debes estar cuando un cristiano que murió en la cárcel va a decirte que ha llevado la cruz por ti, y presenta dos testigos: el hermano Murmurador y la hermana Disputadora. Tú cantaste cuando ibas a enfrentar tu arresto.

Ni puedo imaginar tampoco a tu madre como *mater dolorosa*, la madre atribulada llorando al pie de la cruz. Ella te enseñó desde la infancia que eras el Siervo Sufriente, que morirías crucificado, pero que resucitarías con el conocimiento de haber redimido a la humanidad. La veo yendo delante de ti en el camino del Calvario, cantándote salmos para alentarte, mientras las no iniciadas hijas de Jerusalén lloraban.

Ella era judía. En la misma noche de tu crucifixión debe haberse celebrado en la casa de San Juan el ritual de la pascua, durante el cual se cantaba. Ella debe haber cantado ese día y, como es santa, creo que lo hizo de todo corazón.

Antes de mi arresto vi a ciertas madres de jóvenes cristianos que estaban presos. Sus rostros resplandecían de gozo. Consideraban un privilegio tener mártires como hijos. La Santa Virgen debe haber estado aún más exaltada.

Olvidemos, pues, por un momento, Jesús, que tú y yo estamos en la cárcel. Lamento que estemos detenidos en una celda. Como tu carácter es permanecer con tus hermanitos, si uno de ellos está en una celda húmeda y tenebrosa, tú también tienes que estar preso con él. Tal vez me toque una pesada sentencia. Puede que te esperen años de cárcel. Tú sabes que no es culpa mía. Si tú estás parado y llamas a la

puerta de un hombre libre, depende de él si te abre o no. Si llamaras a la puerta de mi celda, sabes que sería en vano. El guardia tiene la llave. Así que entraste por la puerta cerrada. Entonces me invitaste a cenar contigo, lo que fue bueno. Poco después quisiste cenar conmigo. Yo no tenía mucho que ofrecerte. Tenemos una rebanada de pan por semana, y cada día un tazón de sucia sopa.

Pero olvidemos todo eso, y hagamos lo que hacen en todo el mundo los prisioneros cuando tienen compañía en su celda. Tratan de divertirse un poco.

Comenzaré por contarte un chiste. Tú debes haber oído muchos chistes en las fiestas de bodas y en las casas de los publicanos, y debes haber disfrutado al menos de algunos.

Una señora mayor una vez se sentó accidentalmente sobre su dentadura postiza y la rompió. Su esposo dijo, contrariado: “¡Qué catástrofe! ¿Qué vas a hacer ahora?”. Ella respondió: “No te aflijas. Veamos el lado bueno. Es mejor sentarse sobre nuestros dientes postizos que sobre los verdaderos”.

¡Qué optimismo!

Esto me recuerda que te diga la diferencia entre un optimista y un pesimista. El optimista dice: “Bajo este régimen todos nos convertimos en mendigos”. El pesimista replica: “¿Pero de quién mendigaremos?”.

Ven, Jesús, ¿no puedo hacerte reír un poco? Es verdad que los evangelios hablan de tu llanto, pero nunca de tu risa. Pero entonces, ¿cómo te rodeaban siempre los niños? Los niños no son atraídos por los hombres tristes.

Te contaré otra historia. Esta seguro que te hará reír.

Una vez un sultán conducía un lujoso carruaje sobre un puente. Los caballos se asustaron, volcaron el carruaje y el sultán cayó al río. En el puente estaba sentado un medigo llamado Osmán. Este no podía imaginar el mundo sin el sultán. De modo que saltó al agua y le salvó la vida al sultán. Se trajo otro carruaje y el sultán invitó al mendigo a

sentarse a su lado, como un honor por haberle salvado la vida.

Mientras se dirigían al palacio, el sultán dijo: "Osmán, te debo la vida. He decidido darte un bolso lleno de monedas de oro. Serás feliz y me recordarás siempre delante de Alá en tus oraciones. ¿Estás satisfecho con esta recompensa?". El mendigo estaba encantado, pero el sultán lamentó haberle prometido tanto. Así que le dijo: "No es bueno para ti tener tanto dinero. Los ladrones podrían matarte. Será mejor que te dé cien ovejas. Comerás su carne y beberás su leche y me recordarás delante de Dios. ¿Estás conforme con esto?". El mendigo, no teniendo elección posible, estuvo de acuerdo. Pero otra vez el sultán lamentó su generosidad y dijo: "Puede haber una epidemia y tus ovejas se morirían. Mejor será que te dé una pequeña cabaña. Allí podrás vivir en paz y orar por mí. ¿Esto te satisface?". El mendigo se mostró satisfecho de tener al menos una cabaña. Pero aun esto le pareció mucho al sultán. En ese momento el carruaje entró en el patio del palacio. Los sirvientes corrieron a recibirlo. El sultán dijo: "Dénle a este hombre una buena azotaina. Así me recordará toda su vida".

Estás llorando, Jesús. ¿No es una historia divertida?

Lo siento, te he puesto triste. En lugar de reír, estás llorando. Hubiera debido pensar en esto. Acabo de recordar al *Idiota* de Dostoievsky, el mejor retrato de un personaje cristiano. Nunca reía.

Lloras porque ves que se me caen los dientes por falta de sol y calcio. Pensaste en esto cuando te conté el cuento de los dientes postizos. Lloras porque los hombres dominan grandes países, transformando a otros hombres en mendigos, terminando con los ricos en lugar de terminar con la pobreza. No disfrutaste el chiste sobre el optimismo y el pesimismo. Lloras porque tú mismo fuiste víctima de la ingratitud. Fuiste azotado como el pobre Osmán porque salvaste

vidas. Fue una falta de tacto de mi parte el contarte esa historia.

¿Cómo comparecerás delante del dios Agni, Jesús? El te reprochará también a ti por no estar alegre. Toma esto como otro chiste. Yo conozco la verdad: será Agni el que comparecerá delante de ti. Pero la religión india es muy antigua, más antigua que la que tú estableciste. Las religiones antiguas son muy osadas, y Agni podría olvidar su posición de completa inferioridad delante de ti. Podría interrogarte.

Pero mientras tanto, ¿puedo decirte algo con toda franqueza? Tú insistes en compartir mi celda. Pero no es divertido estar contigo aquí. Bajo los nazis, tuve muchos compañeros de celda. Algunos de ellos me hacían olvidar todos mis sufrimientos. Sabían hacerme reír.

Yo he tratado de hacerte reír a ti, pero no es posible. Me pregunto lo que pasó en el horno, en los días de Daniel, cuando estuviste allí con los tres jóvenes. Salvaste sus cuerpos de ser quemados, así como mi cuerpo sobrevive milagrosamente al fuerte ataque de la tuberculosis. ¿Consolaste sus almas, o los entristeciste con tu infinita pena? Creo que debe haber sucedido esto último. La evidencia de esto es que, una vez liberados del horno, permanecieron en silencio para siempre. No se oyó una palabra más de ellos, ni aún una palabra de heroísmo.

A veces tengo la sensación de que tú vienes a nosotros los que sufrimos, no para consolarnos, sino para encontrar consuelo en nosotros. Tú llamaste al Espíritu Santo “el Consolador”. ¿Por qué, entonces, tuvo que descender el Consolador sobre ti en tu bautismo? ¿Tenías entonces —tienes ahora— gran necesidad de consuelo?

La mayoría de los grandes místicos han experimentado la noche oscura del alma, cuando se sintieron terriblemente solos, sin ti. Santa Gertrudis oraba: “Tú eres yo y yo soy tú”. Si esto es cierto de los místicos, entonces la noche oscura por la cual pasaban era sólo un reflejo de la noche oscura de

tu alma. Tú, que fuiste tentado en todo como nosotros, debes haber conocido también la aridez del alma. Las palabras del Cantar de los Cantares deben tener significado también para ti: "Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma; lo busqué y no lo hallé. Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma; lo busqué, y no lo hallé". Tú sabes lo que es estar sin consuelo alguno.

¡Qué estupidez la mía al tratar de contarte chistes!... Tu depresión es demasiado profunda. No puedes reír.

Cuando tenías cuatro o cinco años te contaron de los niños que murieron en Belén, y de Raquel que los lloraba. La culpa era del hombre que te recibió en el establo. Si él no te hubiera dado asilo su sangre inocente no hubiera sido derramada. Ya hombre, atrajiste la ira de Dios sobre Israel, pidiendo amor a aquellos que no tenían amor, pidiendo que los lobos fueran corderos, y provocando tu propia crucifixión, que era inevitable después de semejantes demandas.

Y así vino el castigo de Dios.

Desde entonces, todos los que te reciben y te aman tienen que llevar una pesada cruz. Tienen que crucificar sus apetitos —una penosa tarea. El dolor puede ser tan grande como el que tú soportaste en el Gólgota. Algunos tienen que morir en la cárcel. Algunos son torturados. Algunos son muertos.

Y tú sufres los sufrimientos de todos ellos. Tú soportas aún un dolor mucho más grande que el nuestro, porque nosotros sentimos sólo nuestros propios sufrimientos. Tú sientes los sufrimientos de todos. Tú necesitas más consuelo que nosotros.

Los chistes eran una manera equivocada de consolarte. Discúlpame. No soy más que humano. Mi intención era buena. Quería que te sintieras contento. Recuerdo cómo San Onofrio, siendo niño, te ofreció la mitad de su manzana y tú extendiste la mano desde un cuadro para tomarla. Re-

cuerdo la tradición ortodoxa sobre un niño de un circo que realizó su acto de malabarismo delante de tu ícono y cuando los monjes trataron de impedirselo, tú sonreíste en la imagen, mostrando tu aprobación. Pero esto sucedió en los primeros siglos, cuando los cristianos eran niños y podían creer en esas cosas. Tú debes haber sido más feliz entonces. Ahora tenemos una teología sistemática, en la cual no tiene cabida San Onofrio.

El único consuelo que puedo darte es decirte que yo, y millares de otros que sufren, te amamos. Aunque la bestia gobierne al mundo, cuando nuestras velas se apaguen nuestras últimas palabras serán: "Amado Jesús".

Que no te deprima nuestro sufrimiento. Créeme, podemos soportarlo. Podemos soportarlo más fácilmente si sabemos que tú eres feliz en tu cielo disfrutando de la compañía de los ángeles y los santos glorificados. Te amamos, Jesús. Sé feliz.

Mira, voy a hacer algo como el muchacho del circo. Nuestra cárcel es vieja. El régimen burgués la construyó para los comunistas. Ahora los comunistas la usan para sus enemigos. De las paredes se desprende yeso. Tomaré un pedazo de yeso y dibujaré tu figura en la puerta. Aquí están los rizos, la barba, los ojos, la nariz. Y ahora depende de mí. Si le doy una curva hacia arriba a los labios, tendrás un rostro sonriente. No podrás evitarlo. Así que lo haré. Y aquí estás sonriendo otra vez, como lo hiciste para San Onofrio, o cuando tuviste una Santa Rosa de Lima, a la cual pudiste decir: "Rosa de mi corazón".

Te he hecho sonreír. ¡Aleluya!

Ahora, sé feliz por un tiempo. Y no me reproches, por favor, el haber quebrantado el segundo mandamiento haciendo una imagen. Hacer que tú, el Varón de Dolores, sonrías, es más importante que todo el decálogo.

¿Quién puede vivir sin una imagen? Los místicos pretenden tener comunión directa con Dios, pero cuando se los

compara a unos con otros se puede ver que aun ellos tuvieron comunión con Dios no tal como es, sino que una imagen formada de acuerdo con su formación individual. Aun los yogas, cuando llegan a la perfecta ausencia de imagen, tienen una imagen de la no-imagen que les da la tradición hindú. En otras circunstancias esos mismos hombres tendrían una experiencia mística diferente. Todos trazamos figuras en nuestras mentes. Yo he trazado una en la pared para hacerte sonreír.

Y tú, razón, guarda silencio. No me digas que lo que sonrío es sólo la imagen de Jesús, y no Jesús mismo. El mismo es una imagen —“la imagen misma de su sustancia (de Dios)”. Si objetas mi derecho a atribuir a Jesús la sonrisa en mi dibujo, tendrás que objetar el hecho de que quien lo ve a él, imagen del Padre, ve al Padre mismo.

Este es un día de gran triunfo para mí. Te he hecho sonreír, Jesús. Ruego que pueda hacerlo siempre. *Amén.*

COMPLETAMENTE LIMPIO

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando nos sacan de nuestras celdas para llevarnos al interrogatorio, siempre nos vendan los ojos. No debemos descubrir la distribución de la prisión. Ello podría ayudarnos a escapar. No me importa. A Jesús también lo vendaron. Y cada vez que nos lo hacen a nosotros, se lo hacen otra vez a él.

Recuerdo que San Paulino escribió que Cristo no murió una sola vez, sino que fue el Cordero inmolado desde el comienzo del mundo. Fue asesinado en Abel, ofrecido en Isaac, perseguido en Jacob, traicionado en José, cegado en Sansón, aserrado en Isaías. Ha menudo he meditado en el pensamiento con que continúa: que la pasión de Cristo continuó después de su resurrección. El fue el apedreado en Esteban y fue el desollado en la persona de San Bartolomé.

Fue asado sobre la parrilla de San Lorenzo, quemado en San Policarpo, helado en el lago donde estuvieron los cuarenta mártires de Capadocia.

San Hilario va aún más lejos al decir que el sacramento de la muerte de Cristo sólo se cumple sufriendo todas las penas de la humanidad.

Es a él a quien vendan los ojos mis carceleros.

Todo lo transitorio es sólo una parábola, dice Goethe. Así que este vendaje debe tener también un significado espiritual. ¿Por qué vendan los comunistas los ojos no sólo a sus semejantes, sino también al Cristo divino? ¿Por qué lo hicieron sus jueces dos mil años ha?

Si yo tuviera que defenderlos delante de Dios, le diría: "Compréndelos y perdónalos. Simplemente están vengándose. Tú los encegueciste primero. ¿No está escrito "cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan y yo los sane?". Tú fuiste el primero en cegar a los hombres. No puedes condenarlos por hacerte lo mismo. Yo he tenido que pasar por experiencias indeciblemente amargas. Tuve que ser escupido y burlado y azotado antes de entender por qué lo hiciste. Ellos, careciendo de experiencia, no podían saber por qué".

Es algo terrible que se nos abran los ojos espirituales. Es una bendición de Dios tenerlos vendados y no transitar por la senda errante y difícil del entendimiento. San Juan, el vidente, cuando vio a Jesús en su divina gloria, cayó como muerto a sus pies. ¿Quién de nosotros podría soportar ver las siete cabezas y los diez cuernos del dragón rojo?

¿Quién podría entender por qué esta bestia tiene siete coronas en la cabeza, cuando Jesús tuvo solamente una corona de espinas? Qué bueno que Dios nos haya vendado los ojos y endurecido el entendimiento, de modo que no nos convirtiéramos viendo o entendiendo sino simplemente aman-

do y confiando. Es sólo justo que nadie sea más ciego que el que es perfecto, el Siervo del Señor.

Los enemigos de Jesús hace dos mil años no entendieron, y tampoco lo entienden hoy los comunistas, que nadie puede ver a Dios y vivir; que aquellos a quienes Dios ama más y quieren ser sus siervos deben ser ciegos a las realidades últimas. Los comunistas se vengan odiando a Dios. Por eso nos vendan los ojos y nos castigan mientras estamos vendados, una tortura excesiva porque uno no sabe de qué lado vendrán los golpes, y no puede defenderse siquiera doblando la cabeza hacia el otro lado.

Puedo entender a nuestros torturadores, porque yo también estuve enfadado con Dios por no contestar a mis preguntas y no mostrarme si había alguna esperanza. Pero hoy he decidido aceptar la ceguera.

Hace tiempo fui lavado en la sangre de Cristo. Pero hoy le he dicho que le daré también mis pies a lavar; mis pies que, caminando por el valle de profundo dolor, se han ensuciado con el polvo de la murmuración contra Dios. Entonces estaré completamente limpio.

Cuando estaba en libertad, leí que los indios pieles rojas, intrigados por la palidez de los hombres blancos, les sacaban los zapatos para ver si también sus pies eran blancos. Mis pies deben estar blancos. Cuando mis torturadores me azotan en la planta de los pies tienen derecho de ver pies limpios, más blancos que la nieve. Jesús dijo: "El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio". Mis pies pueden estar hinchados debido al hambre prolongada y las otras experiencias por las cuales he pasado, pero los que me azotan tienen el derecho de ver los hermosos pies de una esposa de Cristo que les trae, aun a ellos, buenas nuevas. Debo tener los pies lavados por Jesús. El está lejos. Pero yo predico en su nombre, por código Morse. He dado sacramentos en su nombre. ¿Por qué no lavarme los pies en su nombre, creyendo que es él mismo quien lo hace?

Afuera, trapos. No tengo zapatos sino sólo trapos. Durante dos años he endado en ellos, arriba y abajo, por mi celda, tres pasos en un sentido, tres en otro, salmodiando a la manera judía. Durante dos años he danzado con ellos.

En un pie tengo solamente trapos. En el otro tengo una fina media de mujer. La encontré en el tolet. Cómo y por qué una prisionera la dejó allí, no lo sé. Yo la necesitaba tremendamente. La tomé. Aquí no pensamos en términos de propiedad.

Me he descalzado. El cemento está frío. El agua que derramo sobre mis pies está helada. ¿Cómo era el agua cuando Jesús la usó para lavar los pies a sus discípulos? Tal vez estuviera también muy fría. La misma noche, los guardias tuvieron que encender fuego en el patio del templo para calentarse. Tal vez Pedro, cuando dijo: "No me lavarás los pies", retrocedió ante la frialdad del agua. Lo que Jesús hizo aquella noche aconteció en las cumbres heladas de la suprema espiritualidad, donde Dios toma la más humilde forma de siervo. No es fácil dejarse lavar los pies en el agua casi escarchada de esos manantiales divinos.

Me lavo los pies en nombre de Jesús. Es él quien me los lava. Escucha, Dios; escuchad, ángeles y demonios; escuchad, hermanos y torturadores míos: me he lavado los pies. Ahora estoy completamente limpio. Escuchad, vosotras, víctimas de mi vida pasada.

No sé cuál será mi futuro. Tal vez la tortura me quebrante y me convierta en traidor. Tal vez pierda la fe. Tal vez gane la corna del martirio. Tal vez salga en libertad sólo para cometer grandes pecados. Tal vez la vida de la cárcel destruya mi carácter. Tal vez haga grandes cosas para Dios. Tiemblo al pensar en Nils Hauge, el gran evangelista noruego, que fue encarcelado por su fe hace doscientos años. El, que había inflamado a Noruega en el amor de Cristo, en la prisión perdió su fe sencilla. Quién sabe qué suerte me reserva la Providencia.

Pero no debo preocuparme. Jesús me ha lavado los pies. Jesús está en mí. El es mi verdadero yo. Yo soy su verdadero él. Hablo y actúo en su nombre. No fui yo, sino él quien lavó mis pies, y creo que ahora estoy y seguiré estando completamente limpio.

Una vez, después de pasar por una terrible tortura, le telegrafí a un pastor que estaba cerca: "¿Qué puedo hacer? He perdido la fe". El me contestó: "¿Pero ha creído usted alguna vez?". Contesté: "Por cierto". Su respuesta fue: "Está escrito: Bienaventurada la que creyó. El verbo está en tiempo pasado. Haber creído es suficiente. Confíe en esto".

Estoy completamente limpio, y permaneceré así porque una vez lo estuve. Pueden venir traiciones y grandes pecados. Nunca cambiarán mi situación delante de Dios. Recuerdo que Spurgeon dijo una vez que los pecados pasados, presentes y futuros de los creyentes están todos perdonados. No puedo recordar en qué texto de la Biblia basaba su enseñanza. Pero si es falsa, es cuestión entre él y Dios. Dios no debiera haberle dado tan grande nombre entre sus hijos si enseñaba falsamente. Confiaré en su palabra.

Estoy, y permaneceré completamente limpio mediante la humildad de Jesucristo, quien me lavó los pies.

Mis torturadores, os ofrezco un don precioso. Ofrezco a vuestras cachiporras de goma las plantas de mis pies lavados por el mismo Jesús, pies que, como los de los ángeles, tienen que ser cubiertos porque están rodeados de un halo divino. Me golpearéis en los pies, y el halo que los rodea os hablará de la santidad de Aquel que se humilló por mí. *Amén.*

EPILOGO

No fue mi intención daros otra exposición de la verdad cristiana. Para eso tenéis vuestra Biblia, vuestra iglesia y vuestro maestro religioso, que responde por vuestra alma ante Dios.

Conozco vuestros problemas. Los maestros religiosos del cristianismo difieren ampliamente en las cuestiones más esenciales. Hay tantas divisiones, y en cada una, especialmente en el protestantismo, tantas subdivisiones. Podéis entender que yo tuviera pensamientos peculiares bajo condiciones peculiares. Pero quisierais saber cuáles son mi teología y mis normas morales ahora, cuando mi vida exterior ha retornado a la normalidad.

No tengo ideas originales que ofrecer. No soy un pensador religioso original. Creo que la teología es como el vino: cuanto más antigua mejor. Si me preguntarais qué pienso acerca de una u otra cuestión religiosa, mi respuesta sería

en general la de cualquier pastor evangélico, con alguna de las leves variaciones que son la hermosura y el privilegio del protestantismo, el resultado de la libertad que éste ha traído. Pero nunca podría definir, en forma final y absoluta, cuál es mi teología, y os diré por qué.

Una vez traté de explicarle "teología sistemática" a un pastor ruso que nunca había visto un Nuevo Testamento completo. Sistemáticamente empecé a explicarle la enseñanza acerca de la divinidad, su unidad en tres personas, la enseñanza acerca del pecado original, acerca de la caída, de la salvación, de la iglesia, de los sacramentos, de la Biblia como revelación infalible. El me escuchó atentamente. Cuando hube terminado, me hizo una pregunta sorprendente: "¿Los que pensaron esos sistemas teológicos y los escribieron en tan perfecto orden, alguna vez llevaron una cruz?". Y continuó: "Nadie puede pensar sistemáticamente cuando tiene un fuerte dolor de muelas. ¿Cómo puede pensar sistemáticamente el hombre que está llevando una cruz? Pero un cristiano tiene que ser más que el portador de una pesada cruz; él comparte la crucifixión de Cristo. Los dolores de Cristo son suyos, y los dolores de la creación entera. No hay angustia ni sufrimiento en todo el mundo que no lo angustie también a él. Si uno está crucificado con Cristo, ¿cómo puede pensar sistemáticamente? ¿Puede haber esa clase de pensamiento en una cruz? Jesús mismo no pensó sistemáticamente en la cruz. Empezó perdonando; soñó con un paraíso en el cual había lugar aun para un ladrón; luego desesperó de que en el paraíso siquiera hubiera lugar para él, el hijo de Dios. Se sintió desamparado. Luego, de pronto, recordó a su madre. Pero la sed era tan insoportable que olvidó a su madre y pidió agua. Después entregó su espíritu en manos de su Padre. Pero no hubo serenidad, sólo un fuerte clamor. Gracias por lo que ha tratado usted de enseñarme. Tengo la impresión de que sólo estaba repitiendo, sin mucha convic-

ción, lo que otros le enseñaron. En el cristianismo es imposible cualquier clase de teología sistemática.

Este pastor, teológicamente inculto, ni siquiera sabía que estaba hablando como hablaba Kierkegaard, el más eminente teólogo luterano, quien desde otro punto de vista también negaba que un cristiano pudiera hablar académicamente sobre Cristo. Un cristiano es una persona locamente enamorada de Cristo. Julieta no podía escribir una tesis sobre la anatomía del cuerpo de Romeo. Sólo podía acariciarlo y expresar a todos su ardiente deseo de él.

Yo pienso lo mismo que aquel pastor de la iglesia subterránea. De modo que sólo he pedido poner por escrito algunos de los pensamientos que tuve estando en confinamiento solitario. Ahora muchos de esos pensamientos han cambiado. Esa es la suerte de los pensamientos. Los pensamientos de hoy tampoco van a durar para siempre. Pueden volver a cambiar mañana, si los comunistas me raptan y me ponen otra vez en una celda solitaria. Los pensamientos sobre la divinidad, lo mismo que los pensamientos sobre cualquier otro asunto, pertenecen al mundo transitorio. En nuestras celdas solitarias vivimos en la esfera de la eternidad.

Sentí que mi deber era guiaros en una gira por esa esfera y no fastidiaros con los pensamientos que tengo hoy. Los pensamientos son un reflejo de la realidad, verdadero o tergiversado, en nuestra mente. Debíamos tratar de aprehender la realidad de Dios y no permanecer en la esfera de las palabras y los pensamientos. Los pensamientos sobre Dios no son Dios. Sólo Dios es Dios. Nunca os satisfagáis con nada menos que Dios mismo. Yo estoy en comunión con todos los hombres que buscan a Dios —buscarlo, dice San Agustín, significa haberlo hallado— y con todos los que llevan las marcas del sufrimiento. Un cristiano, aunque sea un joven sano y millonario, es un varón de dolores. Esto es lo que lo hace cristiano: que se apropia de los sufrimientos de Cristo y de toda la creación.

En cuanto a los problemas morales, preguntadle al pastor de vuestra iglesia. La moral tiene que ver con las relaciones entre hombre y hombre a la vista de Dios. Yo estoy viviendo aún básicamente en confinamiento solitario. Allí la relación es sólo con Dios. Pero mirando desde allí a la iglesia y al mundo, donde el hombre entra en contacto con el hombre, puedo deciros dos cosas.

Primero, la tradicional norma bíblica de moralidad tiene un tremendo valor. Si no tuviera todo el peso de la divinidad y miles de años de experiencia humana detrás de ella, ¿cómo es que cada pecado cometido aun hace treinta años produce un remordimiento en la prisión? Pecando hoy, os preparáis horas de lamentación en el futuro.

Segundo, entended que nadie puede vivir una crucifixión sin fin. Jesús estuvo en la cruz sólo unas horas. Cuando uno experimenta un gran sufrimiento, o el dolor de un imperioso anhelo insatisfecho, condenadle si se rinde a las pocas horas. Pero después de años de lucha un hombre puede caer bajo el peso de la cruz. Entenderlo, amarlo y liberarlo de esa cruz es también parte de la moralidad. El amor es la interpretación que Dios mismo da a todos los versículos y mandamientos de la Biblia. No conozco nada mejor que las palabras de San Agustín: "Ama a Dios, y haz lo que quieras".

"No hay fin de hacer muchos libros." Hay muchos libros de doctrina y moral cristiana. No me he sentido llamado a agregar otro más.

Quise describiros el infierno del confinamiento solitario. Quise ilustraros las palabras del Credo: "Descendió a los infiernos", a sufrir él mismo su angustia, y a tomar sobre sí sus terrores como tomó los pecados de la humanidad, y a llevar aun allí un rayo de la luz de Dios.

Todo hombre debe ser creído en su arte. En lo que toca a las cosas de la vida espiritual, debéis creer a aquellos que las conocen cabalmente. Santa Catalina de Génova dijo acerca del infierno: "Cuando partamos de esta vida en esta-

do de pecado, Dios retirará de nosotros su bondad y nos dejará librados a nosotros mismos, aunque, sin embargo, no del todo, porque él quiere que su bondad sea hallada en todo lugar y no solamente su justicia. Y si se pudiera hallar una criatura que no participara, en algún grado, en la bondad divina, esa criatura sería, podría decirse, tan maligna como bueno es Dios", lo cual negaría que Dios es el único absoluto.

El confinamiento solitario, con el recuerdo de los pecados pasados, es un rincón del infierno. Hubo veces en que miré la copa de agua que tenía en mi celda para convencerme de que no estaba ya en el infierno. Sabía que en el infierno no habría agua.

Pero en los momentos de duda total y total desesperación, no estábamos librados enteramente a nosotros mismos. El que prometió "Yo estoy con vosotros siempre (en hebreo sólo podría decir *be kol iom*, que significa literalmente "cada día todo el día") se ha mostrado fiel. Así es como podemos vencer.

Hoy hay millares de cristianos en confinamiento solitario en muchos países del mundo donde no se pueden vivir libremente las consecuencias de ser cristianos, en Oriente, en Occidente, en el Tercer Mundo. ¿Estaréis a su lado? ¿Enviaréis vuestro ángel guardián a decirles que los amáis? ¿Consideraréis como vuestra responsabilidad la labor de la iglesia subterránea, de la cual han sido arrebatados, para que pueda continuar creciendo en su ausencia?

Haceros esta apelación fue mi propósito al publicar este libro.

Las donaciones para el trabajo misionero...



MENSAJES DE UN INCOMUNICADO

Un hombre está totalmente solo detrás de las rejas de una celda. La justicia humana lo ha condenado a sufrir el régimen de "incomunicación". Este hombre es un varón de Dios, pastor de una congregación evangélica, predicador de la Palabra. Está preso en confinamiento solitario por causa de su fe. Teme perder la razón. Entonces concibe una estrategia. Diariamente ocupará su tiempo, su imaginación y sus energías espirituales en la confección mental de un "mensaje" que luego procurará memorizar. Esto lo salva, mantiene en alto su fibra anímica, y aun en los trances más desesperados lo acerca más y más a su Padre Celestial.

Este libro reúne algunos de los "mensajes de un incomunicado" que su autor, Richard Wurmbbrand, una vez liberado, pudo recordar y puso por escrito.

En medio del dolor siempre resplandece el brillo de esa fe que es capaz de vencer al mundo, y esta obra es uno de los testimonios más claros de tal liberación.